
DOC SAVAGE
KENNETH ROBESON
AUDACES
30
TERCERA
EL
DE LAS
MUNICIONES

El rey de las municiones

Kenneth Robeson

Doc Savage/12

CAPÍTULO I

COMO JUEGO DE TÍTERES

NADA había de peligroso en el aspecto del insignificante sujeto. No es extraño, pues, que los que le veían pasar no sospechasen ni siquiera el papel que habría de representar en la horrible tragedia que, pocos minutos más tarde, transformaría a la alegre y bulliciosa multitud en una muchedumbre caótica, loca de terror y presa del pánico.

Era un individuo de reducida estatura, facciones delgadas y boca grande. Su expresión era sombría. Una gorra ocultaba casi totalmente su frente. Su aspecto general era insignificante.

Por lo demás, si su persona no tenía nada capaz de llamar la atención, tampoco la tenía la carga que llevaba.

Sólo se veía que el sujeto luchaba con grandes dificultades para poder abrirse paso con esa carga a través de la multitud. Llevaba debajo del brazo tres panes de forma alargada de casi un metro de longitud cada uno, mercadería que, indiscutiblemente era más apropiada para servir de símbolo de vida y prosperidad que de horror y muerte.

En otras ciudades habría llamado la atención ver a un hombre llevando panes de ese tamaño debajo del brazo: pero en Paris era cosa muy frecuente. El sujeto iba abriéndose paso, lentamente, a través del gentío. Su único deseo parecía consistir en proteger sus panes y en ello concentraba toda su atención.

Pero la protección de esa carga no era tarea fácil. París estaba de fiesta. De todas las ventanas pendía la bandera tricolor. Las mesas instaladas en las aceras, frente a los cafés, eran ocupadas por grupos bulliciosos y alegres. A lo lejos se oían las notas marciales de una banda militar. Dentro de breves instantes se realizaría el desfile de

tropas.

El individuo que llevaba los panes no estaba tan tranquilo como parecía a primera vista. De tanto en tanto miraba hacia atrás, volviendo la cabeza, como si temiese que alguien lo siguiera.

Entre la multitud se hallaban numerosos agentes de investigaciones, pero ninguno de ellos fijó su atención en el insignificante personaje. En realidad, ninguno de ellos sabía de dónde podría venir el peligro ni tampoco sabían por qué estaban allí. No es extraño, en consecuencia, que no supiesen lo que debían vigilar.

Sin embargo, en los últimos días habían circulado rumores algo alarmantes. En los Ministerios de Relaciones Exteriores de varios países se observaba una extraña tensión. Diéronse órdenes para que estuviesen siempre alerta, sobre todo cuando se recibiesen multitudes.

Algunos estadistas parecían tener vagos presentimientos de próximos desórdenes, circunstancia que, por otra parte, tenía su explicación lógica, si se tiene en cuenta que en varias partes del mundo habíanse registrado actividades sospechosas y, en dos ocasiones, se habían producido sucesos trágicos.

El primero de estos acontecimientos había tenido por escenario a China. No se le prestó casi atención, alegando que eran muchos los relatos misteriosos que provenían de ese país. El segundo suceso ocurrió en Rusia, por lo cual la prensa mundial no dio publicidad a la noticia, cuyo conocimiento quedó reservado a las cancillerías.

Una vez más, el hombre que llevaba los panes debajo del brazo miró hacia atrás.

Al mismo tiempo apartó sus panes hacia un costado para evitar que fueran embestidos por un entusiasta que, imbuido de espíritu festivo, corría en sentido contrario al que él llevaba. Un juramento reveló la contrariedad del sujeto, al tener que realizar tan arduos esfuerzos para poder abrirse paso entre la multitud. Sus manos estaban húmedas de sudor.

Pero nadie reparó en él. Es decir, ningún ser humano le prestó la menor atención.

Fue un individuo de extraña apariencia el único que reparó en el sujeto que llevaba los panes debajo del brazo. Iba correctamente vestido, pero, a pesar de ello, se reconocía su carácter de simio. Sus

facciones estaban cubiertas de pelo. Cubría su cabeza un grotesco sombrero de copa. Sus largos brazos le colgaban hasta debajo de las rodillas. Para andar, lo hacia en forma erguida, pero sin levantar los pies, como si patinase.

Tan pronto como vio los panes, una extraña luz brilló en los ojos de aquel ser. Resueltamente se lanzó detrás del individuo que llevaba aquella carga. Un momento más tarde extendió un brazo y abrió su mano para apoderarse de un pan.

En aquel momento, el sujeto se volvió. Observó el gesto del simio a tiempo y, lanzando una exclamación de temor, retiró el pan con un rápido movimiento.

Un segundo más tarde dos hombres se abrieron paso a través de la multitud.

—Chemistry —gritó uno de ellos—, ¿no sabes hacer cosas mejores que tratar de robar panes?

En los ojos del pequeño individuo se observó una expresión de alarma, a la vez que adelantaba la cabeza como una tortuga. Y. simultáneamente, se escuchó una carcajada. En realidad, el asombro del sujeto estaba plenamente justificado.

Porque el hombre que acababa de hablar al mono tenía un extraordinario parecido con éste. Era un poco más corpulento, pero, en cambio, aumentaba la impresión de similitud el hecho de que fuese vestido en forma idéntica y que llevase igualmente un sombrero de copa. Además, sus brazos le colgaban también a lo largo del cuerpo, llegando hasta las rodillas y sus ojos, sombreados por tupidas cejas, parecían tener el tamaño de los del mono.

Detrás de él, otro hombre, alto y delgado, impecablemente vestido, desternillábase de risa.

—Ese individuo cree ver doble —dijo, con una carcajada—, y, francamente, no es para menos.

Un murmullo salió de la multitud.

—Son los ayudantes de Doc. —dijo alguien.

El individuo que llevaba los panes escuchó esa exclamación y retrocedió un paso. En sus ojos se observó una expresión de temor y de odio.

Los dos hombres que tenía delante no repararon en dicha expresión. El que vestía correctamente podía disculpas en su mejor francés, mientras que su compañero, que tanto parecido tenía con el

mono, a quien sujetaba en aquellos momentos, se quejaba:

—Ya te dije, Ham, que convenía dejar ese mono en el hotel.

«Ham» que en realidad era el Brigadier General Theodore Marley Brooks, graduado en Derecho en la Universidad de Harvard, soltó una alegre risotada.

—¿Y por qué habría de privar a París y a sus alegres habitantes del placer de ver a tan curiosos mellizos, Monk? —preguntó, con exagerada deferencia.

«Monk» conocido en el mundo científico con el nombre de teniente coronel Andrew Blodgett Mayfair, era un químico de grandes méritos. Al escuchar la respuesta de su compañero, se limitó a tragar saliva.

Ham había vestido a Chemistry, su mono favorito, en forma tal que ofreciese el mayor parecido posible con su amigo y compañero Monk. Y en esta oportunidad Monk comprendió que en la amistosa rivalidad existente entre ellos desde hacia años Ham levaba aquel día las de ganar. Por otra parte el químico no había podido sacar ese día a Habeas Corpus, un cerdo amaestrado y ello le ponía, en inferioridad de condiciones frente a su amigo.

El individuo del pan desapareció entre la multitud. Ni Ham ni Monk le vieron alejarse.

En una oficina del tercer piso de un edificio situado al otro lado de la calle un individuo se quitó los prismáticos de delante de los ojos. Acababa de observar el incidente que por poco, tuvo como consecuencia que el hombre que llevaba los panes perdiese una parte de uno de ellos.

En la puerta del despacho que ocupaba eso hombre se leía la inscripción:

«CARLOFF TRANIV, Abogado»

Pero la oficina mostraba poco parecido con el bufete de cualquier otro letrado. Por otra parte, el mismo ocupante mostraba poco parecido con un abogado del tipo clásico.

En efecto, Carloff Traniv era un individuo de cerca de dos metros de estatura. Su complexión física se asemejaba más a la de un soldado que a la de un abogado. Sus hombros eran cuadrados y su cuerpo erguido. Su traje le sentaba impecablemente: pero el hombre lo llevaba con una rigidez tal que le daba el aspecto de un uniforme militar.

Pero lo que más llamaba la atención en aquel hombre era su rostro, en el que se observaba un gesto autoritario. Su mentón era cuadrado. Sus ojos, sombreados por duras pestañas negras, mostraban uno expresión de dureza. Sobre la frente le caía un mechón de cabello negro ensortijado.

—Doc Savage —expresó, con un gesto irónico—, el hombre de Bronce, el Rey de los Aventureros, el Genio que siempre evita el mal.

Dos hombres se acercaron a él y miraron por la ventana:

—¿Ya es hora? —preguntó uno de ellos, con un marcado acento norteamericano, acento sorprendente, si se tiene en cuenta que tanto él como su compañero, lucían los uniformes azules de los gendarmes franceses.

El individuo de alta estatura asintió con un movimiento de cabeza. Desde el exterior llegaban con mayor intensidad las aclamaciones de la muchedumbre, mezcladas con las notas marciales de las bandas militares, que se acercaban.

—Vayan —ordenó Carloff Traniv—; ya tienen ustedes las instrucciones... No fallen, de lo contrario...

Los dos hombres vestidos con los uniformes de los gendarmes franceses sintieron un escalofrío. Sus ojos se posaron en extraños aparatos existentes en el despacho.

Después, ambos se dirigieron rápidamente hacia la puerta.

Del otro lado de la calle, refugiado en un pasaje, el hombre que llevaba los panes se mojó los labios resecos con la lengua. Sus ojos le ardían febrilmente.

La atención general estaba concentrada en un palco, instalado justamente debajo de la ventana del despacho de Carloff Traniv.

—Doc Savage —exclamó la multitud.— Doc Savage...

Un hombre alto, de figura broncínea, dirigíase en aquellos momentos al asiento instalado en el centro del palco. A pesar de su estatura, la simetría de su desarrollo era tal, que la multitud no llegaba a apreciar las verdaderas proporciones de su cuerpo. Sus facciones eran regulares y casi del tipo clásico. En aquellos instantes sonreía amablemente como reconocimiento por los aplausos que se le prodigaban.

Sus cabellos tenían un color ligeramente más oscuro que el tono bronceado de su cutis. Sus ojos, de color oro, parecían estar

animados de una poderosa fuerza hipnótica. Los músculos de su rostro temblaban ligeramente.

Monk y Ham sonreían amablemente. No ignoraban que una gran parte del entusiasmo popular se debía a las informaciones publicadas por los diarios acerca de la misión que Doc Savage venia a cumplir en Francia.

Porque Doc Savage, cuyo verdadero nombre era Clark Savage Jr., contábase entre las mayores autoridades mundiales en el terreno de la medicina, lo cual no impedía que también ocupase un lugar destacado entre los profesionales especializados en ramas tan distintas como la astronomía, la navegación submarina y las investigaciones electrotécnicas.

Los diarios habíanse ocupado profusamente del Hombre de Bronce. Doc Savage había descubierto un nuevo perfeccionamiento técnico que le había hecho concebir la esperanza de poder curar a muchos inválidos de la guerra, haciendo recuperar la vista a más de uno que se creía ciego para siempre. Su llegada a París tenía por objeto efectuar ensayos científicos, en colaboración con los especialistas franceses. Doc levantó una mano y enseguida tomó asiento. El movimiento en cuestión tuvo la virtud de imponer silencio a todos los presentes. Este solo hecho reveló claramente la autoridad que ejercía el Hombre de Bronce.

En aquel momento, dos hombres, vistiendo el uniforme azul de los gendarmes del París, salieron de una de las puertas de acceso al Metro, tranvía subterráneo de la capital francesa, y se aproximaron al palco.

Desde el otro lado de la calle, el hombre que llevaba los panes debajo del brazo se abrió paso repentinamente a través de la multitud, ocupando un lugar en primera fila.

Escucháronse las notas de una banda militar. Los ocupantes del palco se pusieron en pie. Los militares se llevaron la mano a la gorra. Hubo un momento de silencio en tanto que una larga fila de jóvenes, de cutis bronceado, se preparaba para pasar delante del palco.

Y en ese instante ocurrió la catástrofe.

En primer término se escuchó una terrible exclamación de terror y asombro Después hendieron el aire lamentos desgarradores, lanzados por los soldados.

Pero todo duró solamente un instante Después la multitud prorrumpió en gritos ensordecedores. El pánico apoderóse de todos los presentes, los que trataron de alejarse cuanto antes de los lugares que ocuparon hasta entonces, pisoteando en caótica huida a las mujeres, que fueron lanzadas al suelo. Mientras tanto, los que se encontraban en las últimas filas trataron de adelantar hasta el cordón de la acera para ver lo que ocurría.

En la calzada, un espectáculo extraño aparecía ante la vista. Filas enteras de cuerpos caídos en el suelo, retorciéndose de dolor y lanzando quejidos.

Un joven, que ocupara un lugar próximo al cordón de la acera, volvióse repentinamente y trató de alejarse.

—No puedo soportar eso... no puedo —gritó.— Estaban pasando delante del palco y, de pronto, sus piernas se derritieron No pueden caminar sin piernas...

CAPÍTULO II

LA FURIA DE LA MULTITUD

DOC Savage bajó del palco de un salto y corrió hacia el lugar en que yacían los jóvenes en el suelo. Parecía no realizar grandes esfuerzos y, sin embargo, lograba abrirse paso entre la multitud con una facilidad que en otro hombre hubiera sido increíble.

Sumaban varios cientos los soldados caídos. Sus cuerpos seguían alineados como cuando un instante antes desfilaban ante el palco ocupado por Doc Savage.

Pero aquellos jóvenes ya no podrían andar nunca más. Habían quedado inválidos para siempre.

Parecía como si sus piernas se hubiesen derretido hasta las rodillas. Sus pies y piernas habían desaparecido. Llenaba el ambiente un olor nauseabundo.

Doc Savage arrodillóse ante el cuerpo del militar más próximo. Era un oficial.

De pronto escuchóse un sonido extraño, me no podía precisarse de dónde salía y que sin embargo, se escuchaba perfectamente. Era la exclamación característica que lanzaba siempre el Hombre de Bronce cuando algo le sorprendía o cuando preveía un gran peligro.

En aquel momento su exclamación era de asombro.

En efecto, no alcanzaba a descubrir ningún detalle que permitiese poner en evidencia la razón de que aquellos soldados hubiesen quedado inválidos. Los muñones de sus piernas parecían estar cauterizados por el fuego. Esta circunstancia impedía que los heridos se desangrasen. Lo sucedido parecía ser una consecuencia de la acción de una ola de fuego que hubiese barrido la calle. Pero Doc Savage sabía que una ola fuego no había existido. Era fácil de comprender por qué los soldados estaban silenciosos. Los

desdichados se hallaban todavía bajo la impresión recibida y los dolores que sentían los habían privado del conocimiento.

Por todas partes se escucharon gritos y órdenes de los gendarmes. Las ambulancias trataban de abrirse paso a través de la multitud, aun cuando tenían poco éxito en su intento.

Los soldados corrían serio peligro de ser pisoteados por sus aterrorizados compatriotas. Un cuerpo de caballería trató de adueñarse de la situación, abriéndose poso a través de los curiosos mediante sus caballos.

La multitud, enloquecida, no sabía qué hacer. El caos era indescriptible. Sólo Doc Savage conservaba la calma.

El Hombre de Bronce se incorporó. En su rostro no se alteró su habitual expresión. Sus ojos de color de oro recorrieron la multitud con la mayor calma.

Monk y Ham —este último llevando a Chemistry— también se habían aproximado a los soldados caídos. Los compañeros de Doc Savage comprendieron, al igual que su jefe, que no había ya nada que hacer en favor de aquellos hombres.

Los soldados habíanse convertido en inválidos. Sus heridas estaban cauterizadas. La mayor parte de ellos seguirían viviendo, pero su existencia seria tan desagradable como la pérdida que acababan de sufrir.

—Pero si no hoy guerra, ¿qué puede haber causado esto? —preguntó Monk, consternado.

Ham no contestó. Las facciones del abogado estaban tensas. Miraba por encima de la cabeza de los presentes, tratando de localizar a Doc.

Los ojos del Hombre de Bronce despidieron extraños fulgores. Habían descubierto lo que buscaban.

Un hombre de reducida estatura y de facciones enjutas trataba de escurrirse entre la multitud. Ya no tenía debajo del brazo los panes que momentos antes llevaba.

Los compañeros de Doc conocían perfectamente la prodigiosa memoria de éste, y sabían que en ella registraba todos los detalles con la precisión de una cámara fotográfica. El Hombre de Bronce estaba en condiciones de ver y recordar pequeños incidentes que para todos los demás mortales pasaban inadvertidos.

Un momento antes de producirse el horrible suceso, el pequeño

individuo, con los panes debajo del brazo, había estado en el cordón de la acera. Junto a las hileras de soldados que iniciaban el desfile. Cuando dichos soldados pasaron delante del palco que ocupaba Doc Savage, aquel sujeto había llevado a cabo un movimiento extraño.

Había quitado los extremos de los panes, lanzándolos delante de los soldados. Doc Savage se lanzó hacia adelante. El hombre de rostro enjuto observó ese movimiento y, lanzando una exclamación de terror, trató de escurrirse sin pérdida de tiempo. Pero Monk y Ham se encontraban a corta distancia de él.

De los labios de Doc Savage brotaron algunas palabras en un idioma desconocido.

Varios curiosos le miraron con un gesto de sospecha. Las palabras pronunciadas pertenecían a algún idioma que, sin duda, no era el francés.

Monk y Ham comprendieron enseguida la orden de su jefe. Doc Savage acababa de emplear el idioma de los mayas, que utilizaba siempre cuando quería impartir órdenes a sus compañeros y no quería que fuesen comprendidas por los presentes.

Instantáneamente, el químico simiesco y el valiente abogado se lanzaron en pos del individuo.

El rostro del sujeto reveló entonces claramente el terror que le embargaba. La saliva escapaba de sus comisuras labiales. Comprendió que estaba perdido.

Dos hombres, que vestían el uniforme de los gendarmes, sonrieron irónicamente, sus uniformes bastaron para abrirles el camino.

—Ahora —gritó uno de ellos.

El otro asintió y ambos avanzaron, colocándose uno a cada lado del Hombre de Bronce, a quien tomaron del brazo.

—¡Alto! —ordenaron.

Los que se hallaban más próximos dejaron de gritar para prestar atención. Jamás hubiesen pensado que el famoso Doc Savage pudiese ser detenido por los gendarmes.

—Doc Savage —exclamó uno de los hombres— está usted arrestado.

El gendarme pareció gritar aún más fuerte de lo necesario. Su voz fué claramente escuchada por los que se encontraban cerca. El agente prosiguió:

—Sabemos que fué usted quien preparó este espectáculo. Estábamos cerca cuando usted dio la orden para que se produjese este incidente horroroso. En este mismo, instante estaba usted dando órdenes en un idioma desconocido a sus cómplices.

Prodújose un momento de silencio. Monk y Ham se detuvieron al punto, con la boca abierta y sin poder creer lo que estaban oyendo.

—Debe haber alguna equivocación, señores —dijo Doc Savage, con lo más absoluta calma.

Uno de los gendarmes señaló entonces el bolsillo de Doc, llevó la mano hasta él y, al levantarla nuevamente, mostró un tubo de vidrio. Acto seguido sacó el corcho y dejó caer un chorro de líquido a suelo.

El citado liquido tenía un olor nauseabundo, idéntico al que rodeaba a los soldados caídos.

—Aquí está la prueba —gritó el hombre.

Una exclamación de ira partió de la multitud. La ferocidad pintóse en todos la semblantes. La sospecha había hallado eco en aquellos corazones y la culpabilidad del Hombre de Bronce parecía evidente, aquella sospecha era lo único que necesitaba la multitud para buscar su desahogo.

—Háganle pedazos —gritó alguien.

—Muera el monstruo —exclamó otro.

—Matémosle —opinó otro, en alta voz.

—Muera... Muera... —gritaron todos al unísono.

Cien pechos clamaron venganza al mismo tiempo. Aquello parecía un volcán en erupción. Los gendarmes fueron violentamente separados del lado del Hombre de Bronce.

Monk y Ham habían sido testigos de esa escena, sin poder dar crédito a sus oídos. Sabían que los gendarmes habían mentido Y, en consecuencia, no ignoraban que esos hombres no eran, seguramente, verdaderos agentes de policía. Pero, al mismo tiempo no dejaron de reconocer las graves consecuencias que podían derivarse de la acusación, que acababa de formularse contra Doc Savage.

Monk soltó una exclamación gutural. Vio que Doc caía al suelo y el químico pareció volverse loco.

El rostro de Ham mostraba una seriedad mayor de la que tuviera

en cualquier otro momento de su vida. Codo contra codo, dos hombres trataron de abrirse paso través de la multitud enfurecida y llegar hasta el lugar en que cayera Doc Savage.

Pero si un momento antes la escena había sido de indescriptible confusión, ahora el caos era mayor aún.

Con la rapidez de un rayo, la acusación contra Doc Savage se difundió entre la multitud. Los soldados de caballería, tratando de proteger a sus camaradas derribados fueron lanzados de sus caballos. Los mismos caballos fueron tirados al suelo.

Y los soldados que, un momento antes, eran inválidos, muy pronto se convirtieron en cadáveres, aplastados por los caballos y pisoteados por sus compañeros.

Aullidos semejantes a los de fieras salvajes partieron de los labios de los que estaban más próximos a Doc Savage. Trozos de género arrancados de los trajes volaron por el aire como impulsados por el hervor de una inmensa caldera.

Desde su observatorio, al otro lado de la calle, Carloff Traniv asistía a aquella escena con una sonrisa en los labios. Con manos firmes, sostenía los prismáticos sobre sus ojos.

—El famoso Doc Savage —murmuró con ironía— ha conquistado su prestigio antes de conocer a Carloff Traniv.

En sus labios apareció una sonrisa cuanto vio a Monk y Ham que no lograban abrirse paso a través de la multitud, para aproximarse a su jefe. También observó al mono Chemistry, quien luchaba desesperadamente al lado de los compañeros de Doc Savage sin mayor éxito que sus amos. Ham utilizó su bastón con estoque, pero fue solamente por corto tiempo, porque dicha arma no tardó en serle arrancada de las manos.

Un gesto de satisfacción se pintó en el semblante de Traniv cuando distinguió el sujeto de los panes, escurriéndose por entre los revoltosos. Esa satisfacción aumentó aún más, cuando, pocos segundos más tarde, observó a dos individuos, luciendo uniformes de gendarme, que se hacían a un lado, saliendo del foco del desorden.

Si Doc Savage es realmente tan hábil como dicen, también logrará escapar —murmuró Traniv— y, si lo lograse…

Sus ojos se posaron en una pareja, formada por un hombre joven y una muchacha elegante, que se mantenían alejados del eco del

desorden. La muchacha era delgada y habría merecido el calificativo de hermosa. Su figura era muy popular en los cabarets, y, sobre todo, en los que eran frecuentados por los ofíciales del ejército y funcionarios públicos.

El hombre que la acompañaba era, probablemente, su compañero de baile. Era alto y delgado y, seguramente, joven aún, a pesar de las profundas huellas que le dejaron debajo de sus ojos las noches perdidas y que le daban un aspecto de hombre de mayor edad.

La muchacha tenía su cartera entreabierta y mantenía una de sus manos en su interior, empuñando una pistola automática de pequeño calibre.

Su compañero llevaba una pistola en el bolsillo lateral de su americana y empuñaba con determinación la culata del arma. Sus ojos estaban fijos en el montón informe de cuerpos humanos entrelazados que se veía en el lugar donde cayera Doc Savage un momento antes.

Y en aquel instante las estaciones radiodifusoras de varios países propalaban el siguiente mensaje:

«Ampliando la escueta información de hace pocos minutos, pronto estaremos en condiciones de proporcionar mayores detalles acerca del horroroso suceso ocurrido en Francia, suceso semejante a otro, ocurrido recientemente en China» —anunciaba la voz del locutor de una estación Inglesa.»

«Es realmente increíble, pero las informaciones parecen ser auténticas» —informaba una radiodifusora norteamericana, y, después de pocos segundos, agregaba:— «El hecho, cuya naturaleza exacta desconocemos aún, sabiendo tan sólo que, de pronto, los soldados quedaron privados de sus piernas, sin que, al parecer, se empleasen armas, ha sido atribuido a un ciudadano norteamericano a quien todos reverenciamos.»

«Ese ciudadano ha sido considerado siempre por nosotros como un verdadero genio inventivo, un aventurero y un héroe, un caballero sin tacha. Pero algo debe haber trastornado a este gran hombre. De todos modos, señoras y caballeros, lamento tener que informar a ustedes que, según las autoridades francesas, es responsable del luctuoso suceso un ciudadano norteamericano.»

«Numerosos testigos confirman la acusación policial.»

«El ciudadano a que nos referimos es Mr. Clark Savage Jr, conocido entre sus amigos con el nombre de Doc Savage.»

«Se cree que el culpable ha sido despedazado por la multitud enfurecida. A pesar de ello, continúan los desórdenes en París y resulta imposible a las agencias obtener mayores informaciones sobre lo ocurrido.»

«Si Doc Savage ha sido realmente el autor de tan horroroso crimen, mereció haber sido despedazado por la multitud. Pero es preciso esperar la confirmación de la noticia para formar un juicio definitivo sobre el particular. A pesar de ello cabe afirmar que las fuerzas del mal han entrado en acción en una proporción mayor de la conocida hasta la fecha. Debemos pedir calma, porque el mundo entero está hecho un volcán, pues las naciones se arman febrilmente...»

CAPÍTULO III

EL MUNDO ESTÁ ADVERTIDO

DOC Savage hubiese sido despedazado por aquella muchedumbre enardecida.

Pero cuando comprendió el peligro en quo se encontraba y en el preciso instante en que el populacho se lanzaba sobre él, el Hombre de Bronce se agachó. Contrariamente a lo que supusieran sus compañeros, Doc Savage no había caído, sino que se había tirado al suelo, desasiéndose de las manos de los falsos gendarmes que le tenían aprisionado.

Cuando la multitud avanzó sobre él, rompió contra el pavimento algunas cápsulas pequeñas que tenía en el bolsillo.

Un polvillo finísimo pareció difundirse por el aire, justamente en el lugar que ocupaba Doc Savage. Desde algunos metros de distancia, cualquiera hubiese pensado que se trataba simplemente del polvo levantado por los propios pies de los revoltosos, al pisar el pavimento. Ese polvo rodeó por completo al Hombre de Bronce y a las personas que se encontraban más próximas a él.

Algunos segundos más tarde, un hombre apareció a un costado del grupo de revoltosos. Tenía los hombros caldos y su cabello era canoso. Sus ropas estaban desgarradas y caminaba cabizbajo.

Aquel hombre no tenía, en realidad, el menor parecido con Doc Savage.

Y, sin embargo, era el Hombre de Bronce que, convenientemente disfrazado, echó a andar en pos de los dos hombres que, pocos minutos antes, le habían acusado ante la multitud y que, llevando uniformes de Gendarmes, se alejaban en aquellos precisos instantes.

Los falsos agentes de policía se dirigían hacia una de las puertas de entrada al túnel del Metro. Ambos se consideraban

completamente a salvo y, para dar por terminado su cometido, solamente les faltaba quitarse el uniforme que vestían.

No advirtieron, tampoco, que un anciano les seguía. Pero si ellos no se dieron cuenta, en cambio, no faltó quien reparara en la presencia del viejo. En efecto. Carloff Traniv lo reconoció inmediatamente y sonrió con malicia. Monk tomó del brazo a Ham y le separó violentamente de un grupo de revoltosos, al que el abogado se había acercado en busca de su jefe. Por primera vez, el mono Chemistry parecía estar decidido a interrumpir la lucha.

Monk no habló, sino que se limitó a efectuar un gesto. Por su parte. Ham le contestó con un profundo suspiro de alivio:

—Pensé que lograría escapar, pero confieso que me siento mas tranquilo ahora que veo que lo ha podido hacer —admitió el letrado.

Llevando entre ellos a Chemistry, los dos compañeros de Doc Savage se alejaron del desorden, siguiendo las huellas de su jefe.

El Hombre de Bronce descendió también por la escalera que conducía a la estación del Metro. Los dos hombres a quienes estaba siguiendo empleaban un conocido recurso de los habitantes de Nueva York, utilizando la estación del Metro para cruzar la calle, saliendo por la otra escalera.

Doc Savage no demostró interés en alcanzarlos sino que se conformó con seguirlos. Monk y Ham perdiéronse de vista momentáneamente.

Pero si los compañeros de Doc Savage pudieron seguirle durante un instante con la mirada, no ocurrió lo mismo con otras personas.

Cuando el Hombre de Bronce salió por la escalera del Metro en la acera opuesta, dos personas se lanzaron sobre él, aplicándole sendas pistolas en las costillas.

—Usted vendrá con nosotros —ordenó la voz de una joven enérgicamente.

Era la muchacha que había presenciado anteriormente el desorden desde corta distancia, dispuesta, lo mismo que su compañero, a evitar, por todos los medios a su alcance, que Doc Savage pudiese escabullirse.

Y la eficacia de su vigilancia quedó ampliamente demostrada, al comprobar que aquella pareja no se había dejado engañar por el disfraz del Hombre de Bronce, a quien sorprendieron en el

momento que menos podía esperarlo Doc Savage.

—Creemos que usted nos podrá ser muy útil —agregó el compañero de la joven, dando mayor vigor a sus palabras mediante una presión de su pistola, contra las costillas de Doc.— Pero si trata usted de escapar, haremos fuego sin contemplaciones...

Ambos hablaban en perfecto inglés. El rostro de Doc Savage permaneció inalterable, disponiéndose a acompañar a sus captores sin la menor protesta.

—¿Cómo logró usted librarse de esa multitud? —preguntó la muchacha, con una nota de admiración en sus palabras.

—Fue muy fácil —explicó el Hombre de Bronce, conversando con la mayor naturalidad.— Sencillamente utilicé un polvo que privó momentáneamente de la vista a los que se encontraban más cerca de mi, dificultando al mismo tiempo sus movimientos. Y antes de que pudiesen reponerse, alteré ligeramente mi aspecto y me alejé.

—Muy inteligente —comentó la muchacha lacónicamente.

Doc Savage no contestó nada, permitiendo que le condujesen hasta un automóvil de alquiler, que esperaba en una calle lateral. El hombre habló rápidamente en francés con el conductor.

Monk y Ham aparecieron a la salida del subterráneo en el preciso momento en que el automóvil de alquiler se alejaba rápidamente.

—Han atrapado a Doc —exclamó Ham con tono de incredulidad.

—No te preocupes —respondió Monk.— Bien sabes que si Doc ha ido con ellos, ha sido por su voluntad. Seguramente piensa que le conducirán a presencia del individuo que está detrás de todo esto.

El químico suspiró profundamente:

—Quisiera que la muchacha no estuviese complicada en todo esto. Es demasiado hermosa —comentó.

Y, en verdad, aquella joven era hermosa. Pero la pistola que empuñaba con mano firme no contribuía, precisamente, a realzar su belleza femenina a los ojos de Doc Savage. En cuanto a sus compañeros, la expresión de sus ojos mostraba claramente que se trataba de un individuo que no vacilaría en utilizar su pistola en caso de juzgarlo necesario.

Ninguno de los dos sabía que Doc Savage llevaba ropa interior a

prueba de balas y que, por lo tanto, no le impresionaban las armas dirigidas contra su cuerpo.

La muchacha y su compañero no demostraron deseos de hablar. Doc Savage los estudió en silencio.

El automóvil de alquiler se detuvo delante de una casa semidestruída del Barrio Latino, sobre la margen izquierda del Sena.

Tanto la muchacha como su compañero observaron durante algunos instantes la calle por la ventanilla posterior del coche. Después, ambos se miraron ansiosamente y el hombre asintió con un movimiento de cabeza.

Doc fué invitado a descender del coche y penetrar en la casa. Una vez en el interior de ésta, se le hizo pasar a una pequeña habitación, existente en los sótanos de la misma.

La muchacha soltó entonces un suspiro de alivio.

—Por fin, está hecho —dijo.

Pero como al aquel suspiro hubiese sido una señal. Doc Savage entró repentinamente en acción. Una de sus manos avanzó con inesperada rapidez y antes de que el hombre que estaba delante de él supiese siquiera lo que estaba ocurriendo, la pistola que hasta entonces empuñara en su mano había pasado a poder de Doc Savage y estaba dirigida contra él.

Una exclamación partió de los labios de la joven, la que levantó su pistola, con el propósito de apretar el gatillo, pero sin el menor esfuerzo, Doc Savage le quitó el arma.

—Y ahora me harán ustedes el favor de darse a conocer y de decirme a qué se debe todo esto —ordenó el Hombre de Bronce con toda naturalidad.

La cara de la muchacha estaba intensamente pálida. En el rostro de su compañero se pintaba el disgusto que le embargaba.

—¿Cómo se llaman ustedes? —preguntó Doc Savage nuevamente con voz suave.

El joven realizó un intento desesperado, lanzándose sobre el Hombre de Bronce.

Las dos pistolas automáticas desaparecieron en el bolsillo de Doc Savage con un rápido movimiento, mientras que el Hombre de Bronce daba un paso atrás y cuando su atacante se lanzó sobre él, le redujo sin aparente esfuerzo en forma tal que sus dedos parecieron sólo acariciar la nuca del individuo.

El Joven se detuvo, se irguió y quedó completamente paralizado. En sus ojos observábase una expresión extraña. La muchacha le miró con asombro.

—¿Cómo se llaman ustedes? —volvió a preguntar Doc Savage.

—John Marsh y Mary Standish —confesó el hombre, pero había en su voz una frialdad extraña y una absoluta falta de emoción.

La Joven lanzó un grito.

—No hables, John, no hables —exclamó.

Doc Savage se volvió hacia ella. Sus ojos se encontraron. La muchacha sintió que un ligero escalofrío recorría su espina dorsal y, enseguida, quedó quieta.

El hombre que se llamaba John Marsh no se había movido. Los dedos de Doc Savage habían tocado ciertos nervios en la nuca del individuo. Estaba seminconsciente, sin apenas darse cuenta de lo que estaba ocurriendo. En ese estado indudablemente contestaría con sinceridad todas las preguntas que se le formulasen.

—¿Quién es usted? ¿Qué hace? —siguió preguntando Doc Savage con toda calma.

—Somos bailarines y trabajamos en el café Trempe —contestó John Marsh.

—¿Y cuál es su otro trabajo? Me refiero al que les ha inducido a secuestrarme…

—Le hubiésemos matado en caso necesario. Somos…

Pesados pasos se escucharon en el hall exterior. El ruido producido por esos pasos pareció alejar las nieblas que oscurecían la mente de John Marsh. Se interrumpió de pronto. En el rostro de la muchacha apareció una expresión de pánico. Corrió hacia un pequeño aparato radiotelefónico y movió una llave.

Desde el exterior, alguien golpeaba la puerta con los puños.

El aparato de radio emitió algunos sonidos extraños y, enseguida, se escuchó la voz del anunciador, que se expresaba en francés:

«…de modo que, evidentemente, Doc Savage escapó. Los agentes de la sureté ya han encontrado la pista del prófugo, pudiendo asegurarse que el criminal no podrá huir. Una de los rumores, que no han podido ser confirmados todavía, asegura que el hombre, a quien creíamos nuestro amigo ha sido auxiliado en su fuga por una pareja, compuesta por una muchacha y un hombre. Se cree que la mujer podrá ser

identificada…»

La muchacha lanzó una exclamación de sorpresa. Desde el exterior volvieron a golpear con el puño en la puerta, esta vez con mayor violencia que antes.

Doc Savage no se movió y guardó absoluto silencio.

—Abre la puerta, Mary —ordenaron desde el exterior.

La muchacha corrió hacia un gabinete existente al lado de la habitación. Con increíble prisa abrió la puerta. Enseguida movió un baúl y levantó una trampa, dejando al descubierto una corta escalera.

Doc Savage permaneció inmóvil.

La Joven descendió rápidamente por la escalera. Los ojos de John Marsh recobraron de pronto una expresión de vida y rápidamente corrió detrás de la muchacha.

En el exterior, las voces se hicieron cada vez más fuertes.

John Marsh cerró la puerta de la trampa. El Hombre de Bronce avanzó hacia el gabinete, colocó nuevamente el baúl encima de la trampa y cerró la puerta. Enseguida, se acercó con paso lento a la puerta, que daba al exterior… y se detuvo.

Del aparato de radio partían unos ruidos extraños. Al principio. Doc Savage creyó que se trataba de ruidos estáticos de gran violencia, que ahogaban totalmente las palabras del anunciador francés. Después se escuchó un silbido, que solamente podía ser producido por una estación transmisora más potente, que entraba en acción en la misma onda, o bien un transmisor de chispa abierta, que tapaba todas las estaciones.

Las palabras salieron del altoparlante como un trueno.

«Habla Doc Savage,» decía una voz, que imitaba tan bien el timbre de voz del Hombre de Bronce, que hasta éste mismo se hubiese engañado. Seguramente, ni sus propios compañeros podían descubrir la impostura.

Monk y Ham escucharon el anuncio por el aparato radiotelefónico, instalado en su hotel.

En el rostro de Monk se pintó una, expresión de satisfacción, mientras se tendía cómodamente en la cama.

—Ya sabía yo que Doc se saldría con algunas de las suyas —dijo.— Ahora seguramente estará en condiciones de convencer a todos estos individuos de que no ha tenido absolutamente ninguna

intervención en el suceso que tuvo por resultado la invalidez de todos estos soldados.

—Y sabremos quién es el verdadero responsable —declaró Ham.

Pero, enseguida, ambos se incorporaron de un salto.

Hasta Ham, que era un abogado de fácil palabra, quedó por un momento privado del habla. Porque la estación de radiotelefonía seguía propalando la voz de Doc Savage, que decía:

«Voy a repetir. Es Doc Savage quien habla. Todo el mundo ha oído hablar de mí. Nadie ignora que en distintas oportunidades he inventado cosas extrañas. La invalidez de los soldados, que se ha producido hoy, ha sido el resultado práctico de uno de esos inventos.»

Se produjo una pausa dramática, y enseguida prosiguió la voz:

«El mundo entero tuvo conocimiento del suceso ocurrido en China, pero no quiso creerlo. También descargué mi golpe en Rusia. Allí convertí en inválidos a todos los soldados de un regimiento. La noticia no fué dada a conocer. Organicé la demostración de hoy tratando de revelar al nundo mi poder y preparar a la humanidad para lo que pronto vendrá.»

Por segunda vez se produjo una pausa. Millones de personas escuchaban el mensaje radiotelefónico, como petrificadas delante de sus respectivos receptores.

—Ese no es Doc —gritó Monk, poniéndose de pie, con las facciones contraídas por la indignación. Chemistry también se levantó de un salto, poniéndose al lado de su amo.

—Tienes razón —afirmó Ham,— Esa no es la voz de Doc. Desgraciadamente, el mundo entero ignorará la impostura. Esa maquinación echará por el suelo el prestigio de nuestro jefe…

Se interrumpió, imponiendo silencio a Monk, para poder seguir escuchando las palabras del falso Doc Savage, que decía lo siguiente:

«Todos ustedes han escuchado rumores, aun cuando los diarios no han publicado con fidelidad lo ocurrido en distintas partes del mundo en los últimos días, y sobre todo en las últimas horas. No es necesario que cuente lo ocurrido. Sólo quiero manifestar que asumo toda la responsabilidad de mis acciones. He originado pequeñas revueltas y grandes revoluciones. Con todo ello persigo un solo objeto. Escuchen: Yo, Doc Savage, voy a gobernar el mundo entero.»

Monk unió sus manos por encima de su cabeza, en un gesto de

impotencia. Ham le indicó, con un movimiento, que debía guardar silencio. La voz del falso Doc Savage seguía anunciando:

«Pueblo de Francia, acepta mi consejo. Es mejor estar a mi lado que en contra de mi. Es preciso desarmar al ejercito. Si ello no se hace, lo haré yo. Y mis métodos no son muy agradables, como ya lo he demostrado. Por otra parte, lamentaría grandemente tener que emplear esos métodos contra la población civil.»

La voz se detuvo. Se produjo un prolongado silencio. Indudablemente, la advertencia aún no había terminado. Todos los habitantes del mundo, silenciosos delante de sus receptores radiotelefónicos, escuchaban conteniendo la respiración.

«Es posible que alguien dude todavía de mi poder —terminó diciendo la voz—; pero estoy dispuesto a convencer aun a los mas escépticos, a cuyo efecto voy a formular uno promesa. Dentro pocas horas —y pronto os daré la hora exacta al segundo— haré que uno de los acorazados mas poderosos de una de las naciones mas grandes del mundo desaparezca de las aguas con toda su tripulación. Yo, Doc Savage, que me convertiré en el soberano del mundo, así lo prometo.»

Cesó el silbido de la estación radiotransmisora. El anunciador de la estación francesa de la Torre Eifel volvió a escucharse, tartamudeando ininteligiblemente.

—Sería conveniente que Doc viniese pronto. Sería menester poner fin a esta situación cuanto antes —declaró Monk con voz sombría.

Y en aquel preciso instante, alguien abrió violentamente la puerta de la habitación en que Doc Savage estaba escuchando la advertencia radiotelefónica. El Hombre de Bronce giró sobre sus talones.

Cinco hombres penetraron en la habitación. Dos de ellos llevaban ametralladoras y los otros tres iban igualmente armados hasta los dientes.

CAPÍTULO IV

«TIREN A MATAR»

DOC Savage era un criminal.

La policía irrumpió en las oficinas del Hombre de Bronce, instaladas en el piso 86, de un rascacielos neoyorquino. Una guardia permanente fué colocada allí, aun cuando ninguno de los compañeros de Doc Savage estaba en el país.

Los agentes del Servicio Secreto Federal Investigaron y estudiaron los numerosos dispositivos allí existentes. Algunos de ellos no pudieron comprender para qué servían y pensaron en la posibilidad de que fuesen instrumentos de muerte y destrucción. Naturalmente, sólo podían formularse hipótesis en este sentido, porque nadie tenía seguridad alguna.

Se propalaron órdenes para que fuesen detenidos los compañeros de Doc Savage que pudiesen ser encontrados, aun cuando, en aquel instante, se ignoraba el paradero de todos ellos.

El mayor Thomas J. Roberts, conocido con el nombre de Long Tom el mago de la electricidad del grupo, habíase puesto en viaje en uno de los aviones de pasajeros que realizaban el servicio a Europa, encontrándose en aquellos momentos en pleno vuelo a muchos centenares de millas de distancia.

William Harper Littlejohn el famoso geólogo y arqueólogo, llamado «Johnny» por sus amigos, y el coronel John Renwick, el famoso ingeniero, apodado «Renny» por sus amistades, se encontraban en las regiones árticas, lejos de la civilización, en un viaje de exploración organizado por ellos.

En Washington se realizó una conferencia entre altos funcionarlos de gobierno. Todas las pruebas de la culpabilidad de Doc Savage eran estudiadas por ellos cuidadosamente, y,

ciertamente, aquellas pruebas parecían condenar al acusado en forma que no dejaba lugar a dudas.

—Es Increíble —decía solemnemente un funcionarlo de cabellos canosos— pero lo cierto es que solamente podemos guiarnos por las pruebas que tenemos y que son francamente condenatorias. Y esas pruebas nos obligan a tomar medidas sin pérdida de tiempo. ¿Están ustedes de acuerdo conmigo?

Los demás funcionarios asintieron. La orden fué propalada a todo el mundo Era preciso encontrar a Doc Savage a cualquier precio.

En las oficinas de la Sureté de París, junto al Sena, se celebraba una conferencia similar.

Las órdenes dadas eran breves y concisas. Se dispuso que Doc Savage fuese arrestado y la voz de mando en una docena de países era:

—«Tiren a matar, si se resiste.»

Un hombre delgado, de aspecto enfermizo, ocupaba una de las butacas del gigantesco avión de pasajeros, que realizaba el viaje entre los Estados unidos y Europa, No era muy alto y, físicamente, parecía ser un tanto débil.

En su semblante se observaba una expresión de preocupación. Sus manos se abrían y cerraban. Frente a él, un hombre, de rostro severo, vistiendo uniforme azul le miraba atentamente.

—No puede ser. Doc jamas cometería una acción semejante. Debe ser una impostura —decía el hombre delgado.

Su compañero lanzó una débil carcajada.

—Lamento que no sea así, mayor Roberts —dijo—; aun cuando, en realidad, desearía que usted tuviese razón, porque lo contrario seria muy desagradable para usted…

El mayor Thomas J. Roberts guardó silencio por un instante. Era muy significativo que su compañero no le hubiese llamado por su apodo Long Tom. Este detalle era suficiente para expresar los sentimientos del otro, por cuanto él y Long eran viejos amigos.

—Ya sé que parece mentira, Fred —declaró Long Tom—: pero conozco muy bien a Doc Savage y estoy en condiciones de asegurar a usted que no hay nada de cierto en todas esas acusaciones que se formulan contra él.

—¿Y el mensaje radiotelefónico propalado con su propia voz?

Long Tom movió la cabeza, como si no lograse comprender aquel enigma, pero al mismo tiempo aseguró con firmeza:

—Ese mensaje no ha sido transmitido por Doc Savage. Y ello quiere decir que debe estar preso en alguna parte. ¿Cuando aterrizaremos? Debo estar en París cuanto antes.

El hombre de uniforme, que era el capitán del avión, movió la cabeza lentamente.

—Mayor —dijo;— lamento tener que decirle que hemos recibido instrucciones radio-telegráficas desde Washington de arrestarle. Cuando lleguemos, deberá usted ser entregado a Scotland Yard.

Long Tom se hundió más profundamente en su asiento. El capitán podía estar convencido de que el compañero de Doc Savage estaba bien seguro y que seria entregado a la policía: pero él tenía sobre el particular opinión muy distinta. Debía llegar cuanto antes al lugar en que se encontraba Doc Savage.

Probablemente el Hombre de Bronce pudiese necesitarlo.

Por la mente de Monk y Ham pasaban ideas semejantes. Ambos compañeros no perdieron el tiempo, saliendo cuanto antes de su habitación en el hotel, comprendiendo que ella sería visitada muy pronto por la Polocía francesa, que los detendría en averiguación del paradero de Doc Savage.

Dejaron a Chemistry en el hotel. Ham protesto por esta falta de cortesía para con su mono favorito, pero Monk le indicó, con toda lógica, que si el mono les acompañaba, el riesgo de ser detenidos aumentaría.

—Esa joven que raptó a Doc Savage no me es desconocida —manifestó de pronto Monk— He visto su retrato en el programa de un cabaret.

Llamaron un automóvil de alquiler y Ham dio las instrucciones del caso a su conductor.

Durante el viaje, Ham comentó: —Evidentemente la muchacha no estará ahora en el cabaret, pero es posible que allí podamos obtener algunas informaciones acerca de ella, que puedan servirnos de guía.

Un sedán de lujo siguió al automóvil de alquiler en que viajaban los compañeros de Doc Savage, y cuando éste se detuvo delante del cabaret, el otro coche se aproximó y su conductor saltó del pescante y se acercó al abogado y al químico.

—Doc Savage me manda —dijo en voz baja.

Ni Ham ni Monk demostraron haber escuchado sus palabras. Ham terminó de pagar al conductor del automóvil de alquiler, agregando al precio del viaje una propina de cinco francos. Después giró sobre sus talones. En el mismo momento Monk se colocó al otro lado del hombre que les había dirigido la palabra.

En los ojos de Ham se observaba una expresión de dureza. La fuerza con que apretaba el brazo de aquel hombre hubiese bastado para romperlo.

El individuo no efectuó el menor movimiento como para escapar. Por el contrario, sonreía confiadamente.

—El Hombre de Bronce ya me advirtió que ustedes obrarían de esta manera —declaró— pero me recomendó que les recordase que sus oficinas están instaladas en el piso 86. —y desea que ustedes vayan a reunirse con él cuanto antes, porque los necesita.

Los ojos de Monk se encontraron con los de Ham.

Este hizo girar al hombre, de manera que mirara hacia otro lado. Al mismo tiempo, clavó sus ojos en su compañero y sus labios pronunciaron, silenciosamente, las palabras:

—Es una celada.

Monk asintió con un movimiento de su cabeza. Comprendió que aquel hombre había tratado de emplear una clave para asegurarles quo su mensaje era cierto. Pero había utilizado una frase equivocada.

Los párpados de Monk bajaron ligeramente en tanto que decía en voz alta:

—Sí, comprendo que Doc necesitará que vayamos enseguida.

—Iremos con usted —asintió Ham.

Pareció que el desconocido lanzara un suspiro de alivio, pero trató de disimularlo inmediatamente.

—Yo me encargaré de la dirección del coche —dijo— Será mejor que ustedes se sienten atrás, a fin de ocultarse mejor a la vista del público. Los gendarmes están buscándolos.

Monk abrió los cristales del coche.

—No nos expongamos al peligro del gas —advirtió a su compañero en voz baja.

Ham asintió. Una pistola automática apareció en su diestra.

—Dominaremos a ese individuo tan pronto como detenga la

marcha del coche —contestó con voz apenas perceptible.— Pero antes será conveniente que nos dejemos llevar adonde él quiera. Seguramente será el mismo lugar en que está prisionero Doc.

Subieron al coche. El conductor se reclinó hacia atrás y cerró con violencia la portezuela. Una sonrisa irónica apareció en sus labios.

Al mismo tiempo que la portezuela se cerraba, el asiento había bajado. Monk y Ham cayeron al fondo del coche, a la vez que una tapa corría de delante atrás, como un doble piso. Los dos compañeros de Doc Savage quedaron así aprisionados en un compartimiento herméticamente cerrado y que fué llenado de gas por el conductor, mediante el movimiento de una llave especial, privando en pocos segundos del conocimiento a los dos hombres.

Terminada la primera fase de su misión, el conductor puso en marcha el vehículo, tomando el camino de un aeródromo existente en las afueras de París.

Simultáneamente, en otro automóvil, Chemistry fuertemente sujeto y lanzando de tanto en tanto un quejido, era conducido en la misma dirección.

—Yo no sé para qué querrá el jefe a ese gorila —dijo uno de los secuestradores del mono, que llevaba en el rostro señales evidentes de que su tarea no había sido fácil.

—Yo tampoco lo sé —le consoló su compañero—; pero en cambio es indudable qué Doc Savage ha quedado sin ayudantes.

Si el hombre hubiese sabido lo que hacía en aquel momento Doc Savage, probablemente habría comprendido que no necesitaba ayudantes.

El Hombre de Bronce seguía estando en la habitación a la que había sido llevado por Mary Standish y John Marsh. Pero ni estaba solo ni tampoco cautivo.

En el suelo de la estancia yacían cinco hombres en distintas posiciones.

Cuando estos hombres habían penetrado en la habitación, dos de ellos, que estaban armados de ametralladoras, habían ordenado a Doc que levantase los bracos. Los demás habían rodeado al Hombre de Bronce teniendo listos sus bastones para atacarlo en caso de ofrecer resistencia.

Los que llevaban ametralladoras no supieron jamás lo que les

había ocurrido.

Doc Savage realizó un rápido movimiento. Las ametralladoras fueron arrancadas de sus manos. Hasta los bastones no sirvieron para tocar al Hombre de Bronce, pues pasaron a manos de Doc Savage antes de que sus poseedores supiesen lo que había sucedido. Por lo regular, el Hombre de Bronce prefería eliminar a sus enemigos sin producirles mayores daños ni dolores. Pero en aquel instante, la rapidez con que aquellos hombres atacaron a Doc Savage fué su propia perdición.

El Hombre de Bronce obró con rapidez. Sus grandes puños, impulsados por brazos que parecían de acero, entraron en acción en forma tan veloz, que ni con la mirada se podían seguir sus movimientos.

Los tres hombres rodaron por el suelo.

Doc posó en ellos una mirada de calma. Uno de ellos era indudablemente, el jefe; porque estaba vestido en forma más esmerada y en su rostro se observaba una inteligencia mayor.

El Hombre de Bronce metió una mano entre el pecho y la camisa, extrayendo de un bolsillo interior una pequeña cartera que siempre llevaba consigo. De ella saco una jeringa hipodérmica.

Disolvió un polvo blanco en un poco de agua, llenó la jeringa hipodérmica y aplicó una inyección en su brazo. Instantáneamente el hombre se incorporó y abrió los ojos. Pero parecía no comprender dónde estaba.

Doc volvió a colocar la jeringa y el polvo blanco dentro de la pequeña cartera. El polvo blanco era un producto de fórmula inventada por el mismo Doc Savage, y que hubiese podido reportarlo una fortuna, en el caso de que hubiese vendido el secreto para uso de los pugilistas profesionales. Tenía la propiedad de despejar inmediatamente la mente de los hombres que habían quedado knock-out por efecto de un golpe, pero al mismo tiempo, la persona a quien se aplicaba esta inyección quedaba en condiciones de obrar instantáneamente en la forma que se le indicase, ya fuese que tuviese que contestar a las preguntas quo se le formulaban, o que se tratase de reanudar la lucha.

—¿Quién le ha enviado a usted aquí? —preguntó Doc Savage.

El hombre abrió la boca.

—Fué Car...

Sus palabras quedaron cortadas. Lanzó un grito agudo. Después quedó en silencio.

Escuchóse el zumbido característico que Doc Savage lanzaba cuando estaba sorprendido o alarmado.

Aquel hombre ya no volvería a hablar. Yacía en el suelo, cortado en dos trozos. Su cuerpo había sido completamente seccionado a la altura de la cintura.

Cada uno de los dos fragmentos tenía el interno aspecto cauterizado de los soldados que habían sido mutilados misteriosamente, cuando trataban de ejecutar el desfile en honor de Doc Savage.

CAPÍTULO V

APRISIONADO

EN su despacho. Carloff Traniv el hombre de los anchos hombros, sonreía irónicamente.

—Ese Doc Savage es un hombro inteligente... muy vivo... —admitió—; pero yo, Carloff Traniv soy más inteligente que él. Traniv soltó una llave que había estado sujetando y se quito los auriculares que llevaba colocados en la cabeza.

Frente a él se hallaba sentado otro hombre, que en aquel instante tenía las facciones muy pálidas, observándose en sus labios un cierto temblor.

—¿Fue necesario eso? —preguntó.

Traniv le miró con un gesto despectivo.

—Naturalmente —contestó secamente.

—¿Pero lo mató usted desde aquí? —Inquirió el otro con cierto tono de terror en la voz.

—Ciertamente —replicó el otro.— Ha sido un pequeño secreto mío que he aplicado.

El otro se encogió de hombros. Era un individuo de mediana estatura y se observaba en su cabello muy negro un mechón blanco. Sus facciones eran las de un individuo indolente, pero en sus ojos había un brillo de astucia.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —inquirió.

Carloff Traniv se dirigió hacia el teléfono, descolgó el receptor y marcó un número en el disco del aparato. Enseguida preguntó:

—¿Con la policía? Perfectamente. Disculpen ustedes que no revele mi identidad, porque temo hacerlo. Pero puedo informarles que Doc Savage se oculta en una casa de la rue Jacob; vayan enseguida y podrán arrestarle.

Volvió a colocar el receptor en la horquilla.

Las facciones de su compañero habíanse vuelto aún más pálidas.

—¿Pero qué…? Creía…

Traniv volvió a levantar el receptor telefónico. Tan pronto como escuchó la respuesta, dio una orden.

El rostro de su compañero se aclaró.

—Ahora me parece comprender… —dijo.

Carloff Traniv se sentó en su sillón.

—Allbellin —dijo— necesito apoderarme de Doc Savage. Hasta ahora, todos mis agentes han fracasado. Pero esta vez no habrá escapatoria. Yo mismo me encargaré de atraparlo.

La cara de «Pecos» Allbellin volvió a mostrar su expresión de Indolencia.

—¿Entonces sabe usted que escapará de los agentes? —preguntó.

Los párpados de Allbellin se entrecerraron ligeramente. Los que le conocían en París creían que se trataba simplemente de un rico exilado sudamericano. Parecía un individuo ocioso y se mostraba siempre indiferente a todo lo que no fuesen las cosas bonitas de las mujeres. En cuanto a recursos, parecían sobrarle. Pocas personas, en efecto, sabían que detrás de aquella expresión indolente se ocultaba, en realidad, un cerebro astuto.

—¿No cree usted, Carloff, que ha sido un error echarnos encima a ése Doc Savage? —preguntó.

En el rostro del interpelado apareció una sonrisa irónica.

—Pecos —contestó;— usted no ignora que hemos tenido que apartamos temporalmente de nuestro objetivo principal. A ello se debió también la escena que provocamos hoy. Pero ha sido necesario también encontrar a un hombre capaz de cargar con la responsabilidad de nuestras acciones, a fin de asegurar nuestra propia tranquilidad Para ese papel he elegido a Doc Savage considerando que ningún otro hombre en el mundo goza de tanto prestigio como él ni se le conocen tantas invenciones extrañas. Es la única persona a quien podíamos echar la culpa de nuestras acciones y lograr que el mundo le creyese responsable.

Pecos Allbellin asintió.

—Si usted comprendiese todos los dispositivos que he inventado —siguió diciendo Carloff Traniv, y en ese momento se observaba

una nota de vanidad en sus palabras,— estaría tan convencido como yo de que no podemos fracasar.

—¡Oh, lo creo! —contestó Allbellin, y en sus labios dibujóse una leve sonrisa.— No dejo de comprender que soy solamente el que financia su empresa y, en consecuencia, no es posible que entienda todos los pormenores de lo que usted ha hecho. ¿Pero tiene usted realmente el propósito de cumplir la amenaza de destruir ese acorazado?

Traniv se frotó las manos. En sus ojos brillaba una expresión fanática.

—A las cuatro en punto, Pecos tendrá usted oportunidad de comprobar la seriedad de mi promesa —exclamó.

Doc Savage no tuvo duda alguna acerca de la seriedad de la promesa. Ya anteriormente había tenido oportunidad de vérselas con individuos fanáticos.

El barrio Latino se encuentra a escasa distancia del edificio que ocupa el Departamento Central de Policía, de París.

Pocos minutos después de haberse recibido el mensaje de Carloff Traniv varios camiones tripulados por agentes de policía llegaron a la casa indicada en el citado mensaje.

Se trataba de agentes acostumbrados a detener a grandes criminales. En consecuencia, conocían perfectamente el arte de rodear una casa en que se refugiase uno de ellos. Sus movimientos eran absolutamente naturales, de modo que cualquier curioso que los hubiese visto actuar los habría confundido con visitantes.

Pero el hombre de Bronce los reconoció inmediatamente. Descendió por la escalera que utilizaran un momento antes Mary Standish y John Marsh en su fuga, Terminaba dicha escalera en un angosto y oscuro túnel, que Doc recorrió en contados segundos.

Cuando los agentes de policía penetraron en la habitación, solamente encontraron a los cuatro hombres desvanecidos, que yacían en el suelo, y a un quinto, que estaba cortado en dos pedazos.

Los empleados policiales recorrieron el escenario de aquella nueva tragedia con una rápida mirada. Ello les bastó para anotar; otro crimen en la cuenta de Doc Savage.

El hombre de Bronce salió del túnel a varios cientos de metros de distancia de la casa, que en ese momento allanaba la policía. Al

salir a la calle, echó un vistazo alrededor, observando en la esquina próxima a un individuo, al parecer esperando a alguien.

El individuo vestía camisa azul, gorro del mismo color y pantalón a rayas. Aunque aquella vestimenta difería considerablemente del uniforme de los agentes de policía, Doc Savage reconoció en aquel sujeto inmediatamente a uno de los dos agentes que le habían detenido unos momentos antes, cuando se produjo la tragedia durante el desfile. Ello bastó para que decidiese seguirle.

El sujeto penetró en un comercio próximo. Sin pérdida de tiempo, Doc Savage subió al techo del mismo edificio y sacó de su bolsillo un cable ya preparado, que enganchо en la red telefónica, pudiendo de esa manera escuchar la conversación que sostenía el sospechoso. El sujeto fue muy breve. Doc Savage oyó que decía:

—Informa el agente BY-2. Ha empozado a seguirme.

Desde el otro extremo de la línea se escuchó una leve carcajada.

—Haga como que ignora que le está siguiendo.

—¿Y qué debo hacer?

—Vuelva a la calle y venga hacia aquí directamente, sin mirar hacia atrás. Ni Doc Savage ni nadie podrá escapar de lo que le tengo preparado.

En los ojos del Hombre de Bronce apareció una expresión de satisfacción.

Eran las tres y treinta minutos.

En aquel momento, dos coches llegaban a un aeródromo próximo a París. De uno de ellos fueron sacados los cuerpos inconscientes de Monk y Ham. Del otro, salió Chemistry, sólidamente atado.

Dos aviones esperaban en el campo, listos pera levantar el vuelo. Uno de ellos era un aparato de transporte de grandes dimensiones. El otro era un avión de reconocimiento, pequeño.

Monk, Ham y Chemistry fueron conducidos al primero de los aparatos.

Mientras tanto, un hombre que vestía camisa y gorra azules y pantalón a rayas llegaba al edificio en que se hallaba instalada la oficina de Carloff Traniv. Buscó al tercer piso y delante de la puerta del despacho se anunció:

—Informa agente BY-2.

Durante un momento no contestó nadie. Después la puerta se abrió silenciosamente. El hombre penetró y dio tres rápidos pasos adelante. La puerta se cerró a sus espaldas. Nuevamente se detuvo, con lo mirada fija y la mano en la frente, en ademán de saludo. Su segunda mano estaba parcialmente oculta detrás de su cuerpo. Contenía un objeto pequeño, de forma extraña.

Estaba de pie en una habitación, aparentemente vacía. Tres pesadas puertas veíanse en ella, pero no tenían ninguna ventana. La estancia parecía estar herméticamente cerrada.

Junto al techo corrían varios tubos delgados, de los cuales algunos poseían bocas de rara forma.

—¿Ha sido usted seguido?

La pregunta pareció salir de la nada. No se veía en parte alguna la menor señal de la presencia del que hablaba, pero el interrogado movió la cabeza, como si estuviese delante de su jefe.

—Creo que no. Por lo menos, no he podido descubrir a nadie que me siguiese.

Un débil zumbido escuchóse en la habitación.

—¿Qué en eso?

La pregunta salió también del aire, pero en ella se descubría un tono de sorpresa.

El hombre de la camisa y gorra azules no contestó. En cambio, corrió de pronto hacia la puerta del centro.

Se sintió una terrible corriente de aire. No era, empero, aire que penetraba en la habitación, sino que, por el contrario, parecía ser extraído de la misma por alguna fuerza misteriosa.

El hombre estaba junto a la puerta del centro y quedó allí, al parecer inmovilizado. Inmediatamente apareció vestido de blanco. Hasta su rostro y sus manos tenían ese color.

Enseguida cayó largo al suelo y quedó inmóvil.

Parecía un pedazo de hielo.

Transcurrió un minuto. Lentamente, el aire volvió a penetrar en la habitación. Después se abrió la puerta del centro. Carloff Traniv entró en la estancia cautelosamente. Le seguía Pecos Allbellin.

Los ojos de Allbellin estaban desmesuradamente abiertos, revelando la sorpresa que le dominaba. La figura que yacía en el suelo parecía estar petrificada.

—¿Pero qué...? —comenzó a preguntar Allbellin.

Traniv respiraba agitadamente.

—Usted tenía razón, Pecos —dijo.— Doc Savage es un enemigo que no debemos menospreciar…

Allbellin dijo:

—Pero ése… no es Doc Savage.

Traniv se aproximó al hombre que estaba tendido en el suelo y lo colocó de forma que pudiese mirar su cara. Grandes ojos de color de oro se encontraron con los suyos.

—Empleó algún dispositivo eléctrico para poner fuera de servicio el aparato de televisión, con el que yo vigilaba —Dijo Traniv.— Si yo no hubiese obrado rápida y resueltamente cuando vi que la imagen de televisión se borraba, nos hubiese sorprendido.

Traniv movió la cabeza y en sus facciones apareció una expresión grave.

—En alguna forma dominó al hombre que habíamos enviado para atraerle hasta aquí y averiguó por él cómo llegar hasta esta habitación. Lo que no acierto a comprender es cómo pudo lograr eso sin que yo lo supiese.

Pecos Allbellin tragó saliva con evidente dificultad.

¿Pero qué le ha pasado a Doc Savage? —preguntó.

Traniv sonrió.

—Ha caído en la trampa que yo le preparé. Lo que hice fué producir un repentino vacío en la habitación, con lo cual provoqué un frío extraordinario. La humedad del ambiente se congeló en el acto, lo mismo que el cuerpo de Doc Savage. Ahora, nuestro enemigo estará, helado hasta que lo necesitemos.

Eran las cuatro menos diez minutos.

CAPÍTULO VI

RUIDOS DE MUERTE

EL acorazado «Georgia», de la armada norteamericana, se encontraba a quinientas millas de distancia de la costa inglesa. La nave hendía el agua a toda velocidad, levantando olas de espuma en su proa.

Regresaba el acorazado a los Estados Unidos, después de haber efectuado visitas de cortesía a varios puertos europeos. A su bordo viajaban varios diplomáticos norteamericanos que habían asistido a una conferencia realizada en Ginebra.

En el acorazado reinaba un extraño silencio. De tanto en tanto, alguno de sus tripulantes, paseaba una mirada de temor a su alrededor. Desde el interior de las torres de combate, ojos atentos vigilaban el mar. El más pequeño movimiento en el agua era objeto de un inmediato estudio.

Los marineros cambiaban palabras en voz baja cuando los oficiales no estaban cerca' de ellos. Reinaba un ambiente extraño en la nave. Además, se habían tomado ciertas medidas que no podían menos que provocar los comentarios de la tripulación.

En primer lugar, las piezas de artillería antiaérea de tres pulgadas habían sido preparadas para entrar en acción. Los artilleros de todas las piezas estaban próximos a ellas, como si tuviesen que abrir el fuego dentro de breves segundos. Ninguno de ellos sabía el motivo de todos esos preparativos.

También se encontraban preparadas las dotaciones de las piezas de cinco pulgadas que estaban destinadas a batir a cualquier enemigo submarino. En cuanto a los oficiales que estaban encargados de esas piezas, se mostraban sumamente reservados.

Y no era extraño que así fuese, teniendo en cuenta que

solamente el contraalmirante comandante de la nave y el oficial radiotelegrafista sabían realmente de lo que se trataba.

Habíase recibido una orden lacónica de Washington concebida en los siguientes términos:

«Doc. Savage amenazó ataque contra acorazado durante el día de hoy. Probablemente se trate de una amenaza sin fundamento pero conviene estén preparados para todo.»

En cumplimiento de esas instrucciones el contraalmirante tomó las medidas del caso, y estaba convencido de que no sería tarea muy fácil atacar su nave. Su razonamiento lógico era el siguiente: En caso de intentarse un ataque contra el «Georgia». éste tendría que proceder del aire o provenir de un submarino.

—Parece que el rumor ha sido cierto que el comandante teme que Doc Savage hunda el barco —murmuró el oficial Smith a su colega Phelps.

Este no contestó. Era un hombre de reducida estatura, curtido de rostro por largos años de navegación. Sus ojos parecían parpadear constantemente. Su mentón avanzado le daba un aspecto belicoso.

—No le critique —dijo, lacónicamente.

El oficial Smith soltó una leve carcajada.

—Olvidaba que usted vio una vez a Savage —dijo— y, al parecer, el hombre debió impresionarle bastante.

—No es eso —respondió el otro.— quiero decirle que si Doc Savage ha anunciado que hundirá este barco, lo hará. Lo que no puedo creer es que haya declarado eso. Por el contrario, tratará de protegernos contra el ataque de otros.

Pero lo cierto era que, en aquel momento, el Hombre de Bronce no estaba en condiciones de proteger a nadie.

Le había sido muy fácil substituir al falso agente de policía que debía inducirle a llegar hasta la casa de su jefe.

En realidad, pasaron varias horas antes de que el falso agente supiese lo que le había ocurrido. Habíase sentido repentinamente levantado en el aire. Enseguida, antes de que tuviese tiempo de lanzar un grito, algo le había golpeado en la nuca.

La maniobra de Doc Savage había sido muy sencilla. Simplemente, había dejado caer un lazo sobre el agente, levantándolo en alto desde el techo de la casa.

El movimiento del Hombre de Bronce había sido tan rápido que

nadie reparó en el hombre que era izado hacia el techo. Después. Doc Savage le había dejado knock-out con un certero golpe en la nuca.

Utilizando sus condiciones de hipnotizador, el Hombre de Bronce había logrado averiguar de labios del falso agente de policía las señas de la casa de Carloff Traniv.

Doc había comprendido inmediatamente la trampa que se le había preparado tan pronto como entró en aquella habitación. La estancia herméticamente cerrada y los tubos con sus bocas de forma extraña se lo revelaron todo.

Había sacado inmediatamente de su bolsillo un pequeño vibrador eléctrico de alta intensidad. Ese vibrador era una batería pequeña, pero muy potente. Si Doc Savage hubiese dispuesto del tiempo necesario, indudablemente habría visto cumplidos sus deseos. A pesar de ello, logró un cierto resultado.

Pero las ondas producidas por el vibrador también habían puesto fuera de servicio el aparato de televisión que empleaba Traniv, y éste había obrado sin pérdida de tiempo.

La extraordinaria sensibilidad de la piel del Hombre de Bronce le advirtió el peligro que se avecinaba mucho antes de que la temperatura descendiese por debajo del punto de congelación. Corrió hacia la puerta, pero llegó demasiado tarde.

Traniv había hecho lo que ya hicieron otros hombres de ciencia antes que él: había empleado un método de congelación instantánea, que dejaba a su víctima aparentemente sin vida, pero en condiciones de poder ser reanimado.

Pero Doc Savage comprendió lo que le iba a pasar. Y en esta ocasión le fué muy útil el extraordinario entrenamiento físico a que había sometido su cuerpo desde la infancia.

A la primera señal de cambio de temperatura habíase colocado voluntariamente en estado comatoso. Con ello redujo el numero de latidos de su corazón, así como la temperatura de su cuerpo. En consecuencia, la baja temperatura no logró privarle del conocimiento.

Pero, en cambio, no pudo evitar el quedar indefenso, situación por la que pocas veces había pasado en su vida. Quedó mareado y envuelto en hielo y tan sólidamente sujeto como si lo hubiesen atado con ligaduras de acero. Sus poderosos músculos estaban fríos

e impotentes.

Carloff Traniv ya no prestó atención a su prisionero. Sabía que Doc Savage no podía moverse y le creyó privado del conocimiento.

El hombre de alta estatura y porte militar regresó a su despacho. En cuanto al Hombre de Bronce, comprendió muchas cosas tan pronto como pudo ver aquel despacho.

Sobre la mesa-escritorio había un pequeño micrófono. Estaba unido a un transmisor compacto, pero de gran poder. A gran altura, en la estratosfera, sobre París, se encontraba un avión. En él se hallaba instalado un transmisor de mayor potencia aún, con la misma longitud de onda que la estación de la Torre Eiffel de París.

Doc Savage comprendió inmediatamente cómo podía Traniv lanzar sus mensajes radiotelefónicos sin abrigar el menor temor de poder ser localizado. El transmisor que él utilizaba estaba sintonizado en una onda tan corta que no podía ser captada por ningún receptor común. Y aun cuando los instrumentos Investigadores para la localización de la estación transmisora señalasen hacia el aire, el avión que se encontraba en la estratosfera tenía suficiente tiempo para alejarse a muchas millas de distancia antes de que otros aparatos pudiesen alcanzar su altura para darle caza.

Traniv miró irónicamente a Doc Savage, movió una llave y se colocó delante del micrófono y, metiéndose un objeto ovalado en la boca, comenzó a Hablar: «Habla Doc Savage…»

Su voz era una imitación perfecta de la del Hombre de Bronce. La laringe artificial que empleaba había sido fabricada con toda precisión.

Un silencio profundo pareció seguir a estas palabras. Era un silencio que envolvía a toda la ciudad.

Todos los aparatos receptores habían sido sintonizados en la longitud de onda de la Torre Eiffel. Y cuando se escucharon las anteriores palabras, el público se estacionó silenciosamente delante de todos los altoparlantes Instalados en la ciudad.

Faltaban dos minutos para las cuatro, cuando la voz del falso Doc Savage prosiguió:

«Voy a cumplir ahora la promesa formulada hace pocas horas. Dentro de dos minutos exactamente uno de los más modernos acorazados que existen será hundido. Nada podrá evitarlo.»

»Esa será mi última advertencia al mundo. A menos que las naciones de todo el mundo provoquen la caída de sus gobierno» y me llamen para gobernarlos, seguiré descargando golpe tras golpe, cada vez más fuertes. La muerte, asumiendo caracteres como no los ha conocido aún el mundo, asolará a todas las naciones.»

«Yo, Doc Savage, he hablado. Faltan quince segundos para las cuatro. Dentro de quince segundos será hundido el acorazado «Georgia», de los Estados Unidos.»

La voz se detuvo. Eran las cuatro en punto.

Un silbido agudo se oyó en el aire. No era el ruido característico de un avión con el motor en marcha, sino que se trataba de un zumbido más débil. De pronto el infierno pareció haberse abierto…

El contraalmirante del «Georgia» miró hacia arriba. Los artilleros corrieron hacia las piezas antiaéreas. Severas órdenes fueron dadas.

Desde el aire, como impulsados por motores eléctricos, descendían con increíble rapidez dos aparatos de forma extraña.

Eran aparatos que no merecían ciertamente el nombre de aviones. Tenían alas, pero éstas eran pequeñas y macizas y parecían tener más bien fines de dirección que de sustentación.

Entre dichas alas se veía un cuerpo de la forma de un torpedo, pero su tamaño era mucho mayor que el de los torpedos comunes.

El operador radiotelegrafista, asustado, echó mano de su manipulador para lanzar un S. O. S.

Pero apenas pudo transmitir la S. cuando se escuchó una formidable explosión.

Uno de los torpedos había alcanzado al «Georgia» en la proa y el otro en el centro.

Las gruesas planchas de acero se abrieron como si hubiesen sido de papel.

Una fracción de segundo bastó para que el «Georgia» volase por el aire convertido en un montón de hierros informes…

El explosivo empleado había sido preparado por el propio Carloff Traniv y su potencia era cien veces mayor que la de la dinamita…

Un instante mas tarde, las aguas volvieron a cerrarse y un remolino indicó el lugar en que, un minuto antes, navegara el orgulloso acorazado moderno «Georgia», de la armada norteamericana. Toda su tripulación yacía con él en el fondo del

mar.

A gran altura, un avión de gran tamaño volaba sobre el teatro de aquel horrendo suceso.

Sus ocupantes manejaban con controles radio-eléctricos las distintas piezas de artillería y ametralladoras de que estaba provista la aeronave.

—Recuerde que el jefe nos recomendó que dejásemos con vida a uno de los tripulantes —dijo uno de los hombres que manejaban las ametralladoras, que en aquel momento lanzaban ráfagas de plomo sobre las olas para destruir cualquier vestigio de vida que aún pudiese existir allí.

No creo que sea posible —contestó su compañero, con indiferencia.

CAPÍTULO VII

UN INCRÉDULO CONVENCIDO

UN hombre delgado, de facciones pálidas, se irguió. Long Tom observó que los demás ocupantes del avión mostraban una extraordinaria tensión en sus rostros.

El operador radiotelegrafista penetró en la cabina y se dirigió al oficial de uniforme azul, que se hallaba sentado frente a Long Tom.

—No puedo darle la dirección, capitán —manifestó el radiotelegrafista, lacónicamente.

Las facciones del comandante del avión se pusieron intensamente pálidas. También en el rostro de Long Tom apareció una expresión de consternación.

—¿Qué ha podido escuchar usted? —inquirió el comandante.

—Sintonicé la onda del «Georgia» —respondió el interpelado— para pedirle nuestra posición exacta. Eran las cuatro en punto. Alcancé a escuchar una S… Después, todo fué silencio.

—¿Alguna otra estación quiso comunicarse con el «Georgia»?

—El éter está lleno de llamadas. Al parecer, ese Doc Savage comunicó radiotelefónicamente desde París que tenía el propósito de hundir al «Georgia».

El cuerpo de Long Tom pareció encorvarse. En su rostro se observó una expresión de profunda consternación.

El capitán del avión se dirigió al oficial de navegación.

—¿Conoce usted la posición del «Georgia»? —preguntó.

—Ya la he calculado, capitán. A las cuatro debía hallarse el buque justamente a una distancia de una hora de vuelo desde el lugar en que nos encontramos en este momento.

—Ordene a los pilotos que se dirijan hacia allí.

El capitán del avión se volvió a Long Tom. Su rostro era severo y

decidido.

—Mayor Roberts —dijo,— hemos sido amigos desde hace muchos años. Pero si algo ha ocurrido al «Georgia» y si Doc Savage es el responsable, yo...

—No ha sido Doc —contestó Long Tom, pero en aquel momento su voz no expresaba ya la ciega confianza de antes. Había en ella una cierta duda.

En cuanto a Doc Savage, se encontraba en el interior de un amplio cajón herméticamente cerrado y en el que la temperatura era tan baja como en una heladera. Había sido colocado en ese cajón por Traniv y Allbellin.

Cuatro hombres llevaron el cajón hasta la calle, colocándolo sobre un camión cerrado. Después subieron ellos mismos al camión y partieron rápidamente.

En la parte posterior del camión, un chico andrajoso salió de detrás de unas cuerdas, donde se había ocultado algunos minutos antes. Pierre era uno de esos típicos pilluelos que abundan en todas las capitales. Los objetos sueltos o no muy vigilados pasaban con frecuencia a sus manos. Y es que Pierre sentía la imperiosa necesidad de comer.

Aquel cajón de grandes dimensiones debía contener, sin duda, alguna carga valiosa, a juzgar por el cuidado con que lo habían llevado los cuatro hombres que lo colocaron en el interior del camión.

Pierre trató de levantar la tapa, que estaba provista de goznes, pero la encontró demasiado pesada. Al principio todos sus esfuerzos alcanzaron apenas para levantar la tapa una pulgada y después tuvo que dejarla caer nuevamente.

Revisó atentamente todo el interior del camión y encontró varios tacos de madera. Volvió a levantar un poco la tapa y colocó debajo de ella un taco y luego un segundo, y así sucesivamente.

Pierre miró al interior del cajón, pero no pudo ver absolutamente nada. Era demasiado oscuro.

Registrando prolijamente sus bolsillos, encontró una cerilla, la encendió y colocó en el interior del cajón, y asomó la cabeza.

Enseguida lanzó un grito de terror. La cerilla se apagó, pero no antes de que Pierre hubiese reconocido lo que contenía el cajón.

El muchacho recordó haber visto esa cara anteriormente y

pronto comprendió que estaba solo en el interior de aquel camión con Doc Savage, el más grande de los criminales del mundo.

Pierre lanzó una exclamación de terror, que fué oída por los individuos que manejaban el camión, quienes aplicaron inmediatamente los frenos para ver lo que ocurría.

Entonces comprendió el muchacho que había cometido una torpeza al no dominarse. Oyó que los hombres se acercaban a la puerta trasera del camión. Tan pronto como abrieron la puerta, Pierre saltó del camión y se alejó a toda prisa.

El camión ya estaba en las afueras de París, en las proximidades de un aeródromo. La calle estaba desierta. Uno de los cuatro hombres lanzó un grito y sacó un revólver del bolsillo.

Pierre corrió con la mayor velocidad que le fué posible, describiendo zigzags.

De pronto, una bala pasó rozando su cabeza. El chico se alejó del camino, penetrando en un campo sembrado. A corta distancia se veían unos árboles y Pierre corrió hacia ellos, interponiéndolos entre él y el sujeto que estaba haciendo fuego.

El hombre del revólver mostróse preocupado. Rápidamente volvió a cerrar el camión.

—Adelante —ordenó.— Debemos llegar cuanto antes al aeródromo, y si alguno de nosotros dice una palabra de lo ocurrido al jefe, ya sabemos lo que nos espera.

El camión prosiguió su marcha. Los cuatro hombres estaban muy pálidos.

Pierre comprendió que había obtenido una información valiosa. Pero al principio estaba demasiado asustado como para saber en qué forma debía emplear dicha información.

Oyó que el camión se alejaba, pero, a pesar de ello, regresó al camino con el mayor cuidado. Uno de los hombres podía estar allí, esperándole. Pierre estaba hambriento, pero no por eso dejaba de ser patriota. No se le ocurrió siquiera sacar provecho material, vendiendo la información que había logrado, sino que, sobre todo, quería ponerla cuanto antes en conocimiento de las autoridades.

Cuando llegó al camino, se puso a recorrerlo con paso rápido. A una milla de distancia se encontraba la carretera principal, por la que pasaban numerosos automóviles, pero ninguno de ellos se detuvo para recogerle. En los ojos del chico aparecieron gruesas

lágrimas de decepción.

De pronto vió que se acercaba un automóvil en el que viajaban varias personas que vestían uniforme.

Pierre decidió arriesgar su vida. Cuando el coche estuvo cerca se colocó delante de él levantando los brazos. Se oyó un chirrido de frenos y el automóvil se detuvo.

El muchacho se acercó rápidamente al costado del vehículo y comenzó a dar cuenta de lo que sabía, hablando empero con tanta rapidez que los oficiales del ejército que viajaban en el coche no llegaron a comprenderle en los primeros momentos, recomendándole un poco de calma para poder entenderle.

Cuando el chico les dijo, finalmente, que había visto a Doc Savage en el interior de un cajón, convertido en un helado, los militares estuvieron un momento a punto de creer que Pierre había perdido el juicio.

—Y estaba con vida. Yo le vi los ojos y no eran los de un cadáver —gritaba Pierre.

Los oficiales se serenaron:

—A corta distancia de aquí hay un aeródromo abandonado —dijo uno de ellos—; podríamos ir hasta allá y efectuar una pequeña investigación.

El coche dio vuelta, dirigiéndose al campo de aviación, Pierre tomó asiento entre ellos.

Cuando llegaron observaron la presencia de dos aviones que estaban a punto de levantar el vuelo. Uno de ellos era un aparato de transporte de grandes dimensiones y el otro un pequeño avión de reconocimiento.

Los militares se acercaron con su automóvil a este último aparato, en tanto que se ponían en pie dentro del coche, haciendo señas a los pilotos de los aviones para que detuviesen la marcha.

Pero en lugar de acatar esta orden, los pilotos imprimieron mayor velocidad a los motores y los dos aparatos levantaron el vuelo.

Por su parte, Pierre llamó la atención de los militares sobre un costado del campo de aviación. El camión en que había viajado el chico ya no estaba allí, pero en el suelo veíase el cajón en que había estado encerrado Doc Savage.

Los militares se dirigieron rápidamente hacia un puesto

telefónico y, pocos minutos después, desde todos los campos de aviación militares subían aviones con la orden de encontrar y hacer descender los dos aparatos misteriosos; aunque fuese recurriendo a la violencia.

Carloff Traniv se hallaba sentado frente a los controles del avión de reconocimiento. A su lado se encontraba Pecos Allbellin.

—Hemos sido descubiertos —dijo Traniv, con toda calma.

Allbellin se encogió de hombros. En su rostro observábase nuevamente aquella mirada indolente.

—Ya sé que usted sabrá esquivar cualquier peligro —manifestó —; pero, en verdad, lamento haber tenido que alejarme de París y de Mary Standish. Hubiese deseado que ella nos acompañase.

—Nos seguirá en breve —declaró Traniv.

Por un momento observóse en la cara de Allbellin un gesto de asombro.

—¿Tiene usted noticias de ella? —preguntó.

—Más amplias de lo que usted pueda suponer —contestó Traniv, con una sonrisa.

Allbellin estuvo a punto de hablar nuevamente, pero guardó silencio Por su parte, Traniv fué tomando cada vez mayor altura, colocándose encima del aparato de transporte.

A alguna distancia observábanse unos puntos cuyo tamaño aumentaba rápidamente. Eran aviones que se acercaban. A través de sus anteojos de larga vista Traniv distinguió que se trataba de aviones militares. Todos ellos se dirigían en línea recta al avión de transporte.

Monk, Ham y Chemistry estaban tendidos en el suelo del avión de transporte. Cerca de ellos, rodeado aún por una capa de hielo y encerrado en una caja transparente, se encontraba Doc Savage. Por medio del aire condensado se lograba mantener la temperatura inferior al punto de congelación en el interior del envase transparente.

Monk vigilaba atentamente los ojos de Doc. En alguna forma, el Hombre de Bronce había logrado mover los párpados. Con ellos pestañeaba rápidamente.

—Dice que los hombres que tripulan el otro avión son los verdaderos criminales —leyó Monk.

Doc le estaba refiriendo lo ocurrido, empleando el código Morse

al pestañear.

—Dice que si en algún momento tenemos posibilidad de desatarnos y de atacar a los individuos que tripulan este aparato, deberemos tener especial cuidado en evitar que puedan hablar, porque llevan cintos que contienen aparatos transmisores de radiotelefonía —siguió interpretando Monk informando en voz baja a su compañero.

De pronto, el químico levantó la cabeza y escuchó con atención.

—Tiene razón —dijo.

—¿Acerca de qué? —inquirió Ham.

—A pesar de hallarse en el interior de ese trozo de hielo, Doc ha oído que otros aviones se aproximan y opina que se trata de aparatos militares.

El abogado se movió ligeramente, a fin de poder mirar a través de una de las ventanas del avión.

Media docena de aviones militares se acercaban a ellos. Al parecer no vieron el aparato de reconocimiento, que volaba por encima del de transporte, a gran altura.

El abogado abrió la boca y profirió una exclamación de terror y asombro.

Los aviones militares acababan de convertirse en verdaderos meteoros. Hasta de sus alas metálicas escapaban grandes llamas. Simultáneamente, todos ellos caían vertiginosamente, en tirabuzón.

—Es una combinación de termita que quema cualquier metal con que entra en contacto —explicaba en aquel instante Traniv a Allbellin.— Nuestras naves están cubiertas de una preparación especial que las protege. Lo único, que debe hacerse para obtener el efecto deseado es poner en libertad el polvo, como si fuese una nube de humo, y dejar que los demás aviones penetren en ella.

Allbellin asintió. El aire estaba completamente libro. Sólo seguían en vuelo el aparato de transporte y el de reconocimiento que ellos ocupaban. Sin ser nuevamente molestados, los dos aparatos prosiguieron su vuelo y cruzaron la frontera.

En aquel momento el avión de pasajeros llegaba al lugar en que se había producido el naufragio del «Georgia».

Desde la aeronave numerosas miradas de angustia registraban las aguas, en las que se veían flotar ahora algunos restos del naufragio, que habían vuelto a la superficie. En el rostro de Long

Tom se dibujó una profunda amargura.

Sabía perfectamente que aquella no era la obra de Doc Savage, pero a él se le responsabilizaba por ella. Long Tom era un hombre que generalmente no se dejaba dominar por la ira, pero en aquel momento la indignación le venció.

Lo mismo ocurrió con los demás ocupantes del avión, quienes dirigían a Long Tom una mirada de odio, como si él también fuese un criminal.

—Mayor Roberts, le prometí… —exclamó el capitán del avión, con vehemencia, pero se detuvo al ver que el oficial radiotelegrafista le llamaba urgentemente.

—Hay un superviviente —gritaba el oficial.— He visto algo que se mueve en el agua.

Todos guardaron silencio. Era peligroso descender en aquel lugar, cubierto de restos del naufragio y donde fácilmente podía producirse una avería en el tren de aterrizaje. Pero, a pesar de ello, el capitán no vaciló, sino que, tomando personalmente la dirección, amaró cerca del lugar en que se encontraba el único náufrago, sujeto a una tabla y nadando, ya casi sin fuerzas.

Un momento más tarde el oficial de marina Phelps fué izado a bordo del avión, semidesnudo. Tenía una herida de bala a través del brazo y otra que le perforaba el hombro. Estaba débil por la sangre perdida y sus nervios hallábanse alterados por las escenas de que había sido testigo.

Se le suministraron bebidas calientes y ropa seca y sus heridas fueron convenientemente curadas.

Refirió toda la tragedia, mencionando el fuego de ametralladoras que había barrido la superficie del mar, matando a los pocos supervivientes e hiriéndolo a él.

Todos los que le escuchaban estaban it tensamente pálidos.

—Nunca pensé que Doc Savage sería capaz de semejante acción —terminó diciendo el marino.

—Y, realmente, no fué la obra de Doc Savage —afirmó Long Tom.

—Si, fué él —gritó Phelps—: yo mismo leí en las alas de sus aviones la inscripción: «Doc Savage, Rey del Mundo».

Todos, incluso Long Tom, quedaron callados.

CAPÍTULO VIII

UNA TENTATIVA DE FUGA

LOS diarios se vendían casi con mayor rapidez que las rotativas los imprimían. Grandes títulos veíanse en la primera página:

«DOC SAVAGE HUNDE UN ACORAZADO NORTEAMERICANO

El único superviviente relata escenas de terror en el mar.»

En las calles de Nueva York se formaron grupos silenciosos de lectores que se enteraban ávidamente de aquellas noticias. El silencio fué sustituido gradualmente por un espíritu de rebelión. La muchedumbre se agitaba.

No había dirigentes visibles, pero todas las personas se movían en la misma dirección.

La multitud se agolpaba frente al rascacielos en que estaba instalado el departamento de Doc Savage. Se requirieron las reservas de la policía para asegurar el orden. La muchedumbre trató de invadir la casa y, al serle ello prohibido por la policía, se produjeron desórdenes.

La agitación en Nueva York duró varias horas. Los hospitales fueron llenándose de heridos y contusos.

Alguien trató de incendiar los almacenes que Doc Savage poseía en East River, lográndose evitar su destrucción por el fuego solamente gracias a los dispositivos contra incendio que el mismo Doc Savage había instalado en aquellos depositos, donde guardaba sus aviones, su submarino y su yate.

El nombre de Doc Savage, que hasta entonces fué sinónimo de valor y coraje, convirtióse en la expresión de cuanto había de más criminal y canallesco.

A la Casa Blanca afluían los telegramas solicitando que Doc Savage fuese detenido inmediatamente y ejecutado en una plaza

pública. Las familias de los tripulantes del «Georgia» reunieron el dinero necesario para contratar a un verdadero ejército de pistoleros, encomendándoles la captura del gran criminal y de sus compañeros.

Casi al mismo tiempo se encontraron los restos carbonizados de los aviones militares franceses y nuevamente aparecieron grandes titulares en las primeras planas de los diarios:

«EL CRIMINAL SAVAGE DESTRUYE SEIS AVIONES

Los aviadores militares franceses que pretendieron detener a Doc Savage fueron aniquilados por éste, encontrándose sus cadáveres mutilados y carbonizados.»

Los restos de los aviones fué lo único que se encontró. El fuego originado por la termita había cumplido su misión aniquiladora.

Mientras tanto, en el avión de pasajeros que se aproximaba en vuelo a Londres, Long Tom viajaba como prisionero. Ya no protestaba ni seguía asegurando que Doc Savage era inocente. Confiaba en que su Jefe sabría demostrar, tarde o temprano, que no era responsable de los crímenes que se le imputaban.

Monk y Ham abrigaban las mismas ideas y sus ojos estaban fijos en los del Hombre de Bronce. Los párpados de Doc se movían rápidamente.

De los tres guardianes, dos estaban jugando a los naipes, sin preocuparse mucho de los prisioneros, que estaban a cargo del tercero, que se distraía viéndoles jugar.

Mediante el código Morse, aplicado al movimiento de sus párpados, Doc Savage impartió instrucciones precisas a sus compañeros. Consistían éstas en colocarse en forma que Chemistry pudiese cortar sus ligaduras mediante sus afilados dientes.

Hasta el mono parecía comprender aquel lenguaje mudo, porque, respondiendo inmediatamente a las indicaciones que le hicieron sus amos, se colocó detrás de Ham y comenzó a cortar las cuerdas que le sujetaban. Enseguida hizo lo mismo con Monk, cuidando de no mostrar sus actividades a los guardias. Y luego, como respondiendo a una orden, el mono se lanzó sobre los jugadores y les arrebató los naipes de las manos, corriendo hacia la parte posterior del avión.

Los guardianes reaccionaron en la forma prevista por Doc Savage, lanzándose en persecución del simio, sin sacar sus

revólveres, ya que solamente se trataba de un animal y creyendo que era una broma.

Entonces entraron en acción Monk y Ham.

De un salto, ambos se pusieron en pie. Los guardianes fueron atacados por sorpresa. Los puños del abogado y del químico entraron en violento contacto con las mandíbulas de los guardianes. Hasta el mono Chemistry participó en aquella lucha, sujetando el brazo de uno de los guardianes, que había sacado su revólver. Y entonces sobrevino la tragedia. El ruido de los motores del avión era más fuerte, naturalmente, que el producido por la lucha, pero hasta el piloto más inexperto hubiese comprendido que algo anormal ocurría en el avión, por la forma en que se movía la cabina.

La puerta que conducía al compartimiento de la dirección se abrió y uno de los pilotos apareció en el umbral, empuñando una ametralladora.

—¡Alto! —gritó.— ¡Manos arriba todo el mundo o los acribillo a balazos! Monk quedó un momento indeciso, No sabía si lograría alcanzar de un salto al piloto con la ametralladora.

—¡No se mueva! —le ordenó el aviador, con una sonrisa.

—Levanta los brazos, Monk —le aconsejó Ham.— Hemos tratado de obtener una victoria por sorpresa; pero hemos fracasado. Si Doc hubiese estado libre…

Ham no terminó la frase. Sus ojos se abrieron desmesuradamente.

El envase transparente que contenía a Doc Savage se abría en ese instante y el Hombre de Bronce se puso en pie de un salto.

Monk lanzó un gruñido. Doc hubiese podido recobrar la libertad solamente si algunos segundos antes la lucha hubiese tomado otro cariz, pero ahora ya era demasiado tarde.

Monk y Ham obraron como impulsados por el mismo razonamiento. Comprendieron que si se lanzaban sobre el piloto con la ametralladora se exponían a ser acribillados, pero preferían eso a permanecer inactivos.

El piloto se quedó un momento perplejo al ver que la caja transparente se rompía y que su ocupante salía de su interior, romo si nada hubiese ocurrido. Pero se repuso enseguida y apretó el gatillo de la ametralladora.

Pero en ese mismo instante todo comenzó a girar delante de sus ojos. Parecía que el avión hubiese entrado repentinamente en un fantástico «looping the loop». Los demás ocupantes de la cabina, así como el copiloto, sintieron el mismo efecto y todos ellos cayeron al suelo.

El único que permaneció de pie fué Doc Savage. El secreto de lo ocurrido residía en que el Hombre de Bronce había roto una cápsula conteniendo un gas anestésico, cuyos efectos notaron incluso sus compañeros.

Pero eso no preocupaba en aquel momento a Doc Savage. Lo esencial era que él habíase convertido en el dueño y señor del avión de transporte.

La libertad de Doc Savage, aun cuando pareciese milagrosa, no había sido, sin embargo, tan difícil.

El vibrador eléctrico que empleara en la oficina de Carloff Traniv había rodeado a su cuerpo de una capa seca de electricidad estática. Encima de esa capa se había formado el hielo, dejando a Doc Savage mareado, pero ileso. El espesor del hielo había sido suficiente para mantener prisionero al Hombre de Bronce.

Pero cuando se encontró a bordo del avión y con sus facultades mentales en plena acción, Doc invirtió el procedimiento empleado en la oficina de Carloff Traniv. En aquella oportunidad habíase sumido voluntariamente en un estado comatoso, produciendo así una disminución de la temperatura de su cuerpo. En esta ocasión, en cambio, Doc Savage se produjo una fiebre artificial, que elevó su temperatura, teniendo como consecuencia que el hielo que rodeaba su cuerpo fuese derritiéndose lentamente hasta quedar convertido solamente en una débil capa que él logró romper con su extraordinaria fuerza física.

Monk y Ham se sentaron en el piso de la cabina.

—¿Qué ocurrió? —preguntó el primero de ellos.

—Un gas —explicó Doc Savage— que se difunde instantáneamente y se congela sobre el globo del ojo, produciendo un mareo y una distorsión del cuadro óptico. Yo llevaba algunas ampollas en mi chaleco y las rompí al salir de mi cárcel de hielo.

Los compañeros de Doc Savage quedaron boquiabiertos. Comprendieron que su jefe hubiese podido escapar mucho antes, pero que había esperado para hacerlo cuando llegase el momento

oportuno.

—Aten a los prisioneros —ordenó Doc Savage.

Monk y Ham obedecieron en el acto.

Después los tres compañeros se dirigieron hacia el lugar de los pilotos.

—Es posible que ahora podamos invertir las tablas en esta partida —gruñó Monk.— Esos individuos no sabrán lo que ha ocurrido.

—Yo no soy de tu opinión —declaró el Hombre de Bronce.— Por el contrario, estoy convencido de que en alguna parte del avión debe haber un transmisor radiotelefónico en función. Pero, por lo menos, tenemos a nuestra disposición un aeroplano y ello es mejor que no tener nada.

El Hombre de Bronce se sentó en el lugar de la dirección y movió una palanca. No ocurrió nada. El aparato continuó volando como antes, sin desviarse en lo mas mínimo de su ruta.

El zumbido característico de Doc Savage se escuchó. En las facciones de Ham reapareció la palidez anterior.

Un ruido se produjo en los auriculares que llevara el piloto. Doc Savage se los colocó en la cabeza.

—Ha sido usted muy listo, Doc Savage —decía la voz de Carloff Traniv.— Realmente es usted un hombre a quien puedo necesitar. Pero no se forje ilusiones. Su avión no puede apartarse de la ruta, porque es dirigido por mí desde aquí. Siguen estando ustedes tan prisioneros como antes... Y no trate de interrogar a los miembros de la tripulación. Los únicos que saben algo están muertos.

Doc se quitó los auriculares y corrió hacia la parte posterior de la cabina. De los cinco prisioneros, solamente quedaban tres con vida. Otros dos, es decir, uno de los guardianes y el piloto, estaban muertos. Sus cuerpos habían sido seccionados a la altura de la cintura.

CAPÍTULO IX

LONG TOM CAE

EL avión de pasajeros en que viajaba Long Tom alteró su ruta con el propósito de aterrizar en el otro aeródromo. Pero este cambio no estaba destinado a favorecer a Long Tom, sino que obedecía a una llamada de Scotland Yard, que quería que el prisionero fuese entregado vivo.

En el aeródromo a que llegaban regularmente los aviones de pasajeros hallábanse agentes extranjeros con instrucciones de detener o matar a todo aquel que tuviese alguna relación con Doc Savage. Por lo demás, la misma multitud estaba indignada porque los diarios habían dado cuenta de los distintos crímenes cometidos por el Hombre de Bronce.

Al aterrizar en otro campo de aviación Scotland Yard pudo hacerse cargo del prisionero sin que se produjesen incidentes Pero muy pronto se difundió la noticia de que el avión, conduciendo a uno de los compañeros de Doc Savage, había descendido en otro aeródromo y fueron numerosos los automóviles que se lanzaron en pos del coche de la policía en que viajaba Long Tom, convenientemente escoltado por patrullas de motocicletas.

Entre esos coches que seguían al de la policía, uno era conducido por una hermosa joven, que había sido recientemente bailarina en un café de París. Detrás del volante de la dirección de otro estaba sentado John Marsh, el compañero de bailes de Mary Standish.

El automóvil de Scotland Yard penetró en la capital Inglesa. John Marsh, desde su coche, hizo una señal a la joven y ésta le contestó con un gesto de asentimiento.

En la primera esquina, los dos coches tomaron direcciones

distintas, aumentando rápidamente su velocidad de marcha. Pronto volvieron a dar vuelta, tomando ambos por calles paralelas a aquella que recorría el vehículo de los agentes de Scotland Yard Pero ni Mary Standish ni John Marsh se dieron cuenta de que un tercer coche los estaba siguiendo y, cuando se separaron aquel vehículo siguió a Mary Standish.

En el interior del coche de la policía, Long Tom hacía lo posible por guardar silencio frente a las numerosas preguntas que se le formulaban. El mago de la electricidad comprendió que solamente podría perjudicarse si hablaba.

Long Tom pensaba, entretanto, cómo podría lograr su fuga. Ciertamente en aquellos instantes cualquier tentativa parecía tener pocas probabilidades de éxito, por cuanto Long Tom, aunque no estaba atado, en cambio le acompañaban tantos agentes, que no podía siquiera moverse en el asiento.

Un suspiro escapó de los labios de Long Tom. Pensaba en lo desagradable que sería estar detenido en la Torre de Londres —una prisión de la que era imposible escapar— y sin poder ayudar a Doc Savage en la difícil situación en que se encontraba.

—¿Dónde esta Doc Savage? —preguntó uno de los agentes.

Long Tom ni siquiera se tomó el trabajo de responderle.

El automóvil de Scotland Yard marchaba a gran velocidad. De pronto, al llegar a un cruce de calles, desembocó por un lado otro coche, que fué a estrellarse violentamente contra el de la policía. Todos los ocupantes de éste fueron despedidos de sus asientos. Long Tom, que había observado la inminencia del choque, saltó de su asiento y echó a correr. En aquel instante apareció otro automóvil, conducido por una Joven.

—Suba —le dijo— voy a ayudarle. Rápido.

Long Tom no perdió el tiempo en formular preguntas inmediatamente se metió en el coche. Casi al mismo momento y antes de que la joven apretase el pedal del acelerador, otro hombre subió también al vehículo. Long Tom reconoció en él al conductor del automóvil que había embestido al de Scotland Yard.

—Hasta ahora todo ha ido muy bien, Mary —dijo aquel individuo, mientras que la muchacha daba mayor velocidad a su coche.

Long Tom no sabía, claro está, que aquella era la pareja que

había secuestrado a Doc Savage en París intentando interrogarlo. Pero aunque lo hubiese sabido, ello no le habría importado mucho, teniendo en cuenta que, ante todo, veía que se alejaba de los agentes de Scotland Yard y eso era lo que más le interesaba en aquellos momentos.

La joven reanudó la marcha a tiempo, porque otro automóvil de la policía apareció en aquellos momentos e inició la persecución.

Una sonrisa dibujóse en los labios de la joven. Parecía que aquella carrera le producía un placer especial. Era una buena conductora y el pequeño automóvil desarrollaba una velocidad extraordinaria. Todos los coches se fueron quedando atrás, con excepción de uno. Pero ése no fué observado por los fugitivos.

—No sé cómo agradecerle… —empezó Long Tom.

—No trate de hacerlo —dijo John Marsh secamente— ya le enseñaremos nosotros cómo debe hacerlo…

Long Tom comprendió que había escapado de uno, para ser secuestrado por otro enemigo mayor. Al mismo tiempo, John Marsh le hundió una pistola automática entre las costillas. Entonces comprendió Long Tom que la colisión había sido preparada ex profeso con el único propósito de secuestrarlo. En cuanto a las razones que pudiesen tener los secuestradores, no acertaba a comprenderlas todavía. El tiempo se encargaría de revelárselas.

En la primera plana de los diarios volvieron a aparecer grandes titulares:

«NUEVO GOLPE DE DOC SAVAGE: HUNDIÓSE UN DESTRÓYER JAPONÉS Las potencias más grandes del mundo se reúnen para hacer frente al enemigo común, que no ha podido ser encontrado todavía.»

Al parar un momento delante de un puesto de venta de periódicos. Long Tom alcanzó a leer esos titulares y éstos le tranquilizaron considerablemente. Bien sabía que Doc Savage no era el culpable de todos los delitos que se le imputaban: pero, en cambio, le tranquilizaba el conocimiento de que aún estaba en libertad y que, en consecuencia, podría luchar contra el enemigo que trataba de hundirle. Sin embargo, hasta el mismo Long Tom, que de ordinario sabía conservar la sangre fría, tuvo que admitir para sus adentros que aquél era uno de los momentos más difíciles por los que había pasado Doc Savage en su vida.

Ninguno de los tres ocupantes del coche hablaba. Long Tom

estaba ocupado con sus pensamientos. En cuanto a la pareja, parecía estar esperando que llegaran a un lugar predeterminado.

El vehículo corría a velocidad normal, confiando su conductora en que ya nadie le seguía. Llegaron al Hyde Park y penetraron en él, deteniéndose a corta distancia del Palacio de Buckingham.

—Ahora vamos a hablar —dijo la joven.

El lugar en que se habían detenido estaba muy bien elegido, porque a cierta distancia se veían otros vehículos. De esa forma, su coche no llamaba la atención y ninguno de los otros automóviles estaba lo suficientemente cerca como para que su conversación pudiese ser escuchada.

—Queremos saber dónde se encuentra ese infernal laboratorio de Doc Savage desde el cual dirige toda esa obra de destrucción que ha volcado sobre el mundo —empezó diciendo John Marsh.

Long Tom le miró con serenidad.

—Doc Savage no tiene ninguna participación en todo eso —dijo.

—No nos venga con eso —intercedió la muchacha.— Hemos estado en París y hemos podido observar cómo dirigía Doc Savage todo aquello.

—Llévenos usted al lugar donde él se encuentra y no se arrepentirá —exclamó John Marsh.

—¿Para qué quieren ir allá?

—Vaya una pregunta —declaró la muchacha.— Estamos seguros de que Doc Savage persigue un objetivo valioso. A nosotros, lo que nos interesa es una participación en el negocio.

Long Tom permaneció un momento pensativo. A distancia se oían los acordes de una banda. Estaban relevando la guardia en aquel instante en el palacio de Buckingham.

Era ésta una ceremonia que siempre atraía a numerosos curiosos por lo brillante; pero en aquel momento no interesaba en absoluto a Long Tom. Tampoco se sorprendió éste al comprobar que una hermosa joven era una delincuente. Sólo pensó que aquella pareja, aun cuando tuviese un concepto equivocado de Doc Savage, debía saber algo acerca de él.

—¿Qué papel desempeñan ustedes en todo este asunto? —preguntó Long Tom.

La muchacha tomó la palabra, hablando con entero desenfado:

—La actividad de espía ya no es tan lucrativa como antes. Por

eso nos hemos decidido a participar en este asunto. Conocimos a Doc Savage en París y logramos secuestrarle. Pero vinieron los gendarmes y tuvimos que escapar. Por eso hemos tendido nuestras redes para capturarlo a usted.

—Bien...

Iba a proseguir, pero la mano de John Marsh apretó su brazo, indicándole que debía guardar silencio.

Los soldados de la Guardia de Granaderos, que acababan de ser relevados, se acercaban, dirigiéndose a su cuartel. Iban rodeados por numerosos curiosos, Long Tom les miró con cierta admiración. De pronto, alteróse la expresión de sus ojos y su boca se abrió ligeramente, como si fuese a hablar. Pero prefirió guardar silencio.

Por el lado exterior de la fila de curiosos que acompañaban a los soldados avanzaba un hombre en bicicleta. Esto no tenía nada de extraordinario, porque eran muchos los ciclistas que había en el Hyde Park. Pero lo que llamó la atención de Long Tom era la conducta de ese hombre.

Era éste un sujeto delgado y de reducida estatura. Sus facciones eran vulgares, bajo del brazo llevaba una botella de gran tamaño, envuelta en un papel.

El hombre miraba furtivamente de un lado a otro, como si temiese ser vigilado.

Un temor se apoderó de la mente de Long Tom. Toda su atención se concentró en ese sujeto.

A ello se debió que no reparase en los cuatro hombres que se acercaban al coche por detrás. Eran los mismos que siguieron a Mary Standish y John Marsh en un automóvil, antes de que se produjese la colisión, que fué aprovechada por Long Tom para emprender la fuga. Aquellos hombres no habían abandonado la persecución un solo momento.

Ahora se encontraban a corta distancia y se acercaban lenta, pero resueltamente. Cuando solamente les separaban unos pocos metros del coche, se separaron para colocarse dos de ellos a cada lado del mismo.

La muchacha los vio por el espejo de retrovisión y quiso hablar; pero un grito de asombro de Long Tom la detuvo.

El sujeto que iba en la bicicleta parecía haber encontrado, por fin, lo que esta buscando: un claro entre los curiosos que le

permitiese aproximarse a la fila de soldados. Aprovechó ese claro para acercarse a los granaderos.

Pero, de repente lanzó un grito. Pareció haber perdido el dominio de su máquina. La rueda delantera de ésta se torció, la bicicleta cayó y, con ella, el hombre que iba montado en ella. La botella que llevaba debajo del brazo se rompió en mil pedazos.

Algunas personas que se encontraban a corta distancia se volvieron a mirar cuando cayó el ciclista, pero olvidaron inmediatamente el incidente, porque en ese momento se escuchó un prolongado quejido proferido por los soldados, mientras que los curiosos lanzaban exclamaciones de angustia y terror.

Y, en realidad, el espectáculo lo justificaba.

Las filas de soldados parecían derretirse, los granaderos iban cayendo al suelo, con sus piernas quemadas hasta la rodilla. La tragedia de París volvió a repetirse esta vez, el orgullo de Inglaterra, el regimiento de la guardia de Granaderos, había sido alcanzado por el misterioso enemigo, que se hacía pasar por Doc Savage. Long Tom empezó a gritar desesperadamente, perdiendo completamente su sangre fría y sin recordar siquiera que su compañero de asiento le aplicaba una pistola automática entre las costillas. Se levantó y quiso lanzarse del coche para ver lo que ocurría.

En ese momento los cuatro hombres rodearon el coche. En el ambiente se difundió el olor característico de un anestésico, inconscientemente, Long Tom cerró la boca y contuvo la respiración. Enseguida giró sobre sus talones y se lanzó sobre el más próximo de sus cuatro enemigos.

Un bastón cayó con violencia sobre su cabeza. De las personas que estaban cerca, ninguna reparó en el incidente. No era extraño, teniendo en cuenta que la atención de todos estaba monopolizada por el cuadro de horror que se ofrecía a su vista. Los gallardos granaderos estaban convertidos en inválidos y se retorcían en el suelo, lanzando gritos agónicos y de dolor. Cuando Long Tom vió que le pegaban un bastonazo en la cabeza, quiso esquivar el golpe y, ello no hubiera sido muy difícil para un hombre como él, habituado a correr toda clase de peligros al lado de Doc Savage, pero en ese instante sintió que sus músculos se negaban a obedecerle. Su cerebro estaba dominado por el anestésico, a pesar de haber solamente aspirado una ínfima dosis del mismo. El golpe

le acabó de derribar privado del conocimiento.

El mago de la electricidad no supo que era colocado en otro automóvil y que éste se alejaba sigilosamente de aquel lugar. Cuando recobró el conocimiento, se encontró a bordo de un gran avión. La muchacha y John Marsh estaban con él. Fué Mary Standish quien tomó la palabra. —Nos dijeron que usted, en realidad, no sabía los planes de Doc Savage— manifestó —y que, por eso, su jefe le mandaba a buscar. Como nosotros estábamos con usted, nos llevaron también, cosa que no nos desagrada, porque ello nos permitirá llegar al lugar donde se encuentra el Hombre de Bronce. Quizá estemos todavía a tiempo para intervenir en la partida.

Long Tom tuvo que admitir que, por lo menos, una parte de esa declaración era cierta, porque, en verdad, él no conocía los planes de Doc Savage…

CAPÍTULO X

LOS MUERTOS QUE ANDAN

A bordo del gigantesco avión de transporte, el Hombre de Bronce trabajaba activamente. Los cadáveres de los dos hombres seccionados fueron echados al vacío y los guardianes sobrevivientes, así como el copiloto sólidamente atados.

Traniv había dicho la verdad. El copiloto no sabía nada acerca de la forma en que Carloff dirigía el avión desde distancia. Solamente tenía conocimiento de que en el aparato se encontraba instalado un dispositivo que permitía a Traniv desconectar todos los controles.

Dicho dispositivo estaba oculto detrás del tablero de los instrumentos. Hallábase en el interior de una caja de acero, que parecía formar parte del cuerpo del avión. Doc Savage lo examinó cuidadosamente.

El avión volaba a una altura que hubiese producido zumbidos en los oídos de cualquier aviador novicio. Debajo de él, las nubes impedían ver la tierra. Ninguno de los instrumentos del avión funcionaba y Doc Savage y sus compañeros tenían solamente una idea aproximada de la dirección en que volaban.

—Quisiera saber hacia dónde vamos —gruñó Monk.

Oyóse un ruido en los auriculares. Doc Savage se los colocó y escuchó la voz de Carloff Traniv que decía:

—En momento oportuno sabrán ustedes hacia dónde vuelan. Mientras tanto quiero advertirle, Doc Savage, que no le conviene estar manipulando el dispositivo de dirección a distancia. Los pernos que sujetan su caja al motor sostienen también a los motores si usted los afloja, esos motores se desprenderán destruyendo el avión. Por último, si usted lograse descubrir el secreto de ese

aparato, tampoco conseguiría escapar, aun cuando yo me vería obligado a matarle, lo cual no le agradaría. Usted ha oído Hablar de los rayos térmicos dirigidos Yo dispongo en mi avión de un aparato transmisor de ellos y reduciré a pedazos el que ustedes ocupan antes de permitir que se escapen.

Doc Savage se quitó los auriculares y permaneció un momento en pie. Después habló rápidamente en el idioma de los mayas a sus compañeros. Estaba seguro de que aun oyéndole, Carloff Traniv no comprendería aquel idioma, casi desconocido en la actualidad Doc dio instrucciones a sus ayudantes.

Sin pérdida de tiempo, el Hombre de Bronce entregó a sus compañeros varios objetos de su equipo permanente, que llevaba siempre encima.

Después pasó un brazo por la ventanilla de observación del piloto y, con un martillo y un pequeño cortafríos practicó un agujero en el fuselaje metálico del avión. Un momento después, volvió a retirar la mano y en ella se veía un aparato de radiotelefonía.

Rápidamente Doc Savage desarmó el aparato y volvió a armarlo en dos pedazos Monk sonrió con satisfacción. Creía comprender lo que estaba haciendo su jefe.

El químico había estado confeccionando rápidamente un pequeño aparato, que tenía el aspecto de un soplete de soldar. Había disuelto dos pastillas en un líquido. Doc tomó el soplete de sus manos y abrió una pequeña válvula.

Por el pico del soplete escapó una lengua de fuego silenciosamente. Doc apuntó con la llama a uno de los refuerzos de acero de la cabina observando que comenzaba inmediatamente a torcerse.

—Dentro de pocos segundos habremos quitado la tapa a esa caja de acero que contiene el dispositivo de dirección a distancia —declaró Doc a sus compañeros, hablando siempre en el idioma de los mayas.

Las facciones de Monk se iluminaron. Ham también sonrió con satisfacción. Ninguno de los dos se mostraba muy sorprendido. Ambos estaban acostumbrados a que Doc venciese todas las dificultades que le presentaban.

El Hombre de Bronce dirigió la llama contra la tapa de la caja de

acero. Sus movimientos fueron rápidos y precisos. La tarea era sumamente delicada, pues en el caso de cortar con el soplete alguna de las conexiones, podía precipitarse el aparato al suelo, antes aún de que Doc tuviese tiempo necesario para efectuar las conexiones que le permitieran manejar el aparato con sus propios controles.

El Hombre de Bronce se detuvo un segundo y volvió a colocarse los auriculares A sus oídos llegó la voz de Carloff que le llamaba con urgencia:

—Doc Savage... Doc Savage...

—¿Qué Ocurre? —preguntó, el Hombre Bronce, en Inglés.

Escuchóse un suspiro de alivio, lanzado por Traniv.

—Creí que estaba usted desarmando dispositivo de dirección a distancia. No me gustaría tener que matarle, porque le necesito, pero le repito que, en el caso de que usted lograse descubrir el secreto de ese dispositivo, no vacilaría en aniquilarle inmediatamente.

Doc no contestó. En sus manos el soplete movíase como si hubiese sido un ser dotado de vida propia. Finalmente, pudo quitar la tapa de la caja.

Monk se hizo cargo del soplete y lo apagó.

Los dedos ultrasensibles de Doc Savage revisaron las conexiones del dispositivo. El Hombre de Bronce parecía conocer exactamente los cables y las conexiones que buscaba.

Sus manos se apoderaron de los controles del avión y los hicieron funcionar.

Instantáneamente el aparato respondió a la maniobra. La dirección a distancia había sido desconectada.

Un grito de ira escuchóse por los auriculares.

—Se lo advertí —gritó Traniv.— Muera ahora.

Se escuchó un estampido formidable en el interior de la cabina.

Desde el pequeño avión de reconocimiento, que volaba por encima del de transporte, Carloff Traniv miraba hacia abajo con evidente asombro. Había esperado que el otro aparato se deshiciera, incendiándose inmediatamente.

Pero no ocurrió así, sino que el aparato prosiguió serenamente su vuelo.

—¿Qué ha ocurrido? —gritó Allbellin, al escucharse el estampido también en el avión de reconocimiento.

En las facciones de Traniv se reflejó la admiración.

—Doc Savage es un genio —dijo.— Le he enviado un rayo térmico dirigido, tan pronto como tuve conocimiento de que había desconectado el dispositivo de dirección a distancia. Creí que el aparato se desharía en pedazos, pero no ocurrió así. Ese diablo debe haber recurrido al único medio de que disponía para defenderse: hizo funcionar otro aparato, que neutralizó los efectos del rayo térmico.

—¿Quiere decir que podrán escapar ahora con todo lo que Doc sabe de nosotros? —preguntó Allbellin.

—Probablemente podrán hacerlo, aun cuando confío en que podríamos destruirlos aún. Además, como creo conocer suficientemente el temperamento de Doc Savage, estoy en condiciones de asegurarle que no tratará de escapar.

Monk y Ham razonaron en la misma forma. Ambos observaron en silencio cómo Doc Savage volvía a poner en funciones el dispositivo de dirección a distancia, una vez más el avión de transporte fué conducido por el de reconocimiento que volaba encima de él.

—Será más fácil para nosotros dejar que Traniv nos guíe hasta su escondite —declaró con toda calma Doc Savage.

Monk asintió con un movimiento de cabeza.

—Así es —manifestó.— Indudablemente debemos llegar hasta allí para poder poner un punto final a esta aventura, Pero eso no impide que siga abrigando deseos de saber dónde estamos.

Doc señaló con un movimiento de cabeza los dos aparatos receptores de radio que había armado un momento antes.

—Yo conozco nuestra posición —declaró.

Monk quedó perplejo. Ham lanzó una carcajada.

—Es evidente —dijo.— ¿Acaso no ha estado Doc sintonizando simultáneamente dos estaciones transmisoras? Con ese procedimiento no es difícil conocer nuestra posición exacta.

—Estamos sobre África y será conveniente que refresquen ustedes sus conocimientos del dialecto de los Yoruba —dijo Doc Savage— Es posible que tengamos que hablar en ese idioma si Traniv nos permitiese aterrizar con este aparato, lo que ciertamente pongo en duda, teniendo en cuenta que sabe ahora que estoy en condiciones de manejar el avión de acuerdo con mi propia voluntad

cuando lo desee.

—¿Pero qué encontraremos al final del viaje? —Inquirió Ham.

Doc no contestó inmediatamente. Con pequeños trozos de tubo de bronce estaba armando un cañón, que colocó a un lado de un aparato que parecía un pequeño receptor de radio.

Terminado el instrumento, miró por el tubo hacia tierra y dijo en voz alta, pero empleando siempre el idioma de los mayas:

—A cinco millas de distancia se encuentra una gran construcción metálica, que se asemeja a una fábrica y que está pintada exactamente igual que el color de la selva. No se desprende humo de ese establecimiento, razón por la cual cabe suponer que en ella se emplea alguna forma de la energía, de carácter químico o eléctrico.

En los ojos de Monk apareció una expresión de asombro.

—Yo estoy en condiciones de ver hasta una distancia de cinco millas con mis propios ojos y sin ayuda de ningún instrumento —dijo.— pero no observo ese establecimiento de que nos estás hablando, Doc.

—Es que yo estoy mirando a través de un telescopio radioactivo —explicó el Hombre de Bronce.

Monk comprendió enseguida. La construcción a que se refería Doc Savage había sido enmascarada con tanta perfección que solamente con ayuda de un instrumento del tipo empleado por el Hombre de Bronce se llegaba a identificarla.

—¿Pero de qué se trata? —preguntó Ham.

—De una fábrica de municiones que es, probablemente, la más grande y más moderna del mundo entero —explicó Doc.— Además, es un establecimiento secreto.

—Perfectamente, entonces yo... —comenzó Monk.

Pero no pudo terminar su frase. Doc Savage había corrido rápidamente hacia una de las ventanas de la cabina, soltando momentáneamente su instrumento de observación. Con los puños el Hombre de Bronce rompió el cristal de la ventana y tiró al exterior unas bolitas blancas. En el mismo instante, se produjo el ataque...

En el cielo, por encima de ellos, había aparecido una nube oscura. En pocas fracciones de segundo, dicha nube reveló estar formada por una gran cantidad de pequeños aviones, llevando ametralladoras, con las que abrieron el luego contra el aparato de

transporte.

Se trataba de aparatos totalmente dirigidos por radio, carentes de piloto o de oficial artillero.

Sin que Doc Savage y sus compañeros tuviesen siquiera tiempo para respirar, aquellos pequeños aviones se colocaron encima del transporte y su fuego, certeramente dirigido, comenzó a cortar las alas del avión. Indudablemente, Traniv no quería herir a los ocupantes de la máquina, limitándose solamente a producir la caída de ésta para obligar a Doc Savage y a sus compañeros a lanzarse al vacío con sus paracaídas.

Un momento más tarde, el aparato descendió vertiginosamente y se destrozó en el suelo.

—Idiotas —exclamó Traniv al observar la caída.— No se han lanzado al vacío con los paracaídas. No pude suponer que Doc Savage no pensase en ello…

Pero aun cuando Carloff Traniv lo ignoraba, Doc Savage y sus compañeros, lo mismo que los guardianes, habían saltado al espacio. Sólo que, por medio de las bolitas que el Hombre de Bronce había lanzado anticipadamente por la ventana, había producido una nube de humo que los sustrajo a al vista de Traniv.

Descendieron en un claro del bosque. Inmediatamente, Monk y Ham ataron de nuevo a los guardianes, quienes no opusieron la menor resistencia. En cuanto a Doc, llevaba en la mano un pequeño disco. Era un instrumento de gran sensibilidad, capaz de reconocer inmediatamente los rayos ultravioletas… Porque Doc no podía creer que Traniv no hubiera dispuesto la instalación de guardianes eléctricos en las proximidades de su gran fábrica de municiones.

La aguja del instrumento permaneció absolutamente inmóvil. Nada indicaba la presencia de ondas o rayos que pudiesen poner en función cualquier dispositivo eléctrico de alarma al acercarse personas extrañas al establecimiento.

En los ojos de Doc Savage brilló una mirada de satisfacción.

También Monk, mirando por encima de sus hombros, demostró estar del mejor humor.

—Cualquiera apostaría que aquí no nos mira nadie —dijo.

Doc movió la cabeza, pero no dijo nada.

Cautelosamente iniciaron el avance, dejando a los guardianes atados en las proximidades de un árbol corpulento. La vegetación

de la selva era enmarañada y el paso de Doc y sus compañeros se hacia sumamente difícil.

De pronto penetraron en una zona cubierta de niebla.

Doc Savage lanzó inmediatamente su zumbido de advertencia, a la vez que recomendaba a sus compañeros:

—Media vuelta… Escapen… Corran…

Monk y Ham giraron sobre sus talones para obedecer a la orden. Chemistry lanzó un quejido y se sujetó al árbol mas próximo.

Al mismo tiempo la selva pareció despertar a la vida. Por todas partes, alrededor de ellos, aparecieron hombres.

Monk se dijo mil cosas a un tiempo. Como siempre, Doc había estado en lo cierto. Traniv disponía de aparatos de alarma automáticos. Pero no había empleado para ellos los rayos ultravioletas.

Por el contrario, recurrió a una niebla artificial, que solamente podía ser atravesada por ciertos rayos luminosos. Vigías, ya fuesen automáticos o humanos, mirando a través de vidrios del color apropiado, estaban en condiciones de observar la presencia de cualquier intruso.

Monk echó mano inmediatamente de su revólver.

Ham permaneció como paralizado, con los ojos muy abiertos, por efectos de la sorpresa. Tenía toda su atención concentrada en los hombres que se acercaban.

Y, realmente, aquellos hombres eran dignos de una observación minuciosa.

Todos ellos llevaban uniformes militares y estaban armados con fusiles automáticos y granadas de mano, al igual que cualquier ejército moderno. Avanzaban con paso acompasado en línea recta. Pero no tenían el aspecto de seres vivientes.

Ham recordaba un caso criminal a que asistiera en cierta ocasión en Haití. Pensó en todas las cosas que conocía acerca de las leyendas de los Zombi, referentes a los muertos que andaban como verdaderos autómatas. Los soldados que se aproximaban respondían a esa descripción.

Sus cuerpos indicaban que estaban con vida, pero en sus ojos se veía que su alma había muerto. Se escuchó una orden. Los hombres avanzaron con las armas en alto. Fué entonces cuando Ham comprendió lo que ocurría, aunque la explicación parecía increíble.

Aquellos hombres habían sido transformados en forma tal, que estaban dispuestos a cumplir cualquier orden que se les diese, sin poder pensar siquiera en lo que estaban haciendo. Les había sido quitado e1 raciocinio.

Un militar sin escrúpulos les hubiese calificado probablemente con el nombre de soldados perfectos.

Monk y Ham sacaron sus revólveres, que para ese momento estaban cargados con balas verdaderas y no con las del tipo de gracia que los compañeros de Doc Savage empleaban generalmente. Sus pistolas de gracia les habían sido quitadas y las únicas armas que tenían eran las que habían arrebatado a los guardianes.

Pero en el momento en que sus compañeros levantaban sus revólveres, Doc les dió una orden enérgica.

—No tiren —gritó, mientras lanzaba al suelo su propia arma.— Nos rendimos.

Ham quedó boquiabierto. Monk miró a su jefe como si dudase de su sano juicio.

—Pensé que obraría usted así —dijo en ese momento la voz de Traniv, que provenía desde la niebla.— Estaba seguro de que usted comprendería que esos hombres son muertos que andan.

Traniv soltó una carcajada, como si el asunto le divirtiese en grado sumo y, enseguida, prosiguió:

—En recompensa por la deferencia que usted ha tenido con ellos, le convertiré en un hombre así, mi estimado gigante de bronce.

CAPÍTULO XI

SE ORDENA UNA OPERACIÓN

FILAS de soldados colocáronse a los cuatro costados de los cautivos. Obedeciendo a una orden, todos iniciaron la marcha hacia un determinado lugar de la cortina de niebla, que se abrió para darles paso.

Carloff Traniv se encontraba a corta distancia, pero se cuidó mucho de no dejarse ver hasta que la cortina de niebla fué atravesada. Después apareció a la vista. Su figura recia y marcial parecía más imponente que de ordinario. Tenía el mentón echado hacia adelante, pero parecía estar de excelente humor.

—Doc Savage es un gran hombre —dijo riendo.— pero yo, Carloff Traniv soy más grande que él. ¿Acaso no le domino? ¿No está en mis manos?

Ninguno de los cautivos le respondió. La vanidad de Carloff fué en aumento.

—Seguramente querrán saber ustedes lo que quiero hacer. Lo probable será que ninguno de ustedes lo sepa nunca; pero, por lo menos, desempeñarán el papel que les he destinado en la partida.

Un profundo silencio siguió a sus palabras.

Llegaron a un macizo muro de piedra.

Debajo de las obras de enmascaramiento y de las extrañas figuras pintadas en el muro, para hacerlo invisible desde el aire, se distinguía claramente que se trataba de una construcción antigua, que databa, probablemente de la época en que las tribus de Yoruba habitaban en África, y dentro de la cual veíanse un conjunto de grandes edificios.

A cien metros de la pared los soldados detuviéronse, obedeciendo a una orden de Carloff.

Traniv prosiguió andando solo y, al llegar a la pared, una sección de ésta se abrió, como girando sobre sus goznes, Carloff pasó por aquella brecha y el muro volvió a cerrarse.

Un instante después, la voz de Traniv se escuchó a través de un altavoz.

—Doc Savage —dijo,— seguramente habrá apreciado usted ya el dominio absoluto que ejerzo sobre los soldados que le rodean. Pero ahora quiero demostrarle también que no podrán ustedes escapar.

Se escuchó un clic metálico. Inmediatamente se produjo una llama como de fósforo, todo a lo largo del muro.

—Escuadrones 6 y 10-ordenó Traniv. —Avancen... March...

Sin vacilaciones, dieciséis soldados avanzaron, dirigiéndose en línea recta a las llamas.

Monk lanzó un profundo suspiro.

—¡Alto! —ordenó Doc Savage.

En su voz había ese tono autoritario que siempre había producido la obediencia de quienes le escucharan. Pero en esa ocasión no fué obedecido. Los soldados penetraron en el fuego... Un olor acre de carne quemada llenó el ambiente.

El rostro de Ham mostraba una intensa palidez. En los ojos de Doc Savage se observaba un brillo extraño. Pero en las facciones de los soldados próximos no se observaba la menor expresión.

Se escuchó otro clic.

Las llamas desaparecieron.

Nada indicaba que dieciséis hombres hubiesen perecido carbonizados allí un segundo antes.

—Como usted ve. Doc Savage —dijo la voz de Traniv,— mis hombres son soldados perfectos. No formulan la menor pregunta.

—Sin embargo, no es un caso de hipnotismo-gruñó Monk. —Ningún poder hipnótico seria capaz de alcanzar semejante resultado.

—Es algo mucho más temible-contestó Doc.

Ham quiso formular otra pregunta, pero el Hombre de Bronce le indicó con un gesto que la dejase para otra oportunidad. Los soldados más próximos a ellos avanzaban en ese instante, con las bayonetas caladas. Doc Savage y sus compañeros fueron retrocediendo hacia la pared.

Al llegar a veinte pasos de ella, Chemistry lanzó un grito

estridente. Ham giró sobre sus talones para mirarle. El abogado quedó como paralizado en esa posición. Uno de sus pies estaba levantado y quedó así.

Monk comenzó a reír. Su boca permaneció abierta. No podía mover ni un solo músculo. Hasta Doc Savage quedó paralizado.

Entonces se escuchó la voz de Traniv que decía:

—Han entrado ustedes en la zona de mi campo eléctrico de paralización. Usted sabe lo que es eso, Doc Savage, y hasta lo ha usado, pero jamás lo vió tan perfeccionado.

Hubo un segundo de silencio y después prosiguió Carloff con voz enérgica:

—Doc Savage, sus hombres serán separados de su lado. El menor signo de traición de su parte, significará una muerte horrible para ellos. Yo soy superior a usted en todas las artes con excepción de una. Lo necesito y puedo imponer mi voluntad a usted aun en esa actividad. Pero recuerde siempre que sus compañeros morirán sí usted intenta cualquier cosa…

Monk, Ham y Chemistry comprobaron, de pronto, que estaban de nuevo en condiciones de moverse y, sin pérdida de tiempo, se lanzaron sobre los soldados que los rodeaban, atacándolos a puñetazos. Doc Savage seguía paralizado, pero podía mover los párpados y, en el lenguaje secreto que existía entre ellos, les indicó por guiñadas que debían dejar cualquier resistencia y permitir que se les condujera al lugar que deseaba Traniv.

Habituados a cumplir las órdenes de su jefe sin discutirlas, los compañeros de Doc Savage pasaron por el muro, que se abrió para darles paso, y penetraron en una lujosa habitación, decorada de acuerdo con los gustos más modernos, detalle que, indudablemente, contrastaba con la evidente antigüedad del muro.

En uno de los ángulos de dicha habitación había un curioso aparato eléctrico, formado por dos columnas de acero y un indicador, en forma de reloj, provisto de una aguja.

Monk fué colocado, primero, entre las dos columnas y enseguida comenzó a oscilar la aguja. Sus ropas fueron cuidadosamente registradas por un guardián. Inmediatamente comenzó a oscilar la aguja violentamente. El guardián se puso, entonces, a registrar nuevamente las ropas de Monk hasta que le quitó el último objeto metálico que guardaba entre ellas. Después Ham fué sometido al

mismo registro.

El abogado no pudo menos de confesar que, en realidad, Carloff Traniv tenía perfectamente organizada aquella prisión.

Terminado el registro, los dos compañeros fueron conducidos, a través de numerosos pasillos, hasta una habitación, en la que les esperaba Allbellin. El astuto sujeto les invitó amablemente a que le acompañaran, haciéndoles pasar a un gabinete Pero apenas penetraron en él, tanto Monk como Ham y Chemistry perdieron el conocimiento a consecuencia de inhalaciones de gas que había en dicho gabinete.

Cuando volvieron en si se encontraron suspendidos del techo por la cintura.

Allbellin los miraba con una expresión irónica.

—Caballeros-les dijo. —pido a ustedes mil perdones por la posición poco cómoda en que los he colocado. Pero sucede que Traniv ha inventado un dispositivo muy ingenioso para eliminar a sus enemigos, cortándolos en dos pedazos y tengo muchos deseos de ensayarlo con ustedes.

Lanzando una carcajada, el cruel individuo salió de la habitación, dirigiéndose a un cuarto contiguo, en que se veía un gran tablero eléctrico.

Mientras tanto, Doc Savage era registrado igualmente, conduciéndosele enseguida a otro cuarto, lujosamente amueblado como escritorio. Detrás de una mesa de roble, ricamente tallada, se encontraba sentado Carloff Traniv. Tan pronto como él Hombre de Bronce llegó a su presencia aquél le saludó con toda deferencia.

—Doc Savage-dijo-reconozco que es usted un hombre ingenioso. Sobre todo, posee una especialidad que puede ser de gran utilidad para mí: me refiero a sus conocimientos de medicina. Usted cumplirá una misión muy importante en el plan que yo he preparado. Se encargará de ejecutar en cada uno de los gobernantes del mundo una operación quirúrgica que les prive de su propia voluntad, sometiéndolos por entero a la mía. Pero, al mismo tiempo, usted estará imposibilitado para obrar de acuerdo con su propia voluntad y, en cambio, ejecutara al pie de la letra las órdenes que yo le dé. Hace pocos minutos ha tenido usted oportunidad de observar a mis perfectos soldados. Todos ellos han sido privados de su voluntad por medio de una operación, que mi

médico, el doctor Fernor Koral, ha efectuado en ellos. Esa misma operación también le será practicada a usted. Y, para que no trate de engañarme, le diré que, al menor movimiento sospechoso que usted realice, eliminaré a sus compañeros en la misma forma en que lo he hecho con las demás personas que dejaron de serme útiles.

El Hombre de Bronce le miró serenamente. Comprendió que Carloff Traniv era un fanático peligroso y que lo mejor sería no contradecirle en aquel instante, esperando una oportunidad mejor.

—¿Está usted dispuesto a ayudarme, Doc Savage? —preguntó Carloff.

El interrogado guardó silencio por espacio de unos segundos. Después manifestó con aparente sinceridad:

—Soy hombre habituado a jugarme la vida cuando existen posibilidades de éxito; pero también sé comprender cuando la partida está perdida. Reconozco que usted ha vencido y no me queda otro recurso que acatar sus órdenes.

Carloff Traniv apretó entonces el botón de una campanilla eléctrica.

Inmediatamente penetró en la sala un guardián.

—Llame al doctor Fernor Koral-dispuso Traniv.

Un segundo después penetraba el médico en la habitación. Le acompañaba Pecos Allbellin.

—Le entrego a Doc Savage para que le prive de su voluntad-ordenó Traniv.

En el mismo momento, varios guardianes se lanzaron sobre el Hombre de Bronce, sujetándole fuertemente. El doctor Koral se aproximó a él y le colocó una careta, conteniendo un fuerte anestésico.

Doc Savage sintió que perdía el conocimiento…

CAPÍTULO XII

LLEGAN VISITANTES

PECOS Allbellin salió del despacho de Traniv, dirigiéndose hacia un claro existente en el espacio rodeado por el macizo muro. Echó un vistazo al cuadrante de su reloj y efectuó un gesto de asentimiento.

Desde la distancia percibíase un débil zumbido. Todo iba produciéndose de conformidad con el plan trazado. El sistema había sido organizado con el máximo de perfección. Mucho tiempo y dinero habían sido invertidos para asegurar un resultado satisfactorio.

Un avión apareció a la vista, descendiendo rápidamente. Aun antes de que detuviese totalmente la marcha, se abrió una puerta de su cabina, descendiendo de ella varias personas. Allbellin fué al encuentro de ellas.

De los recién llegados, tres parecían estar detenidos y de estos dos eran hombres y la tercera una mujer. Los guardias los rodeaban.

La atención de Pecos Allbellin pareció concentrarse en la mujer.

Esta se detuvo como petrificada en cuanto le reconoció. En su rostro apareció una leve palidez.

—¡Pecos! —exclamó.

—Sí, señorita Standish —contestó Allbellin, con toda deferencia.

—¿Es usted uno de los jefes aquí? —preguntó John Marsh, con curiosidad.

—Así es, y ahora...

No pudo terminar la frase. Long Tom había prestado muy poca atención a las primeras palabras de la joven, pero, en cambio, escuchó perfectamente lo que preguntara John Marsh y apenas esperó la contestación de Allbellin para entrar en acción.

Long Tom no necesitaba escuchar más. En su interior se desató toda la ira que le embargaba. En aquel momento daba gracias a Dios que le hubiesen quitado las ligaduras que le sujetaban, cuando prometiera no tratar de escaparse del avión.

Sin proferir ninguna exclamación que permitiese adivinar sus intenciones, se lanzó sobre Allbellin.

Uno de sus puños alcanzó en pleno rostro al americano. El hombre cayó al suelo como un muñeco. Quiso proferir un grito, pero no pudo hacerlo, porque las manos de Long Tom le tenían aprisionada la garganta.

Mary Standish lanzó una exclamación de asombro y corrió hacia ellos. Antes de que Long Tom supiese lo qué estaba ocurriendo, la muchacha le había sujetado por la nuca y tiraba de él hacia atrás.

Los dedos del compañero de Doc Savage abandonaron el cuello del americano. Allbellin lanzó una orden.

Inmediatamente, numerosos soldados se lanzaron sobre Long Tom, dominándole en pocos segundos.

Allbellin se levantó y se quitó la sangre que tenía en el rostro.

—Podría hacerle fusilar enseguida —dijo,— pero con eso no sufriría lo suficiente. Quiero que pague más caro su atrevimiento de atacarme en la forma en que lo ha hecho. En consecuencia, le reservo una sorpresa que le producirá algunos minutos de angustia. Después le haré ejecutar.

Pecos Allbellin se volvió a los guardianes.

—Enciérrenlo en la celda número 3 —ordenó.— Estoy seguro de que ese alojamiento le agradará.

Los soldados empujaron al mago de la electricidad con sus bayonetas. Pero antes de alejarse Long Tom lanzó a Mary Standish una mirada que no era precisamente de gran afecto…

Como es natural, Long Tom no sabía que la celda numero 3 era aquella en que Monk, Ham y Chemistry habían sido colgados entre el techo y el piso. Tampoco sabía cuál era la sorpresa que Allbellin le reservaba.

Sin ofrecer resistencia, permitió que sus guardianes le condujesen hacia aquella celda. Cuando llegaron a ella abrieron su puerta, empujaron a Long Tom a su interior, que estaba completamente a oscuras, y volvieron a cerrar la puerta.

En el mismo momento todas las furias del infierno parecieron

haberse desatado en la oscuridad. Long Tom sintió que materialmente le molían a golpes y no tardó en estar tendido en el suelo, sintiendo en sus mejillas la respiración del individuo que le había atacado tan cruelmente. Junto con una exclamación que parecía provenir de un mono.

Y fué aquella exclamación la que le reveló la identidad de su agresor.

—Monk —gritó.

Inmediatamente se levantó su rival. —Long Tom— exclamó. —¿Cómo has llegado aquí?

—A buena hora preguntas eso, Monk —Intercedió Ham.— Menos mal que no mataste a nuestro compañero, como era tu intención cuando le viste entrar.

El abogado encendió una luz, apretando una bombilla eléctrica, que había aflojado en el portalámparas para sumir en la oscuridad la celda.

—Creímos que eras uno de los guardianes —explicó Monk, con tono humilde. Ham, yo y Chemistry logramos liberarnos cuando Allbellin creyó tenernos completamente en su poder.

Monk señaló los cinturones, que colgaban del techo, al extremo de gruesas cadenas.

—Nos colocaron esos cinturones y nos suspendieron del techo —siguió relatando.— Menos mal que Doc nos enseñó en otra ocasión a mover el cuerpo de manera que pudiéramos liberarnos de ciertas cosas. Ello nos permitió quitarnos esos cinturones.

—¿Y qué vamos a hacer ahora? —inquirió Long Tom.

Como si respondiese a su pregunta, escuchó una voz que, al parecer desde el pasillo, decía:

—Ante todo saquen al abogado y fusílenlo.

Era la voz de Carloff Traniv.

Ham sintió que un sudor frío recorría su médula espinal. En cuanto a Long Tom, giró sobre sus talones, sorprendido. Por su parte, Monk se limitó a decir:

—Es una buena idea. De todos modos, los abogados no sirven para nada en ninguna parte.

Las anteriores palabras fueron pronunciadas con la misma voz extraña que anteriormente parecía proceder del pasillo. Entonces comprendieron Ham y Long Tom que Monk acababa de emplear sus

hábilidades de ventrílocuo para fastidiar a su compañero. Era una broma que casi siempre tenía éxito. Ham estuvo a punto de contestarle con algunas palabras que ciertamente no hubiesen sido muy elogiosas para Monk, pero se contuvo al ver que su compañero se ponía muy serio y levantaba la mano, imponiendo silencio. El motivo del repentino cambio consistía en que se oían unos pasos que se aproximaban por el corredor.

Monk comenzó a hablar nuevamente pero con voz de Traniv y en un tono tan distante que parecía provenir del exterior.

—Pongan en libertad a los hombres encerrados en la celda 3 —ordenó.

Los pasos se detuvieron. Se produjo un momento de vacilación. Después se abrió la puerta.

Sin atreverse a respirar apenas, Monk y Ham salieron al pasillo, seguidos por Long Tom y Chemistry.

—Dejen sus armas apoyadas contra la pared e inspeccionen la celda 3 —siguió ordenando Monk con la misma voz.

Como autómatas, los soldados apoyaron sus fusiles en la pared y penetraron en la celda.

Inmediatamente los tres compañeros de Doc Savage se apoderaron de los fusiles y Long Tom cerró la puerta de la celda detrás de los soldados que acababan de penetrar en ella.

—Esos individuos obedecen ciegamente las órdenes de Traniv o de Allbellin —explicó Monk,— de manera que, imitando la voz de aquéllos, ha sido cosa sencilla, hacerles entrar en la celda. —Demasiado sencillo— comentó Ham. —Es verdad, pero ahora siquiera podremos realizar una breve exploración por estos pasillos — dijo Long Tom, con una sonrisa.

Sin vacilar ni un instante, los tres compañeros y el mono avanzaron.

—Tenemos que encontrar a Doc —murmuró Monk.

—Todo el mundo quisiera encontrar a Doc —contestóle Long Tom.

Los compañeros del Hombre de Bronce recorrieron el corredor hasta que doblaba, formando un recodo. Desde corta distancia se escuchaba un murmullo de voces. El químico se adelantó sigilosamente unos pasos, miró lo que había más allá del recodo y, enseguida, hizo señas a sus compañeros para que se acercasen,

mientras él volvía a hablar en el tono de voz de Carloff Traniv:

—Los cuatro prisioneros tienen orden de llegar a mi presencia. Nadie deberá detenerlos.

Después de estas palabras, Monk penetró resueltamente en un salón que había al extremo del corredor y que estaba repleto de soldados sentados detrás de mesitas, jugando a la baraja. Aquellos soldados integraban la colección de pistoleros más completa que se hubiese podido formar, y Ham reconoció entre ellos a muchos que tenían la cabeza puesta a precio.

Ninguno de los soldados pareció dedicar la menor atención a los compañeros de Doc Savage, que penetraron en la sala, recorriéndola en toda su extensión hasta una puerta que se veía en el otro extremo. Pero cuando ya alcanzaban esa puerta, se cerró repentinamente, lo mismo que la otra por la cual habían penetrado en la sala.

Como si ello hubiese sido una señal convenida, todos los soldados se levantaron de sus asientos, lanzándose sobre los compañeros de Doc Savage.

Estos no pudieron hacer uso de sus rifles, dada la corta distancia que les separaba de sus agresores, la forma inesperada en que éstos se lanzaron sobre ellos y el gran número de enemigos.

De manera que aun cuando Monk, Ham, Long Tom y Chemistry se defendieran como leones, no tardaron en sucumbir a la superioridad numérica. Sus armas les fueron arrebatadas y sus brazos sólidamente atados. Después, uno de los soldados les dijo, con ironía:

—No ha dejado de ser ingeniosa la forma en que ustedes pretendieron escapar —manifestó.— pero ocurre que Traniv no solamente posee autómatas, sino también una escolta personal seleccionada y, desde los primeros momentos, supo que ustedes salían de su celda, a la que volverán para lamentarse de no haber podido recobrar la libertad.

—Bien —gruñó Monk,— por lo menos nos hemos divertido un poco. Doc Savage nos sacará de aquí cuando lo crea conveniente.

Pero Monk ignoraba que el Hombre de Bronce ya estaba tendido sobre la mesa de operaciones de un consultorio perfectamente instalado, próximo al despacho de Traniv.

El doctor Fernor Koral era el segundo médico especializado en la

ejecución de la operación que destruía la voluntad de una persona. Antes de él había sido otro cirujano, que era el que había practicado la operación en Koral. Después, Traniv le había eliminado, no queriendo tener cerca de él a un médico que no estuviese bajo su dominio.

Traniv sonrió con satisfacción al penetrar en la sala de operaciones, donde se hallaban numerosos enfermeros y practicantes, todos ellos con miradas que expresaban su vacío mental. Aquella sala de operaciones hubiese entusiasmado a cualquier profesor de cirugía por lo moderno de su instalación.

A la cabecera de la mesa de cirugía estaba un practicante con la mascara de anestesia.

Doc Savage se hallaba tendido sobre la mesa, completamente inmovilizado.

A un lado se encontraba el doctor Fernor Koral listo para iniciar su operación. Con mano experta había descubierto ya el lugar en que habría de efectuar la intervención para alcanzar los nervios de la base del encéfalo.

Un segundo mas tarde un ayudante comenzó a afeitar la región occipital en que se realizaría la incisión que el cirujano practicó con mano diestra poniendo al descubierto en pocos segundos la médula espinal.

El doctor Fernor Koral había sido en otro tiempo uno de los más famosos cirujanos del Hemisferio Oriental pero después fué responsable de un escándalo producido en un hospital, perdiendo todo su prestigio y cayendo en las manos de Carloff Traniv.

El practicante encargado de la anestesia se acercó más a la figura inmóvil del Hombre de Bronce, el que, en ese momento, realizó un ligero movimiento, hecho que revelaba que no estaba completamente privado del conocimiento.

Carloff Traniv se puso en pie de un salto.

—Esperen —gritó.— Antes de que la anestesia sea completa, quiero dar aún otras instrucciones a Doc Savage. Con ello se completará mi plan.

El vistoso uniforme militar que Carloff vestía en aquel instante contrastaba con la bata blanca, del cirujano y sus ayudantes. Traniv se acercó a la mesa de operaciones, y exclamó:

—Doc Savage, además de las instrucciones que ya le he dado,

usted será mi tapadera. Hablaré por su boca. Mientras así lo crea conveniente, usted aparecerá como el Rey del Mundo.

Traniv se separó e la mesa y dio una orden.

Inmediatamente el cirujano continuó su operación, llevándola a término en pocos segundos.

Cuando hubo vendado al intervenido Carloff Traniv salió de la sala de operaciones con una expresión triunfal en sus ojos. Había logrado lo que hasta entonces nadie había podido hacer: dominar a Doc Savage, convirtiéndole en un instrumento ciego, en un muerto que anda…

CAPÍTULO XIII

UN MENSAJE INTERCEPTADO

MOVIENDO graciosamente su elegante cuerpo, Mary Standish cruzó la habitación acercándose a Pecos Allbellin. No prestó la menor atención a John Marsh, que estaba de pie, rígido y pálido, en un rincón del despacho de Allbellin.

Una sonrisa irónica veíase en el rostro del americano.

—¿De manera que ha resuelto usted ser más amable? —preguntó.— Aún recuerdo que no siempre lo fué cuando estaba en París.

La muchacha sonrió con picardía.

—Entonces no sabía quién era usted —contestó.— Ahora es muy distinto. ¿Por qué no nos da usted una participación en el asunto. Pecos? Seguramente los beneficios serán suficientes como para que todos quedemos satisfechos.

El americano sonrió y enseguida lanzó una carcajada. Al mismo tiempo fué al encuentro de la joven. En los ojos de ésta apareció una expresión de duda.

—¿Si serán suficientes los beneficios? —inquirió Allbellin,— ¿Está usted segura de que, en realidad, le interesan los beneficios y no las informaciones destinadas al gobierno británico?

Mary Standish abrió la boca, como si fuese a lanzar un grito de asombro. Se llevó los puños a la boca y comenzó a llorar.

En el mismo momento, John Marsh pareció volver a la vida y trató de lanzarse sobre Allbellin con un salto felino. Pero no logró su propósito, porque en ese momento salió un guardián de detrás de un biombo y descargó sobre su cabeza un fuerte bastonazo que le hizo caer al suelo, donde quedó inmóvil.

En el rostro de Allbellin no se movió ni un músculo.

La cara de Mary Standish expresó aún mayor terror.

—¿Lo sabe usted? —preguntó.

Pecos Allbellin sonrió.

—Desde hace mucho tiempo sabíamos que usted y John Marsh eran agentes secretos del gobierno británico. Pero nos divertían las actividades de ustedes, las que, lejos de perjudicarnos, nos beneficiaron cuando ustedes lograron, por medio de aquel incidente provocado, sustraer a Long Tom de las manos de Scotland Yard, esperando averiguar por él alguna cosa útil. A nosotros también nos interesaba apoderarnos de Long Tom, pero hasta que ustedes no entraron en escena, francamente, no sabíamos cómo adueñarnos de su persona.

Con estas palabras sacó del bolsillo una pistola automática.

—Ahora —dijo— voy a encargarme de su compañero. Después le tocará el turno a usted.

Mary Standish lanzó un grito y dió un paso atrás. Al mismo tiempo vaciló y cayó al suelo. Una de sus manos toco los dedos de Marsh. La otra buscó rápidamente el cuchillo que siempre guardaba entre sus ropas. Enseguida hizo como si examinase el cuerpo de Marsh, tomándole el pulso, y al instante sollozó fuertemente:

—Está... está...

Las lágrimas le impedían hablar.— ¿Está muerto ya? —preguntó Allbellin.

—Si.

—¡Qué pena! Hubiese querido matarlo yo. De todos modos...

Sonó la campanilla del teléfono. En el rostro de Allbellin apareció una expresión de fastidio. Mary Standish apretaba la mano inerte de John Marsh. Hasta en la muerte aquella pareja parecía no querer separarse.

Junto al aparato telefónico. Allbellin contestaba con evidente satisfacción.

—¿De manera que ya se ha encargado usted del Hombre de Bronce? Eso es magnifico.

En las facciones de Mary Standish se reflejó la sorpresa.

—¿De manera que Doc Savage no está en realidad, detrás de todo esto? —preguntó en voz alta.— ¡Qué tontos hemos sido! Allbellin asintió.

—Quizá lo fuesen —contestó,— pero muy pronto lo olvidará

usted, como lo olvidará todo y solamente recordará una cosa…

En el rostro de Mary Standish apareció una expresión de incredulidad. Pecos Allbellin sonrió suavemente. —Chiquita mía— dijo. —vamos a visitar a Doc Savage. Cuando salgamos de su despacho, usted solamente recordará una cosa: que me ama, que me ha amado siempre y que nunca dejará de amarme.

Una intensa palidez cubrió el rostro de Mary Standish. El terror apareció en sus ojos, desapareciendo al momento. Sólo con gran dificultad pudo exclamar: —Pero… pero…

—No se preocupe —dijo Allbellin, mientras la tomaba del brazo, guiándola hasta la puerta.— Venga conmigo.

Al trasponer el umbral se detuvo un momento para hablar con el guardián.

—Hágase cargo de ese cadáver —dijo, señalando el cuerpo de John Marsh.— ¡Quémelo!

Cuando la puerta se cerró, los dedos de John Marsh comenzaron a moverse. Eran los dedos de la mano que tomaron el pulso de Mary Standish, detrás de su espalda, mientras Allbellin hablaba por teléfono.

Esos dedos habían transmitido un mensaje a la muñeca, de la joven, que provocó la expresión de asombro en el rostro de ésta:

«H-á-g-a-l-e c-r-e-e-r q-u-e e-s-t-o-y m-u-e-r-t-o. N-e-c-e-s-I-t-o e-s-t-a-r 1-I-b-r-e a-u-n-q-u-e s-e-a s-ó-l-o p-o-r m-e-d-I-a h-o-r-a.»

El mensaje había sido transmitido con las yemas de los dedos, empleando el código de Morse. Y Mary Standish había sido siempre una buena actriz.

El guardián se reclinó sobre el cuerpo de John Marsh, lo sujetó por debajo de los brazos y lo arrastró fuera de la habitación.

Pero en ese momento la vida pareció retomar a Marsh. Sus dedos apretaban un objeto. Era el puñal que le entregara Mary Standish. El agente del servido secreto británico se incorporo de un salto Brilló el acero de su puñal y la hoja se hundió en el pecho del guardián.

Por un momento John Marsh permaneció vacilante, sacudiendo la cabeza.

Por efecto del fuerte golpe que había sido descargado sobre su cabeza hubiera tenido que morir, pero en él había algunas cosas que ni siquiera Mary Standish conocía.

Uno de esos secretos era que John Marsh era calvo y, para ocultar su calvicie, llevaba una peluca. Pero en lugar de utilizar una peluca común, teniendo en cuenta los peligros a que le sometía su ocupación de agente del servicio secreto. John Marsh se había hecho fabricar una peluca que, interiormente, era un verdadero casco de acero. Eso impidió que el golpe fuese mortal.

John Marsh se irguió —Debo transmitir un mensaje— se dijo. —Es preciso que advierta al mundo de la inocencia de Doc Savage.

Una expresión extraña dibujóse en los ojos de John Marsh al tomar esta resolución. Siempre había sido un sincero admirador del Hombre de Bronce. Por eso le había apenado extraordinariamente oír que Doc Savage se había convertido en un criminal. Y ahora estaba satisfecho de haber averiguado la verdad.

Marsh buscó y encontró el botón que al ser presionado hacía abrir la puerta y salió al corredor. Sigilosamente y tratando de aplicar su cuerpo contra la pared del pasillo, para evitar el ser observado, el agente del servicio secreto británico recorrió el corredor. Vió una habitación en la que se veía un letrero con la inscripción «Radio», vaciló un momento y siguió su camino.

De pronto llegó a una escalera que conducía al exterior y subió por ella. Pocos minutos después John Marsh había llegado al techo de aquella construcción. Desde ese momento sus movimientos cobraron gran rapidez. De uno de sus bolsillos sacó un minúsculo sextante. Miró con el instrumento hacia el sol y efectuó varias anotaciones, realizando unos cálculos rápidos, comparando sus resultados con las indicaciones de su cronómetro de pulsera. Después lanzó una exclamación de satisfacción.

Enseguida se quitó los zapatos, abriendo sus suelas, en cuyo interior se veía unas minúsculas bobinas de alambre de cobre muy fino. En el tacón de uno de los zapatos se hallaban instaladas dos pequeñas válvulas de transmisión. En el otro había un cuadrante de reducidas dimensiones y una llave. Había un aislador eléctrico en la azotea y Marsh ató a él en pocos segundos un alambre que le servía de antena. Después hizo funcionar el manipulador, mientras que una sonrisa se dibujaba en sus labios.

Mary Standish distaba mucho de sentirse feliz en aquellos momentos. Al parecer. Pecos Allbellin había olvidado algo, volviendo a su despacho, arrastrando siempre a la joven.

En aquel instante el terror de la joven era verídico. No estaba representando una comedia delante de Allbellin haciéndole creer que su compañero había muerto.

—No puede ser nada de importancia lo que ha olvidado usted — trataba de convencer al americano,— Sigamos adelante y muéstreme cómo piensa hacerme olvidar las cosas del pasado.

—No te impacientes, chiquita —contestó el americano con un tono de confianza en su voz.

Mientras pronunciaba estas palabras, abría la puerta que daba a su despacho.

Tan pronto como estuvo en el interior de su oficina, Pecos Allbellin lanzó un grito de alarma. La joven penetró también rápidamente en el despacho, apretando el botón que cerraba la puerta.

Allbellin giró sobre sus talones, comprendiendo que algo había ocurrido. Acababa de descubrir el cadáver del guardián asesinado. Pero cuando se dirigió a Mary Standish vio que ésta le apuntaba con una pequeña pistola automática. Era un arma de reducido calibre, pero a corta distancia el disparo habría de ser forzosamente mortal.

—¡No se mueva, canalla —gritó la valiente Joven.— porque al primer paso que usted intente dar, haré fuego! Y piense que John Marsh está pidiendo auxilio y éste no tardará en llegar.

Allbellin pidió clemencia en alta voz. La puerta, a espaldas de la joven, se abrió silenciosamente. Pecos no demostró la menor alegría en su semblante.

Carloff Traniv acababa de penetrar en el despacho, sin hacer el menor ruido.

Tomando por sorpresa a Mary Standish, le quitó el revólver con un rápido movimiento.

—¡Vamos a matarla! —exclamó.

—¡Ahora no! —le interrumpió Allbellin.— Trate primero de apoderarse de Marsh, que debe tener algún aparato transmisor.

Carloff Traniv no perdió un segundo. Sin vacilar siquiera, salió del despacho, corriendo hacia el techo. Ese era el único lugar en que, lógicamente, podía hallarse Marsh, si tenía el propósito de lanzar una llamada de auxilio por radiotelegrafía.

Marsh estaba completamente abstraído en su tarea. Después de varias tentativas infructuosas, acababa de establecer comunicación

con la estación que buscaba.

Traniv se detuvo al llegar al techo. Su oído, habituado a descifrar las señales de Morse interpretó el mensaje que estaba transmitiendo Marsh. Este decía lo siguiente:

«Transmite 2-X-R. He cumplido la misión encontrando la fuente de provisión de las municiones misteriosas y el lugar en que se oculta el criminal que está trastornando al mundo. La situación es la siguiente...»

Cuando Marsh intentó transmitir dicha posición de grados, minutos y segundos, se escuchó el ruido de un disparo y el agente del servicio secreto británico cayó muerto, con el cráneo atravesado por una bala certeramente disparada por Traniv. En cuanto a éste, tomó inmediatamente el mismo manipulador y siguió el mensaje:

«... longitud latitud... El frío del Antártico dificulta la transmisión Envíen cuanto antes todos los buques de guerra disponibles. Doc Savage se está preparando para lanzar dentro de breves horas una formidable ofensiva contra todo el mundo. Su base, en la que yo me encuentro, es casi inexpugnable. Pero enviando una cantidad suficiente de buques será posible impedir que salga de aquí y llegue a su destino. Se requiere la acción combinada de las flotas de varias naciones. La suerte del Imperio y probablemente del mundo entero depende de la rapidez con que obren ustedes. Debo terminar. 2-X-R. 2-X-R.»

Una sonrisa diabólica observóse en el rostro de Traniv. En pocos segundos desarmó el pequeño aparato transmisor. En aquel instante reconocía que había tenido una feliz idea al enviar aquel mensaje.

Con él se pondría en acción a las flotas de todas las naciones del mundo, dirigiéndose hacia un lugar distante miles de millas de aquel en que ellos se encontraban. Con ello se facilitarla considerablemente su plan.

Allbellin había quedado al lado de Traniv hasta el momento en que aquél eliminaba de un tiro a Marsh. Después regresó al lugar en que estaba Mary Standish, a la que sujetaban sólidamente algunos guardianes que Traniv había traído consigo en el momento de penetrar en el despacho. El americano se dirigió a la joven.— Piensa ahora en todo el odio que sientes por mi chiquita, y así te parecerá más extraño que pronto me ames entrañablemente — declaró.

Mary Standish apretó los labios, pero guardó silencio. Había estado trabajando en el esclarecimiento de este asunto desde hacia

varias semanas, cuando las autoridades inglesas les habían encomendado, a ella y a John Marsh, el descubrimiento del origen de las tragedias que desde hacia algún tiempo asolaban a distintas naciones.

Ahora ella conocía ese secreto, pero no podía hacer nada por revelarlo.

Por su parte. Allbellin no parecía preocuparse mayormente por el odio que la joven pudiese sentir por él. Por el contrario, se mostraba optimista al pensar en las delicias que habría de brindarle el amor de aquella mujer.

Por la mente de la joven pasó una idea: ahora que estaba convencida de que Doc Savage no tenía ninguna participación en todo aquello, le quedaba la esperanza de que él pudiese salvarla.

Allbellin la hizo entrar en una sala de operaciones. En el centro de ella se encontraba el Hombre de Bronce, completamente solo. Lentamente, Doc Savage se volvió para mirarla. Y Mary Standish creyó desvanecerse de terror al comprobar que en los ojos de aquel hombre no se observaba ya la vivacidad de antes, sino que, por el contrario, se leía en ellos la indiferencia de la mirada de los soldados perfectos. La joven comprendió que también Doc Savage había sido convertido en un instrumento de aquellos monstruos humanos.

Pecos Allbellin soltó una carcajada irónica.

—Como podrás observar, palomita mía —dijo,— hasta los más poderosos han sido vencidos por nosotros.

Con un esfuerzo, la joven se irguió.

—¡No lo creo! —gritó.— No creo que, aunque haya sido operado, como usted asegura, cumpla las órdenes que usted le dé.

La sonrisa desapareció momentáneamente de las facciones de Allbellin.

—Doc Savage —llamó.

El Hombre de Bronce no se movió.

Allbellin lanzó una interjección.

—Doc Savage —llamó nuevamente.

El Hombre de Bronce seguía inmóvil. Una sonrisa dibujóse en los labios de la muchacha. En su corazón renació la esperanza.

Pecos Allbellin se puso nervioso. La sangre afluyó a sus facciones, de ordinario pálidas.

—¡Doc...! —gritó por tercera vez.

Una leve carcajada resonó a sus espaldas. Allbellin giró sobre sus talones. Detrás de él estaba Traniv.

—Doc Savage sólo me obedecerá a mi —dijo Carloff, con toda calma.

—Entonces ordénele que haga una operación a esta muchacha —exigió Allbellin, con autoridad.— Savage —llamó Traniv.

El Hombre de Bronce levantó la cabeza con indolencia.

—¿Qué hay? —preguntó.

—Opere inmediatamente a esta muchacha —ordenó Traniv.

—Si, Traniv; enseguida.

En ese momento Mary Standish perdió el conocimiento. No volvió en sí cuando fue colocada en la mesa de operaciones y, como desde lejos, llegaron a sus oídos las órdenes que le daba Allbellin antes de que le aplicasen la máscara de cloroformo.

Con la habilidad que le había proporcionado tanto prestigio en su carrera de médico, Doc Savage manejaba el bisturí, efectuando cortes precisos. Traniv le observaba atentamente. Trataba de recordar el procedimiento quirúrgico, pero carecía de los conocimientos médicos necesarios para retenerlos en la memoria.

Cuando Doc terminó la operación, vendando a la muchacha, Traniv habló de nuevo.

—Redacte una detallada descripción de esa operación —ordenó.

Doc Savage se movió como si hubiese sido un sonámbulo, dirigiéndose a una pizarra que estaba colocada en uno de los ángulos de la sala. Sus manos dibujaron con gran habilidad la parte occipital un cráneo. Sin vacilaciones, dibujó los distintos nervios motores que partían de la espina dorsal. Acompañaba sus dibujos con una explicación en términos médicos.

Traniv copió el dibujo y tomó nota de cada una de las palabras de aquella descripción. Una sonrisa iluminaba su rostro. Por fin lograba lo que tanto deseara. Conocía el secreto de la operación que dejaba a los hombres aparentemente normales y sin el sello de indolencia de sus soldados pero que privaba a los operados totalmente de su propia voluntad. Aquella intervención, ejecutada en ciertos gobernantes, pondría al mundo entero en sus manos.

De pronto la sonrisa se borró de su rostro y su habitual severidad retornó mismo.

—Estamos listos —dijo a Allbellin— Ya podemos asestar el golpe.

CAPÍTULO XIV

EL MUNDO EN LLAMAS

ERA un hombre de reducida estatura, pero sus ojos se asemejaban a verdaderos sopletes psíquicos. Eran ojos capaces de producir lesiones en la inteligencia de quienes se atrevían a oponer su voluntad a la suya. Aquel hombre, además, tenía la extraña cualidad de saber retener la atención y concentrarla a su antojo de todos los que le escuchaban, aunque fuesen varios millares. En cuanto al restó de su autoridad residía en su potente voz, que parecía escapar de un cuerpo dos veces mayor que el que poseía en realidad.

Ese era el secreto que permitía a ese hombre conservarse en el cargo de dictador de un país poblado por millones de habitantes. El dictador caminaba con evidente prisa. Morvan Zagor, su principal lugarteniente, había convocado a todas las personalidades principales del régimen a una importante asamblea.

El dictador caminaba con paso rápido. No iba acompañado de su escolta. Aun cuando se encontrase en pleno centro de la capital de su país, no tenía el menor temor. Sabía que nadie se atrevería a aproximarse a él. Así por lo menos lo creía el dictador, ignorando que, en realidad, representaba una de las presas más codiciadas en la partida empeñada por Carloff Traniv.

El dictador penetró en un pasaje existente entre dos imponentes edificios. Una puerta secreta le permitió entrar a un túnel que sólo él empleaba para llegar rápidamente a su destino. Era un corredor que solamente conocían las personas de su más absoluta confianza. Algunos soldados que montaban guardia en las proximidades de la puerta vieron que el dictador penetraba por ella.

Pero nadie le volvió a ver salir de ese corredor. La razón de ello

fué que, en realidad, el hombre no pudo salir afuera jamás.

Apenas había recorrido algunos pasos por el corredor, el dictador sintió que las piernas se negaban a sostenerle y perdió el conocimiento. Una esponja empapada en cloroformo le tapó la nariz. El hombre ni siquiera lanzó un gemido.

Un segundo más tarde, un cajón, con la indicación de «Herramientas de Exportación», era cargado en un camión que esperaba a corta distancia, y que partió con destino a un aeródromo. Los soldados que estaban de guardia en el campo de aviación parecían haber recibido órdenes de que no debían molestar en absoluto los movimientos de un gran avión de transporte, en el que fué cargado el mencionado cajón, a su llegada al aeródromo. El personal del campo vió que el aparato levantaba el vuelo y partía en dirección al Sur, pero eso tampoco les llamó la atención.

Una enorme muchedumbre fué congregándose en la calle, debajo de las ventanas correspondientes al despacho del dictador en la Casa de Gobierno. Una pizarra anunciaba, distintas noticias de última hora, arrancando exclamaciones de indignación al pueblo. Las informaciones de referencia daban cuenta de que las flotas de todas las naciones —Incluso la propia, se habían aliado, emprendiendo precipitadamente el viaje hacia el Sur. Todas esas naves partían con el propósito de localizar el escondite que Doc Savage, el supercriminal norteamericano, poseía en el Polo Sur. Otras noticias daban cuenta de distintos acontecimientos producidos en lejanos puntos de la tierra. Decían así:

«Lima (Perú). —En las últimas horas de hoy estalló un movimiento revolucionarlo. Grupos armados exigen la renuncia colectiva o el derrocamiento del gobierno. Se cree que los instigadores han sido agentes de Doc Savage.»

«Addis Abeba (Etiopía). —En el día de hoy se ha producido una nueva revuelta entre las tribus que habitan en el Norte del país. Los revoltosos están bien armados, disponiendo incluso de algunas ametralladoras modernas.»

«Tokio (Japón). —Diez hombres han sido ejecutados en esta ciudad hoy, después de un consejo de guerra, acusados de haber instigado a la revolución. Los documentos hallados en poder de los conspiradores han permitido establecer que éstos habían adquirido grandes cantidades de armas, que se supone estaban destinadas a alguna fracción política,

disconforme con la política del gobierno.»

Un profesor universitario, que estaba entre los curiosos, dio a conocer su opinión con estas palabras:

—Lo que ocurre es que todas las fracciones opositoras, todos los elementos comunistas, aprovechan la circunstancia de hallarse la atención del mundo entero concentrada en Doc Savage, para iniciar disturbios por cuenta propia. Es posible que ese Savage haya tenido alguna participación en determinados asuntos, pero el resto se ha producido por verdadero contagio.

En una habitación del palacio de gobierno, Morvan Zagor se paseaba agitadamente. De tanto en tanto, echaba una rápida mirada a la pizarra luminosa, en que iban apareciendo las informaciones. Su rostro parecía estar cubierto por una máscara inescrutable. Varios subalternos le observaban coa ansiedad. Zagor era el hombre de mayor autoridad, después del dictador.

Era el lugarteniente del gobernante absoluto, un hombre de recia complexión física. Su energía, además, corría pareja con su corpulencia. Pero, en cambio, faltaba a Morvan Zagor esa fuerza magnética que inspira confianza, de que estaba dotado el dictador.

Entre las personas que se encontraban en el despacho, uno estaba más pálido que los demás.

—¿Dónde puede estar el dictador? —preguntó.— ¿Qué puede haberle demorado?

Zagor se pasó las manos por el negro cabello. Había en su rostro una expresión extraña. La respuesta que dió a la anterior pregunta carecía de fuerza convincente.

—Seguramente obtendremos noticias suyas dentro de pocos minutos —dijo.

—Si estuviese aquí —se lamentó el subalterno,— seguramente impediría la propalación de esas informaciones bélicas.

Aquel hombre pálido ignoraba que era Morvan Zagor quien había redactado la mayor parte de esas informaciones que se propalaban, con el fin de inflamar el ánimo del pueblo.

Una luz se encendió en un tablero, colocado en un extremo del salón. Morvan Zagor giró sobre sus talones y corrió hacia el tablero, descolgando el radiorreceptor de la horquilla. Era una instalación especial, sintonizada en una longitud de onda secreta y constituía la red de comunicaciones privadas de Morvan Zagor.

En la cara de Zagor apareció una expresión de malevolencia, mientras se erguía con autoridad, colocando nuevamente el receptor en la horquilla.

—Caballeros —anunció.— ha llegado el momento. Muchas naves se hallan a gran distancia de aquí. Movilicen las fuerzas del aire. Prepárense para la guerra.

La intensidad de la palidez del rostro del subalterno fué en aumento.

—¿Quiere decir que...?

—Quiero decir que ha llegado el momento oportuno que hemos estado esperando. El dictador dice que ha llegado el momento de asestar el golpe... Es preciso decir al pueblo que Doc Savage nos ha obligado a obrar de esta forma, atacando en defensa propia.

Zagor anotó esta última frase. Al parecer se sentía muy satisfecho de haber pensado en ella.

Carloff Traniv se separó del teléfono, que había empleado para hablar con Morvan Zagor. Inmediatamente dió instrucciones concisas a su operador radiotelegrafista, quien estableció sin pérdida de tiempo las conexiones pedidas por Traniv.

Éste habló sucesivamente con Roma, París, Berlín. Moscú y Tokio, así como con otras varias capitales. Carloff daba instrucciones a sus hombres de confianza, empleando un circuito que no podía ser interceptado. Sus instrucciones, en cada coso, eran lacónicas y precisas. Empezó diciendo que había llegado el momento de obrar. Enseguida repitió la descripción redactada en términos médicos, que Doc Savage le había suministrado acerca de la forma en que debía llevarse a cabo la operación a los dictadores y gobernantes, para que su voluntad quedase anulada, colocándolos bajo su propio dominio. Las instrucciones terminaban con esta orden:

—Secuestren al gobernante y háganle practicar la operación que acabo de describir.

El plan era extraordinariamente sencillo. El profesor había estado en lo cierto. En muchas partes del mundo, los movimientos revolucionarios habían sido organizados espontáneamente por los elementos radicales, los cuales deseaban aprovechar la oportunidad que se les ofrecía para apoderarse del gobierno, Pero Traniv había contado con esta circunstancia, ayudando a los revoltosos en

numerosos casos mediante la entrega de grandes cantidades de municiones. Estaba decidido a emplear a esos elementos mientras ellos le sirviesen de algo.

Estando los gobernantes bajo su dominio mental haría que le pidiesen su ayuda. Otorgaría entonces esa ayuda y con ella no tardaría en sofocar las rebeliones, Los dictadores aceptarían sus órdenes y Carloff Traniv se convertiría en el soberano absoluto del mundo entero ejerciendo su autoridad por intermedio de los gobernantes.

Una sonrisa apareció en la cara de Traniv. Se irguió y miró su gallarda figura reflejada en un espejo.

Una discreta llamada a la puerta le volvió a la realidad Un ayudante, vistiendo un guardapolvo blanco, le anunció:

—La operación está a punto de iniciarse.

Traniv salió de la habitación rápidamente.

El dictador estaba tendido sobre la mesa de operaciones A su lado se veía al Hombre de Bronce. Doc Savage estaba a punto de practicar al dictador la operación, que le transformaría en un instrumento ciego de La voluntad de Carloff Traniv.

—Empiece —ordeno Traniv.

Los ojos de Doc Savage carecían de su brillo habitual. En su rostro no se reflejaba aquella inteligencia genial, que antes le distinguiera de todos los demás mortales. Pero sus manos se movían con la precisión del amplio conocimiento de la materia.

Finalmente anunció: —Ya está.

—¡Viva Carloff Traniv! —anunció el dictador en voz baja, como hablando bajo la influencia del delirio.

—Millones de personas repetirán esas palabras muy pronto —anunció Traniv, entusiasmado.— Nadie estará en condiciones de oponerse a mi voluntad, ahora que he podido dominar a Doc Savage.

Un pensamiento algo parecido era expresado en ese preciso instante por otro hombre, que se encontraba a varios miles de millas de distancia. Sólo que ese hombre daba a conocer su Juicio con otras palabras. En efecto, declaraba lo siguiente:

—Doc Savage es el único hombre que podría detener el peligro que se cierne sobre el mundo y es precisamente él quien parece estar detrás de todo esto.

El hombre que hacia esa declaración era el presidente de los Estados Unidos de Norteamérica. Le rodeaban todos los miembros de su gabinete. El primer magistrado norteamericano movió la cabeza, en señal de preocupación, y de pronto, apretó los labios, indicando que acababa de tomar una firme resolución.

—Es necesario que nos apoderemos de Doc Savage —dijo.— Toda nuestra flota se ha dirigido hacia el lugar en que ese hombre parece tener su escondite, de acuerdo a la información suministrada por el gobierno británico.

El secretario de la marina asintió.

—Eso quiere decir que nuestras costas están completamente indefensas —advirtió.— y ello precisamente en un instante en que cualquier cosa puede provocar una guerra mundial.

El presidente le dió la razón con un gesto y agregó:

—Felizmente, estamos rodeados por el Norte y el Sur por gobiernos sólidos y amigos.

El secretario de guerra penetró en el despacho apresuradamente. Colocó un telegrama delante del presidente. Las manos de éste temblaban al ponerse a leerlo. El telegrama estaba redactado en los siguientes términos:

«Los soldados de tres regimientos mejicanos han sido convertidos en inválidos, mediante misteriosas quemaduras en las piernas. En la capital ha estallado un movimiento revolucionarío. La responsabilidad de la tragedia es atribuida a Doc Savage, un ciudadano norteamericano. La multitud, enfurecida, ha derrocado al gobierno. Una potencia extranjera parece haber concentrado su flota cerca de la costa, ofreciendo su auxilio en el caso de declararse la guerra contra los Estados Unidos. Todas las tropas disponibles deberán ser concentradas en la frontera, en previsión de cualquier ataque.»

—Si Doc Savage recobrara solamente por un minuto el sano juicio, comprendería el enorme daño que está haciendo a la humanidad entera —suspiró el presidente de los Estados Unidos.

Y en aquel momento Carloff Traniv pensaba lo mismo, con la diferencia que, para él, este pensamiento no representaba una esperanza, sino un motivo de temor. Rápidamente volvió a su despacho y apretó un botón. Un panel se descorrió en la pared, poniendo al descubierto la entrada a un corredor. Éste era totalmente metálico y estaba sumido en una oscuridad completa.

Sólo de tanto en tanto habían sido practicadas algunas hendiduras en las paredes metálicas, a fin de poder mirar por ellas al interior de la sala de operaciones y sus habitaciones vecinas, que se hallaban contiguas al pasillo.

En cada uno de esos puestos de observación se encontraba un soldado de la escolta personal de Traniv. Todos ellos llevaban un arma, que se asemejaba en cierto modo a un lanzallamas.

Traniv estaba convencido de que Doc Savage no estaría en condiciones de huir de la sala de operaciones aun cuando deseara hacerlo, porque, para eso, tendría que dedicarse, en primer término, a abrir las puertas de dicha sala, cerradas con cerraduras de combinación. Y en esta tarea sin duda perdería tanto tiempo, que sus soldados lograrían matarle con sus lanzallamas.

Carloff formuló una pregunta y el jefe de los guardianes le contestó:

—No, Jefe, no ha tratado de hacer nada. Cierto es que en ningún momento hemos dejado de tener los ojos bien abiertos. Doc Savage y Koral dan vueltas y más vueltas a la mesa, de operaciones, como si estuviesen en las mismas condiciones que esos soldados perfectos que usted tiene a sus órdenes. Ninguno de los dos médicos parece interesarse por nada.

Traniv soltó un suspiro de alivio. Enseguida giró sobre sus talones y volvió a su despacho. No deseaba que nadie notase que estaba inseguro, pero acababa de recordar que Doc Savage había gozado siempre de prestigio como actor consumado.

Pero en el caso actual, no parecía que el Hombre de Bronce estuviese fingiendo. Además, si así fuese, lo lógico era suponer que trataría de escapar lo antes posible. Y hasta entonces, no había realizado ninguna tentativa en ese sentido.

—Esto quiere decir que ya no necesito a sus compañeros —se dijo Carloff Traniv, lanzando sus suspiro de alivio. Lo cierto es que aun cuando Doc Savage estuviese por completo imposibilitado para ofrecer una resistencia eficaz, sus compañeros representaban un peligro digno de ser tenido en cuenta.

En consecuencia, Carloff Traniv llamó a Allbellin y le dijo:

—Voy a proporcionarle el placer de dirigir personalmente la ejecución de los compañeros de Doc Savage.

Una sonrisa de felicidad apareció en el rostro del americano.

Rápidamente salió de la habitación. Matar a un hombre representaba para él la más maravillosa distracción.

CAPÍTULO XV

UNA RESURRECCIÓN

LOS guardianes que se encontraban en el corredor oculto no eran precisamente descuidados; pero tampoco estaban excesivamente alerta cuando Traniv no estaba allí para vigilarlos. Estaban convencidos de que Doc Savage no tenía ninguna posibilidad de poder escapar. Además, aún cuando huyese, no podía hacer nada. Era uno de los muertos que andan.

Pero el temor es una fuerza activa. No todos los guardianes abandonaron sus puestos de observación. Después de todo, bien podría ocurrir algo. Y si ello era así y no estuviesen en sus puestos, sabían el castigo que les esperaba.

Los soldados que habían sido especialmente elegidos para constituir la escolta personal o «Guardia Real» como ellos se llamaban, eran asesinos veteranos, autores de numerosos crímenes. Mataban por dinero y aun por el mero placer de matar.

Traniv era el único hombre a quien temían y era lógico, porque habían tenido oportunidad de conocer sus procedimientos Además, estaba el misterio de los cinturones, que todos ellos llevaban colocados permanentemente. Su objeto no les había sido revelado, pero se les prohibió quitárselos en ningún momento, y la experiencia les había enseñado que algunos compañeros que habían tratado de desobedecer esa orden, quitándose el cinturón, habían muerto en forma horrible: cortados en dos pedazos a la altura de la cintura.

Cuidadosos estudios habían revelado que esos cinturones contenían, además, aparatos transmisores de radio, que recogían todas las palabras que ellos pronunciaran, pudiendo enterarse Carloff Traniv por ese medio de todo lo que hablaban entre sí. Por

ese motivo, aun cuando estaban solos, hablaban por señas.

El castigo sufrido por sus compañeros, que habían querido quitarse los cinturones, convenció a todos los demás que era mejor llevarlos permanentemente colocados, como se les había ordenado. De pronto, los guardianes que miraban por la hendidura llamaron por señas a sus compañeros y éstos se aproximaron a sus respectivos observatorios, llevando en sus manos los lanzallamas. Pero el motivo del llamamiento no era alarmante, sino cómico.

En el interior de la sala de operaciones, el doctor Fernor Koral se conducía de una forma inexplicable. Tenía en la mano un largo trozo de alambre y estaba haciendo como si estuviese pescando truchas, pues dejaba caer el extremo del cable al suelo y luego lo levantaba con un movimiento brusco, como quien saca un anzuelo del agua.

De pronto, en uno de esos movimientos, el cable tocó los dos conductores que proporcionaban la corriente eléctrica para la iluminación de la sala de operaciones, produciéndose un cortocircuito. Todas las luces se apagaron y uno de los guardianes corrió rápidamente hacia el tablero principal, a fin de cambiar el fusible que se había quemado.

Cuando las luces volvieron a encenderse, los guardianes lanzaron un suspiro de alivio, porque en los dormitorios de los doctores Fernor Koral y Doc Savage se veían las camas ocupadas por sus cuerpos. Viéndose casi a oscuras, pensaron que los médicos se habían acostado.

Pero había, además, otro cuerpo inmóvil, a pesar de que los guardianes no estaban en condiciones de verle. En efecto, uno de los guardianes estaba permanentemente vigilando a la entrada de la sala de operaciones, como una medida de precaución adicional.

Ese guardián jamás supo lo que le había pasado. La puerta habíase abierto repentinamente desde el interior y por ella pasó un hombre.

El guardián pensó que so trataba del doctor Fernor Koral y quiso detenerlo. Después ya no supo nada más. Dedos de acero habíanle sujeto por la nuca.

Cuando el guardián cayó al suelo, el otro pasó al corredor.

Por esta razón el guardián no vió que otra persona salía también al corredor. Pero si le hubiese visto, probablemente habría pensado

que estaba viendo todo doble.

Porque esa figura parecía ser, también, la del doctor Koral. Y, en realidad, era éste.

La figura del médico había cambiado notablemente; porque en sus ojos ya no se observaba esa expresión de indolencia que anteriormente se veía en ellos. Delante de él vió a Doc Savage convenientemente disfrazado y le dejó escapar.

Había sido Doc Savage quien efectuó aquellos movimientos con el cable, como si estuviese pescando, con el fin de infundir una sensación de seguridad a los guardianes. Después ambos habían colocado muñecos en sus respectivas camas.

El doctor Koral sabía perfectamente que el Hombre de Bronce había permanecido en la sala de operaciones solamente el tiempo que creyó conveniente para poner en práctica su plan. Si Doc Savage hubiese desaparecido antes, no habría logrado engañar a Traniv y su utilidad había disminuido considerablemente si Carloff no estaba convencido de que también él había sido víctima de la operación del doctor Koral.

El médico sabía, además, que Doc Savage no había sido, en realidad, operado: pero este conocimiento lo obtuvo más tarde, cuando el Hombre de Bronce le explicó lo que había ocurrido.

Al ser llevado a la sala de operaciones, Doc Savage habíase librado de sus ligaduras de acero, empleando un ácido que estaba contenido en un anillo que llevaba permanentemente. Después extrajo de su chaleco una ampolla conteniendo un poderoso anestésico que, al ser puesto en libertad, privó momentáneamente del conocimiento al doctor Koral y a los guardianes que le escoltaban. Doc Savage aprovechó ese momento para alterar su apariencia, tomando la del doctor Koral y disfrazando a éste de Hombre de Bronce.

Doc Savage no había perdido el conocimiento ni un solo momento, por la sencilla razón de que no era él, sino el doctor Koral quien había sido tendido sobro la mesa de operaciones.

Cuando los soldados recobraron el conocimiento, no sabían lo que había ocurrido, prosiguiendo su camino, como si nada hubiese pasado.

En cuanto a la operación, efectuada por Doc Savage, había vuelto a su estado normal al doctor Koral. Como médico, éste rindió

silenciosamente tributo a la habilidad de Doc Savage. No ignoraba, en efecto, que era difícil volver a unir los nervios que habían sido cortados. Pocos médicos en el mundo estaban en condiciones de llevar a cabo esa proeza.

Ya fuera de su vista el Hombre de Bronce, el doctor Koral avanzó silenciosa y sigilosamente. Tenía una misión que cumplir y ella le proporcionaba, por anticipado, una gran satisfacción.

En sus ojos brillaba una expresión extraña.

Cuando Allbellin salió del despacho de Traniv pensó poner en práctica inmediatamente la orden de ejecución. Pero después, una nueva idea cruzó su mente. Para obtener del crimen todo el placer que él pudiese proporcionarle, pensó preparar convenientemente el teatro de la acción. Además, quiso que Mary Standish asistiese a la ejecución. Ya debía estar restablecida en esos momentos de la operación que se le había practicado y si la intervención había sido efectuada con éxito, como debía ser lógicamente, entonces...

Una sonrisa de felicidad apareció en los labios de Allbellin cuando se encaminaba a sus habitaciones privadas.

Mary Standish movió los párpados ligeramente cuando Allbellin se acercó a su cama. Lanzó un quejido y levantó una mano, llevándola hacia su cabeza vendada. La expresión de sus ojos indicaba su asombro.

Pecos Allbellin sonrió y le colocó una mano sobre la frente.

—No te alarmes, querida —dijo.— Soy yo, el hombre a quien amas...

Mary Standish lanzó un grito de horror y saltó de la cama.

Allbellin quedó boquiabierto. No acertaba a comprender lo que estaba viendo.

—¿No te sientes inclinada hacia mi? —preguntó.

—¿Por qué...?

La expresión de Mary Standish cambió repentinamente. Sonrió y se llevó la mano a la cara.

—Si —dijo,— me siento distinta.

Trató de dar a sus palabras una expresión cariñosa. En aquel momento recordó que Doc Savage le había dado instrucciones sobre el particular pocos segundos antes de que le fuese aplicada la máscara con el anestésico.

Pero este recuerdo llegó a su mente un minuto demasiado tarde.

En efecto, cuando la joven trató de poner una de sus manos en el brazo de Allbellin, éste la sujetó violentamente y le arrancó el vendaje de la cabeza.

Una maldición escapó de los labios del americano, al comprobar que en la región occipital de la joven no se veía incisión alguna, existiendo solamente trazos efectuados al mercurio-cromo. Los mismos vendajes estaban teñidos con tinta roja.

—El Hombre de Bronce no hubiese podido fracasar, si realmente hubiese querido llevar a cabo esa operación —exclamó Allbellin en voz baja, mientras que en sus facciones se pintaba la indignación.— Esto significa que no se halla bajo la Influencia de Traniv.

Por un momento permaneció inmóvil ante la enormidad de su descubrimiento. Después corrió hacia la puerta para poner la novedad en conocimiento de Traniv. Sus movimientos fueron tan rápidos que la joven no pudo impedirlos. Sólo alcanzó a oír la orden que Allbellin dió al llegar al pasillo:

—Preparen el piquete de ejecución inmediatamente. Hay que fusilar a los tres hombres y al mono, que se encuentran en la celda número 3.

CAPÍTULO XVI

UNA EJECUCIÓN

TAN pronto como Allbellin llegó al despacho de Traniv, comunicó a éste la novedad. Carloff reaccionó inmediatamente. Por un micrófono, colocado delante de él dió una orden, que fué propalada por toda la red de altoparlantes instalados en aquella fábrica clandestina de municiones, que tenía las características de una enorme fortaleza.

—Maten a Doc Savage.

En cuanto al Hombre de Bronce estaba en aquel momento ocupado en cambiar nuevamente su apariencia exterior, que era la del doctor Fernor Koral por su aspecto habitual. Mientras realizaba la metamorfosis con extraordinaria rapidez, pensaba en el mejor modo de informar al mundo acerca de las actividades de Traniv y Allbellin, ideando al mismo tiempo la mejor forma de liberar a sus compañeros y de salvar al doctor Koral y a Mary Standish.

Un altoparlante próximo propaló la orden de Traniv:

—Maten a Doc Savage.

Había llegado el momento de obrar sin vacilaciones.

También el doctor Koral escuchó la orden y corrió rápidamente a la sala de operaciones desde el guardarropa en que había estado hasta ese momento, aparentemente ocupado en la curiosa tarea de revisar los uniformes militares de Traniv y Allbellin.

El médico, vuelto a la normalidad, comprendió la enorme responsabilidad de los crímenes por él cometidos, bajo la influencia de una voluntad extraña, y un sólo pensamiento cruzó su mente. Era preciso salvar a Doc Savage, aun cuando él tuviese que sacrificar su vida para ello.

Y la mejor forma de hacerlo era atraer sobre si el castigo que

esperaba a Doc Savage.

Fernor Koral no titubeó. Al penetrar en la sala de operaciones, sabía que los aparatos lanzallamas de los guardianes estarían dirigidos contra él, pero, a pesar de ello, penetró en el salón rápidamente, cayendo sobre una plancha de hierro al rojo, y alcanzado por el fuego de aquellas armas, quedó reducido a un montón de cenizas.

Inmediatamente, uno de los guardianes informó a Carloff Traniv que Doc Savage había muerto.

Mientras tanto, Monk. Ham, Long Tom y Chemistry fueron atados a sendos postes, delante de un muro que, a juzgar por las perforaciones que mostraba, había sido empleado ya con frecuencia para fusilamientos.

Seis soldados y un sargento, con los fusiles al hombro, se alinearon delante de ellos.

Los compañeros de Doc Savage creyeron que su última hora había sonado.

Sólo faltaba que llegase Allbellin o Traniv para dar la orden de la ejecución.

En ese momento, hasta Chemistry comprendió que su situación era difícil. Aunque solamente poseía la inteligencia de un mono, no le agradaba la proximidad de aquellos hombres, con loe fusiles dirigidos contra ellos. Su extraordinaria agilidad le permitió librarse de las ligaduras que le sujetaban al poste.

Un segundo más tarde, el mono, con un terrible salto, estuvo encima del sargento que dirigía el piquete. Los soldados, queriendo prestar ayuda a su superior, intervinieron en la lucha y, muy pronto, se formó en el suelo un verdadero ovillo de brazos y piernas.

Traniv y Allbellin se dirigían en ese momento al patio en que debía llevarse a cabo la ejecución.

Estaban ya a pocos metros del mismo, cuando un guardián se acercó a ellos corriendo.

—Señor —anunció,— la muchacha se ha escapado. La hemos perseguido, pero no pudimos alcanzarla. Me parece que se dirigía a la sala de transmisión radiotelegráfica.

La noticia hizo olvidar por un momento a los dos criminales el objeto que los llevaba al patio.

Ambos echaron a correr en dirección a la sala de radio. Evidentemente, la muchacha estaba tratando de poner en marcha la complicada instalación transmisora.

Los dos hombres se lanzaron sobre ella y, mientras Allbellin se encargaba de atarle las manos. Traniv se sentó a la mesa de transmisiones, movió algunas llaves y lanzó un corto despacho. En aquel momento se había acordado de un detalle importante y, para evitar que la demora pudiese comprometer el éxito de su plan, resolvió enviar ese mensaje sin pérdida de tiempo.

El mensaje no podía ser más lacónico: —Mate al dictador.

A bordo de un gran avión de transporte, un operador radiotelegrafista recibió la orden y la redactó sobre un papel, entregándola al comandante de la aeronave.

Éste, que era uno de los hombres de confianza de Carloff Traniv, se acercó al sillón que ocupaba el dictador, junto a una de las ventanillas, por las que miraba al exterior.

El dictador pensaba en aquel instante en las maravillosas condiciones de Doc Savage. Este, en efecto, había simulado perfectamente que realizaba la operación destinada a quitarle la voluntad, imponiendole la de Carloff Traniv, en cuyo instrumento ciego se convertía. Pero en lugar de cortarle los nervios, le había dado instrucciones que el dictador recordaba claramente. Una vez de regreso a su país, en lugar de obedecer a las órdenes de Traniv debía poner en conocimiento de los gobernantes de los demás países quien era el culpable de las tragedias que se producían en distintas partes y el instigador de los desórdenes, sublevaciones e incitaciones a la guerra.

Interiormente, el dictador ansiaba llegar cuanto antes a su patria, a fin de poner en práctica aquellas instrucciones.

Entretanto, debía seguir simulando ante los hombres de Traniv, induciéndoles a creer que era un simple instrumento de Carloff.

El comandante de la aeronave se acercó a él.

—¿Qué me dice usted del patrón? —preguntó.

—Carloff Traniv es un genio. Será el Rey del Mundo.

—Así es —declaró el otro.

Mientras hablaba, el comandante había sacado de su bolsillo una pistola, automática y la acercó a la cabeza del dictador. Enseguida, apretó el gatillo. El dictador ni siquiera supo lo que ocurría. Cayó

instantáneamente muerto.

La orden lacónica de Carloff Traniv había sido cumplida.

En el despacho de Morvan Zagor se encendió la luz de su instalación radiotelegráfica privada. El lugarteniente del dictador descolgó el receptor y un mensaje igualmente lacónico le informó de la muerte del dictador…

Aprovechando la confusión producida por Chemistry, al lanzarse sobre el sargento que dirigía el pelotón de ejecución, Doc Savage, testigo de toda la escena, corrió rápidamente al lugar en que se encontraban sus compañeros y procedió a desatarlos.

El Hombre de Bronce no había estado inactivo hasta entonces, sino que, aprovechando su capacidad para emitir sonidos vocales que, por su longitud de onda no estaban en condiciones de ser captados por ningún oído humano y si por el de Chemistry que, como mono, poseía una sensibilidad auditiva muy superior a la de cualquier ser humano, había dado al inteligente animal la orden de lanzarse sobre el sargento, cosa que aquel hizo con presteza no solamente porque estaba habituado a cumplir al pie de la letra las órdenes de Doc Savage, sino también porque le agradaban en modo especial aquellas luchas, en las que la sangre de sus antepasados de la selva parecía revivir en él.

Claro está que el mono no hubiese podido salir victorioso en el encuentro porque estaba solo contra siete hombres e, indudablemente, habría muerto al final si los compañeros de Doc Savage no hubiesen acudido en su auxilio, interviniendo en la gresca y dejando tendidos a los seis guardianes, a quienes quitaron los uniformes, poniéndoselos a fin de facilitar de esa manera su fuga. Hasta Chemistry se colocó el uniforme de uno de los soldados. En cuanto a Doc Savage ordenó a sus amigos que se reuniesen con él en la sala de radio y corrió hacia ese lugar…

Cuando el Hombre de Bronce llegó a la sala de transmisiones radiotelegráficas, Allbellin, llevando a Mary Standish, y Carloff Traniv, con una sonrisa de satisfacción en los labios, acababan de salir de ella, dirigiéndose al patio de ejecuciones para terminar su tarea, dando muerte a los compañeros de Doc Savage que, a su juicio, eran los únicos enemigos sobrevivientes.

—Después será conveniente eliminar también al doctor Koral —aconsejó Allbellin.— Ese traidor, evidentemente, no ha operado a

Doc Savage; porque, de lo contrario, no hubiese podido conservar su voluntad.

—Tiene usted razón, Allbellin. Ese hecho me tiene bastante intrigado. Pero es evidente que el doctor Koral nos ha traicionado y la traición se castiga con la muerte. Vamos a fusilarle junto con los demás. Así terminamos con todos al mismo tiempo.

Pero cuando llegaron al patio de ejecución, el espectáculo que se ofreció a su vista no era, precisamente, de los mas agradables. Los seis guardianes seguían tendidos en el suelo, al parecer privados del conocimiento y en paños menores…

Mary Standish, a pesar de su situación harto delicada, estuvo a punto de lanzar un grito de júbilo.

Indudablemente, los compañeros de Doc Savage se habían escapado.

Una voz interior, incluso, parecía asegurarle que el Hombre de Bronce estaba vivo y que era él el autor de la libertad de sus compañeros. En cuanto a ella, no perdía las esperanzas de ser salvada también, mientras Doc Savage estuviese con vida, y, si hubiese muerto, ella estaba resuelta a sacrificar su vida también.

Lo único que lamentaba la valiente mujer era no haber podido enviar al mundo el mensaje anunciando la inocencia de Doc Savage y revelando la identidad de los verdaderos criminales.

CAPÍTULO XVII

SE ENVÍA UN MENSAJE

MARY Standish no era la única persona que en aquellos momentos abrigaba serios temores por la suerte del mundo.

En Londres reinaba una extraña actividad. Desórdenes inexplicables estaban produciéndose en distintos lugares de la Gran Bretaña.

Loa agentes del servicio secreto comunicaban la inminencia de un ataque aéreo por parte de cierta potencia poco amiga.

En Downing Street N.º 10 se celebraban numerosas conferencias. Las fuerzas aéreas de Gran Bretaña recibieron orden de aprestarse para el combate. La guerra produciría la muerte de millares de personas inocentes; pero nada ni nadie parecía estar en condiciones de evitarla.

En los Estados Unidos, las tropas recibieron orden de concentrarse en la frontera mejicana. Al Sur del Río Grande reinaba un caos indescriptible.

Nadie sabía dónde ardería primero la hoguera.

Los hombres de Estado, apreciando con toda calma la situación, juzgaban que, aun cuando Doc Savage recobrase su sano juicio, no estarla ya en condiciones de impedir las terribles consecuencias que habíanse originado como resultado de sus anteriores actividades.

Pero en cada capital había otro grupo de individuos que estaban menos preocupados. Eran los hombres de Carloff Traniv.

Los planes de éste habían sido ingeniosamente preparados. No poseía un ejército suficientemente numeroso como para conquistar el mundo. Pero, en cambio, estaba en condiciones de proveer de municiones en abundancia a las fracciones descontentas y aun de emprender determinadas acciones con fuerzas de «soldados

perfectos».

Estos soldados solamente pensaba emplearlos en aquellos lugares en que no le fuese posible obtener el poder por intermedio de los dictadores.

Cientos de pequeños aviones, con dirección radiotelegráfica y armados de ametralladoras. Cada grupo de esos aparatos estaba bajo el control de un «buque madre», o sea un avión que volaba por la estratosfera, por encima de los pequeños aviones, cuyos movimientos dirigía.

Otros aeroplanos contenían explosivos del tipo empleado en la destrucción del acorazado «Georgia» y, finalmente, había aparatos cargados de bombas con gases y gérmenes de enfermedades. Todos esos aeroplanos estaban en el aire. Hay sujetos inescrupulosos en todos los países. Traniv había reunido a esos hombres, obteniendo su adhesión mediante elogios, dinero y promesas de poder.

Algunos de esos individuos ocupaban puestos de responsabilidad y, en aquellos momentos, eran ellos los que le ayudaban más eficazmente. Cada vez que era posible, estos sujetos contribuían a exaltar los ánimos en lugar de calmarlos.

Morvan Zagor estaba muy satisfecho, aun cuando, exteriormente, aparentaba indiferencia. El dictador estaba muerto, pero el pueblo no lo sabía. No había ninguna razón para que lo supiese aún. El cadáver del dictador era traído a su país.

Dentro de pocas horas debía ser «descubierto» en sus habitaciones.

Entonces se anunciaría que había sido asesinado. Con ello se obtendría la chispa que hacía falta para inflamar el polvorín.

Carloff Traniv veía asegurado su triunfo. Nadie podría impedirlo ya.

Si Doc Savage y sus compañeros lo sabían, por lo menos ese conocimiento no les impedía seguir actuando en la medida de sus fuerzas. Monk, Long Tom y Ham recorrían los corredores, sigilosamente, tratando de llegar a la sala en que se encontraba instalada la estación radiotelegráfica y a la cual se había adelantado Doc Savage. Chemistry acompañaba a sus amos.

El Hombre de Bronce, entretanto, había logrado poner en funcionamiento nuevamente la estación transmisora y, sin pérdida de tiempo, propaló el siguiente mensaje:

«Transmite Doc Savage, el verdadero Doc Savage. Llamo a las flotas aliadas de todas las naciones del mundo. He descubierto el escondite del Rey de las Municiones, que está tratando de llevar a todos los países a una guerra inútil. Ese escondite se encuentra en el África. Ustedes han sido enviados a un lugar distante de aquí, corrijan su rumbo inmediatamente. En compañía de mis amigos haré cuanto pueda antes de que ustedes lleguen. Vengan inmediatamente.»

Apenas terminó de transmitir su mensaje, penetraron en el salón sus compañeros, y, detrás de ellos, la puerta se cerró repentinamente con un ruido metálico.

Las paredes de la sala eran enteramente metálicas. No había ninguna ventana que diera al exterior.

La puerta se había cerrado por fuera y resultaba imposible abrirla.

Pocos segundos más tarde, tanto Doc Savage como sus amigos comenzaron a sentir un fuerte dolor de cabeza, que fué en constante aumento, hasta que, uno por uno, todos ellos fueron quedando desvanecidos.

Echando mano de su último recurso, Traniv acababa de abrir una espita de gas llenando totalmente la sala. No era un gas mortal, pero ni el Hombre de Bronce pudo evitar que las inhalaciones le vencieran, al fin, y perdió el conocimiento…

CAPÍTULO XVIII

JAQUE MATE

TRANIV esperó un tiempo prudencial, pero ansioso por saber si Doc Savage había logrado enviar algún mensaje, abrió la puerta, entrando en la sala de transmisiones acompañado por Allbellin.

Doc Savage acababa de perder el conocimiento, pero su organismo extraordinario, distinto del de cualquier otro mortal, le permitió volver a la normalidad inmediatamente, apenas se abrió la puerta. A pesar de ello, permaneció en el suelo, aparentando seguir desmayado.

Traniv corrió inmediatamente hacia el transmisor, sacando de su interior un cilindro de cera, en que se inscribían automáticamente todos los mensajes transmitidos. Allbellin, a su lado, leía el texto de la comunicación enviada por Doc Savage. En cuanto a éste, comprendiendo que no debía perder ni un minuto y que muy pronto penetrarían en la sala los guardianes de Traniv, se levantó de un salto y se lanzó sobre los dos criminales.

La lucha fué breve. Ni Traniv ni Allbellin eran rivales para Doc Savage. Un simple golpe con el puño fué suficiente para dejar a cada uno de ellos privado del conocimiento, en forma tan completa como los mismos compañeros de Doc Savage por efectos del gas.

Un rápido examen de sus amigos reveló a Doc Savage que sólo estaban desvanecidos.

Sin pérdida de tiempo, el Hombre de Bronce salió de la sala y recorrió un corredor, subiendo por una escalera que daba al exterior. Desde allí, valiéndose de sus grandes condiciones de atleta, fué tarea fácil para él llegar al techo.

Aparentemente, Doc Savage había decidido abandonar a sus amigos. Corrió por el techó hasta uno pared situada en el extremo

opuesto. Al llegar cerca de ella, aminoró el paso. Desde unas ventanas salía una potente luz. Doc Savage se acercó y miró al interior. Ante sus ojos apareció un laboratorio químico, perfectamente instalado con loa más modernos equipos. Numerosos químicos, vestidos con guardapolvos y máscaras contra los gases, estaban trabajando. Uno de ellos sintió, de pronto, una corriente de aire en la espalda, pero antes de que pudiese volverse, el Hombre de Bronce le había sujetado por la nuca, apretando ciertos nervios, que le privaron instantáneamente del conocimiento. El hombre cayó al suelo, detrás de la mesa, ante la cual trabajaba. Doc Savage se colocó su guardapolvo y su máscara. La escena se produjo tan rápida y silenciosamente, que los demás químicos ni siquiera se dieron cuenta de ello.

El Hombre de Bronce trabajó rápidamente. De un bolsillo del chaleco sacó un pequeño objeto y comenzó a verter sobre él el contenido de distintos frascos, observando cada vez el efecto producido. Por fin sonrió satisfecho. Doc Savage generalmente llevaba consigo una buena cantidad de distintos drogas, pero en esta ocasión todas ellas no habían sido suficientes. El laboratorio de Carloff Traniv le proporcionó, pues una inmejorable ocasión para obtener las que le faltaban. Unos minutos fueron suficientes para que Doc Savage preparase una solución, en cuya elaboración hubiesen invertido otros químicos, y aun el mismo Monk, varias horas.

El Hombre de Bronce llenó varias ampollas con un líquido incoloro, que acababa de elaborar. Enseguida, guardó las ampollas en el bolsillo de su chaleco, que había sido confeccionado en forma tal, que no era posible descubrirlo a primera vista.

Un minuto más tarde, Doc Savage estaba de nuevo fuera del laboratorio, corriendo por la azotea. De pronto, otra ventana llamó su atención y se aproximó a ella, mirando al interior.

Por un momento. Doc Savage no pudo creer en lo que estaba viendo.

Pecos Allbellin, que pocos minutos antes estaba desvanecido, se encontraba allí, delante de una colección de uniformes. El mismo lucía en aquellos momentos uno de esos trajes, pero no era este detalle el que más llamaba la atención de Doc Savage, sino el hecho de que el americano parecía estar acariciando un uniforme, con

todos los correajes que, por su tamaño, debía pertenecer necesariamente a Traniv.

Por un momento, Doc Savage no comprendió lo que estaba haciendo Allbellin, pero enseguida silbó para sí mismo y continuó su silenciosa carrera por la azotea, en dirección a las torres que sostenían la antena de transmisión.

Al llegar a ellas, Doc subió por los hierros con la agilidad de un atleta. Pocos segundos fueron suficientes para que alcanzase su parte superior. Enseguida púsose a efectuar una tarea que, en el caso de haber podido ser observada por Traniv seguramente le habría causado un enérgico dolor de cabeza.

En efecto, Doc Savage tenía en la mano un pequeño condensador, al que estaban conectados varios cables y una pequeña válvula, así como una pila de linterna. Doc unió uno de los cables a la antena y otro al soporte de la antena.

Aquella antena era la que Traniv empleaba para la transmisión de sus mensajes radiotelegráficos.

Terminada su tarea. Doc Savage descendió. En su rostro leíase una firme decisión.

El Hombre de Bronce siempre había tenido por norma no quitar una vida humana, cuando era posible conservarla. Había arriesgado su propia vida una y mil veces, antes de violar ese principio. Por eso, también, había ideado las «balas de gracia», con que tanto él como sus compañeros cargaban sus armas. Estos proyectiles tenían la propiedad de producir instantáneamente un desmayo del herido, pero sin que ello le causara la muerte.

Mas en ese momento no era posible seguir aplicando sus normas humanitarias. Para salvar al mundo, él, personalmente, tendría que matar a muchos seres. De lo contrario, pondría en peligro la paz universal.

Mary Standish pensó que sus guardianes se habían dormido. Había sido llevada a la oficina en que Allbellin la había interrogado por primera vez. El sudamericano la había confiado allí a la vigilancia de dos guardianes.

Mary Standish no era mujer capaz de atemorizarse. Muchas veces en su vida habíase visto en situaciones harto difíciles y peligrosas. Pero siempre había sabido conservar la sangre fría.

En consecuencia, cuando uno de los guardianes le exigió que se

pusiese un cinturón de cuero, pensó que lo mejor sería obedecer sin protestas. El guardián que le colocó el cinturón lo apretó considerablemente. La joven trató de aflojarlo, pero pronto tuvo que convencerse de que estaba provisto de una hebilla especial, que hacia prácticamente imposible moverla.

Este descubrimiento no impresionó a la muchacha. Lo dejó, viendo que aquel cinturón no impedía sus movimientos ni le molestaba. En ese momento, una discusión prodújose entre los dos guardianes, los que comenzaron, a pelear, sin prestar atención a la joven.

Mary Standish no vaciló. Inmediatamente salió de la oficina. Ignoraba que tan pronto como saliera, los guardianes dejaban de pelear. Uno de ellos tomó el teléfono.

—Ha ido bien. Ella se cree que logró escapar-anunció.

Mary Standish no sabía si Doc Savage había logrado eludir todas las trampas que se habían preparado para atraparle; pero, en cambio, sentía unos deseos vehementes de reunirse con el Hombre de Bronce. Trabajando en colaboración con él, estaba segura de que encontraría un medio capaz de poner fin a las actividades de Traniv.

En ello razonó precisamente en la misma forma que había pensado Allbellin.

«Si Doc Savage está en libertad-se dijo la joven, —seguramente se encontrará en la sala de radio o en el laboratorio de Traniv». En consecuencia, ella se dirigió también hacia allí.

Al recorrer un pasillo semisumido en la oscuridad, Mary Standish tuvo por un momento la impresión de que los guardianes se habían ocultado para alentarles a seguir. Pero enseguida esa idea se borró de su mente para dar lugar a una repentina explosión de alegría. Desde el otro extremo, en efecto, se acercaba Doc Savage.

En el mismo momento se abrieron sendas puertas a ambos lados del corredor. Por una de ellas apareció Traniv y por otra Allbellin. Otras más estaban ocupadas por numerosos guardianes que esperaban órdenes, listos para entrar en acción. Todos estaban armados con lanzallamas.

Doc Savage y Mary Standish quedaron como petrificados.

En ese momento comprendió la joven que seguramente se habría permitido su fuga con el propósito de utilizarla como cebo para

atraer a Doc Savage.

La voz de Traniv resonó claramente.

—Doc Savage —ordenó,— entréguese sin ofrecer resistencia. Si no lo hace, bajaré una palanca y la muchacha morirá horriblemente. Usted sabe que nada ni nadie podrá salvarla.

El criminal conocía perfectamente a Doc Savage y estaba convencido de que ese argumento habría de decidirle. Y así fué, en efecto: el Hombre de Bronce jamás habría permitido que por él muriese una mujer inocente. —Me rindo-contestó, sin vacilar.

CAPÍTULO XIX

EL TEATRO DE LA MUERTE

CARLOFF Traniv se puso su uniforme nuevo, que estaba aún más cargado de galones que todos los demás dándole el aspecto de un verdadero soberano en traje de gala.

Monk, Long Tom, Ham. Chemistry, Doc Savage y Mary Standish se encontraban alineados en lo que parecía ser el escenario de un gran teatro, cuya platea hallábase ocupada por un gran número de espectadores. Entre ellos, los «soldados perfectos», o sea los individuos sometidos a la operación del doctor Koral, y que obedecían ciegamente las órdenes de Traniv y Allbellin, sin tener criterio propio, miraban con su natural indiferencia hacia el escenario, como si la función a realizarse no les llamase la atención. En cambio, los guardianes de la «Guardia Real», o sea los criminales de toda laya que Traniv y Allbellin empleaban para aquellas tareas en que era preciso disponer de criterio, pero al mismo tiempo carecer de escrúpulos, ocupaban las primeras filas y conversaban animadamente. Daban la impresión de interesarse en alto grado por el espectáculo que Traniv les había prometido: la muerte de los prisioneros, de acuerdo con el procedimiento de ejecución ideado por él.

A un costado del escenario veíase un tablero eléctrico con varias llaves. Cerca de él estaba Traniv, y a corta distancia de éste, Allbellin.

Los ojos del americano no mostraban en aquellos momentos la habitual indolencia. Brillaba en ellos una expresión satánica. En una de sus manos sostenía un cigarro.

Pero era un cigarro extraño, de tamaño considerable. En cierto modo parecíase a los panes que llevara cierto individuo, en París,

cuando se produjo la tragedia que convirtió en inválidos a los soldados que estaban a punto de iniciar el desfile en honor de Doc Savage.

Traniv inició el acto con un breve discurso.

—Señores-anunció, —dentro de una hora espero ser proclamado emperador del mundo. Esos individuos que ustedes ven allí eran mis únicos enemigos. Sólo ellos hubiesen podido impedir la realización de mi plan. Ahora están prisioneros y ustedes asistirán, dentro de breves minutos, a su ejecución.

Traniv guardó silencio por un instante. Después, señalando las palancas y llaves del tablero eléctrico, prosiguió:

—Sin duda, ustedes tendrán interés en que les suministre una breve explicación preliminar. Ustedes ven en este tablero numerosas llaves. Al lado de cada una de ellas hay un enchufe para colocar unos teléfonos…

Miró a Doc Savage y a sus compañeros.

—Doc Savage, mayor Roberts y teniente coronel Mayfair, estas explicaciones deben interesar especialmente a ustedes. Porque no creo que puedan ser comprendidas por un abogado.

A pesar de la gravedad del momento, Monk sonrió.

—Como ustedes ya habrán adivinado, los cinturones que llevan son instrumentos de muerte. Ellos, además, me proporcionan la posibilidad de escuchar lo que dicen todos mis agentes, distribuidos en distintas partes del mundo. En efecto; en el interior de esos cinturones hay pequeños transmisores radiofónicos. Pero esos cinturones también me permiten matar instantáneamente a cualquiera de ellos, por lejos que esté, si le conceptúo desleal. No quiero aburrir a ustedes con una larga descripción técnica del procedimiento que he empleado. Sólo les diré que cada aparato está sintonizado en una longitud de onda ligeramente distinta. Si hago funcionar esta palanca, todos ustedes morirán.

Los compañeros de Doc Savage sintieron que un escalofrío recorría su médula espinal.

Hasta Chemistry volvió a experimentar una incomodidad que no acertaba a explicarse.

En cuanto a Doc Savage parecía estar impasible. Faltaban solamente pocos segundos para que se produjese su muerte. Lo mismo que sus compañeros, sería seccionado en trozos, a la altura

de los cinturones que les habían sido colocados. Pero no era solamente la idea de su propia muerte la que podía preocupar en aquellos momentos a Doc Savage. Si él perecía, nadie lograría tampoco evitar la guerra que habría de destruir a todas las civilizaciones.

A pesar de ello. Doc Savage parecía no estar emocionado. Llevaba, como siempre, la cabeza bien erguida. Solamente sus dedos se movían a sus espaldas. En la palma de sus manos el Hombre de Bronce tenía varias ampollas.

El rostro de Allbellin estaba intensamente pálido. Por un momento se hubiese pensado que él también contaba entre los que iban a ser ejecutados. Un temor pánico le dominaba. Sus dedos jugaban nerviosamente con el cigarro de gran tamaño que sujetaban. Miraba a Carloff Traniv ansiosamente.

—Señores y señora-siguió diciendo Carloff, con irónica deferencia, —ustedes me han proporcionado mucha satisfacción en vida y ahora me proporcionarán un placer mayor aún al morir.

De pronto, su voz se elevó todavía más.

—Y ahora muere, Doc Savage. Lo dispongo yo, el emperador del mundo.

Sus dedos bajaron la llave.

Aullidos terribles escucháronse entre los espectadores. La muerte habíase apoderado de un gran número de ellos.

Traniv miró a Allbellin, quien, en ese momento, quebraba uno de los extremos de su cigarro.

Un instante después se escucharon otros dos gritos terribles. Uno de ellos fué lanzado por Pecos Allbellin. El otro por Carloff Traniv. Al mismo tiempo, ante los ojos indiferentes de los «soldados perfectos», los cuerpos de los dos grandes criminales se desintegraban en medio de las llamas, seccionados en varios trozos.

En las primeras filas del teatro de la muerte, donde los guardianes ocupaban sus butacas, nadie había quedado con vida. Todos ellos habían sido cortados en dos pedazos.

Al mismo tiempo, en todas las naciones del mundo murieron en idéntica forma los agentes de Carloff Traniv.

Morvan Zagor, que en ese instante levantaba la pluma para firmar la declaración de guerra, quedó seccionado a la altura del cinturón que llevaba. De todos los que habían llevado esos

cinturones, solamente seis estaban con vida y ellos ocupaban el escenario del teatro de la muerte.

Mary y Standish, Doc Savage y sus compañeros, y hasta Chemistry, estaban sanos y salvos.

CAPÍTULO XX

PAZ

DOC Savage so encontraba en la amplia y bien instalada sala de operaciones de Carloff Traniv. El Hombre de Bronce llevaba la mascara y el guardapolvo blanco de los cirujanos. En sus manos, cubiertas por guantes de goma, sostenía el bisturí, que manejaba con increíble destreza.

Monk administraba la anestesia Mary Standish actuaba como enfermera. Long Tom y Ham iban trayendo a los pacientes uno por uno.

Eran estos pacientes los «soldados perfectos» de Carloff Traniv.

Doc Savage operaba rápidamente. Paciente tras paciente, fué colocado sobre la mesa y anestesiado. Después, el bisturí efectuaba varios cortes rápidos y precisos.

A continuación, los pacientes eran conducidos hasta camillas próximas. Pronto todos ellos recobrarían el conocimiento y entonces volverían a ser normales. Doc Savage estaba remediando todo el mal que el doctor Fernor Koral había hecho. Volvía a llevar el sano juicio y la paz a los hombres que anteriormente fueren «soldados perfectos».

En los ojos de Mary Standish brillaba una expresión de profunda admiración. Ella, solamente tenía miradas para Doc Pero Monk las tenía únicamente para Mary Standish.

Un oficial, luciendo un uniforme azul, apareció en la puerta de la sala de operaciones y saludó militarmente.

—Los señores almirantes le presentan sus saludos, Doc Savage- anunció, respetuosamente. —Todos ellos han llegado y están ansiosos por recibir a usted cuando le sea posible.

Doc se quitó los guantes de goma y puso sobre la mesa el bisturí.

En sus ojos dorados se veía una expresión de bondad. La cirugía era una de las tareas que más le agradaban.

Salió de la sala de operaciones en compañía del oficial.

Monk lanzó un suspiro y preguntó a Mary Standish:

—¿Acepta usted realizar un paseo conmigo, señorita?

La joven sonrió.

—Lo lamento, Monk-dijo: —pero ya tengo un compromiso.

La consternación se pintó en el semblante de Monk. Echó una mirada de reproche a Long Tom y a Ham. Sus dos compañeros parecían no estar mirando en esa dirección, por más que los hombros de Ham se movían sospechosamente.

Mary Standish salió de la sala sin mirar hacia atrás. Monk gruñó, vaciló un instante y decidió seguirla. Ham y Long Tom parecían no fijarse en ello.

Al llegar a la puerta. Monk se detuvo y lanzó una exclamación de ira. En el corredor, Chemistry estaba en aquel momento ofreciendo gentilmente el brazo a Mary Standish. En sus facciones se veía una sonrisa burlona. La muchacha aceptó el brazo y la pareja se alejó.

—Tú fuiste quién planeó eso, maldito picapleitos-gritó Monk, dirigiéndose a Ham.

Este último se desternillaba de risa. Era lo único que cabía hacer ante la ira de Monk.

—La verdad es que Mary Standish me dijo que no sabía distinguirlos a Chemistry y a ti, Monk; y yo le aconsejé que aceptase al que ella considerase mes inteligente. Y ya ves, ha elegido a Chemistry.

No era tan risueña la escena que en aquellos momentos se realizaba a bordo de uno de los acorazados, donde se habían reunido todos los almirantes. Una docena de unidades de guerra se hallaban ancladas en el río, pertenecientes a distintas naciones. Dichos barcos eran suficientes para evitar la salida de los buques de carga en que Carloff Traniv había almacenado las municiones que proyectaba enviar a distintas partes del mundo.

Alrededor de la amplia mesa de conferencias se hallaban sentados los representantes de todas las potencias navales. La cabecera de la mesa había sido reservada para Doc Savage.

Cuando el Hombre de Bronce tomó asiento en la butaca que le

había sido destinada, uno de los almirantes tomó la palabra:

—Doc Savage-dijo. —en primer lugar debemos a usted una explicación por la forma errónea en que le juzgamos en los primeros momentos. Nuestros respectivos países, por nuestro intermedio, solicitan de usted quiera dispensar tan grave falta de consideración y respeto. En segundo lugar, expreso a usted el reconocimiento eterno de la Humanidad entera por lo que usted ha hecho.

Doc Savage asintió con un movimiento de cabeza, pero no habló.

—Usted nos ha referido ya mucho por radio-continuó diciendo el mismo almirante: —pero ahora desearíamos que usted nos contase personalmente lo ocurrido.

El Hombre de Bronce fué muy breve.

—Señores-dijo. —hemos estado en presencia de un fabricante de municiones que, al haber gustado en un momento dado de las satisfacciones del mando pretendió erigirse en Rey del Mundo. Ese hombre fué Pecos Allbellin...

—¿Allbellin? Yo creía que era Traniv... —comentó uno.

—También lo creía así el mismo Traniv —siguió diciendo Doc Savage, con toda calma:— pero la cabeza dirigente de todo fué en realidad, Pecos Allbellin. En todo momento, ese hombre estuvo por encima de Traniv. Y, al final, fué Allbellin quien mató a Traniv: Además, por sus propias manos, aun cuando lo ignoraba, ese Allbellin se mató a si mismo.

Doc no puso de manifiesto que sus enemigos generalmente morían así.

—¿Podría usted explicarnos eso? —Inquirió uno de los almirantes.

—Con el mayor gusto, Allbellin fué quien proporcionó el dinero. Traniv puso su inteligencia y ciertamente es preciso reconocer que era un verdadero genio para idear instrumentos de muerte. Por los documentos que he podido encontrar en sus oficinas, parece resultar que iniciaron este negocio de la venta clandestina de armas poco después de la Guerra Europea-explicó Doc Savage. —Encontraron buenos mercados para sus productos. Sus negocios se ampliaron considerablemente, sobre todo en los últimos años, en que en algunas naciones se dictaron leyes de neutralidad, prohibiendo la exportación de armas y en que, en otros, el gobierno

fiscaliza la fabricación de armas. Con este aumento de sus riquezas, aquellos hombrea se volvieron ambiciosos. Allbellin resolvió entonces convertirse en el Rey del Mundo. Ustedes saben, señores, que ha estado a punto de lograr su propósito.

Todos asintieron al unísono.

—¿Y cómo terminó el asunto? —preguntó uno de los almirantes.

—Traniv había ideado un método especialmente espectacular para producir la muerte: por combustión. Utilizó ese procedimiento en el caso del desfile de tropas en París, de los Granaderos de Londres, y en todas las demás partes. Era un procedimiento destinado a producir terror y pánico.

—¿Y cómo se producía esa muerte por combustión?

—De sus químicos obtuvo Traniv la elaboración de una pasta que, al entrar en contacto con cierto tipo de gas, se inflamaba instantáneamente, produciendo la combustión de cualquier objeto próximo. En el caso de las tropas de París, esa pasta fué colocada por los mismos soldados en sus botines, creyendo que era betún. Un hombre, llevando panes huecos, suministró el gas necesario en momento oportuno.

Los almirantes asintieron. Doc Savage prosiguió:

—Empleó el propio procedimiento para matar a sus propios guardianes. Los cinturones que éstos llevaban contenían, a la vez esa pasta y algunos tubos con el gas necesario. Ese gas podía ser puesto en libertad por medio de una señal radioeléctrica. Como consecuencia de ello, la víctima quedaba seccionada en dos pedazos.

—¿Y mató él a sus propios hombres? ¿Cometió ese error al final?

—Destruyó a sus propios guardianes. Todos ellos llevaban un cinturón y todos murieron.

El Hombre de Bronce no se extendió en mayores detalles. No creyó necesario referirse al condensador que había colocado en la antena, condensador que, en el caso de ser empleado, extendía las ondas homicidas por una amplia banda de ondas, en lugar de dejar que dichas ondas permaneciesen más o menos limitadas, a fin de poder dirigirlas contra una determinada persona.

Doc Savage no citó tampoco su propia labor, que había empezado al analizar un trozo de cuero arrancado de las botas del

falso gendarme que le había arrestado en París. Ese análisis le había permitido conocer la fórmula y propiedades de tal gas preparando un antídoto, que llevaba en cápsulas y que empleaba en casos extremos, como por ejemplo, cuando Traniv trató de asesinarle a él, a sus compañeros y a Mary Standish.

—Doc Savage es el salvador del mundo. Brindemos por él-anunció uno de los almirantes.

Los diarios de todo el mundo se deshacían en elogios de Doc Savage quien enseguida mereció mayor premio, que condenación antes.

Aquí y allá seguían produciéndose algunos desórdenes. Pero los principales conspiradores estaban muertos y esas rebeliones eran fácilmente sofocadas.

—Lo cierto es-manifestó Monk, que aun no estaba convencido-que no acabo de entender totalmente lo ocurrido. Teníamos colocados los cinturones. Ellos habrían de producirnos la muerte. Pero Traniv y Allbellin no llevarían cintos igualmente cargados.

Doc Savage sonrió y explicó:

—Lo cierto es que ellos también llevaban cinturones de cuero. Creo poder afirmar que el doctor Koral frotó con esa pasta todos los cintos de cuero que pudo encontrar. En cuanto a Allbellin, sé que fué él quien untó con esa pasta el cinturón de Traniv.

—¿Y el gas?

—Provenía del cigarro que Allbellin estaba fumando-declaró Doc, echando una mirada a la sala de operaciones, donde aún había muchos soldados que operar.

Los marineros de los buques de guerra llevaron a todos los «soldados perfectos» que pudieron encontrar por las proximidades a la presencia de Doc Savage.

Monk vio que se acercaba Mary Standish. Enseguida se armó de valor y fué al encuentro de la joven.

—Mary-dijo, —yo la amo. ¿No me...?

—Monk —exclamó la muchacha, seriamente.

—¿Qué? —Inquirió el Interpelado.

—Usted sabe que Doc Savage efectuó en mí una operación. Creo que esa intervención me ha dejado un poco trastornada...

Los ojos de Monk brillaron.

—¿Quiere decir...? —preguntó.

—Pero no estoy loca…

Monk palideció. Las palabras de Mary le descorazonaban, pero la joven no quiso prolongar sus sufrimientos. Arrepentida de su broma cruel, aplicó sus labias contra los de Monk en un beso, mucho más elocuente que todas las palabras.

FIN

THE MUNITIONS MASTER 1938